



PREMIOS 2017

XXXVII CONCURSO NACIONAL
A LA CULTURA LABORAL

EL TRABAJADOR DEL CONOCIMIENTO



LIBRO MEMORIA

ARTESANÍA
CUENTO
CORTOMETRAJE
DECIMA
ESCULTURA
FOTOGRAFÍA
PINTURA
POESÍA
PRENSA ESCRITA



REPÚBLICA DE PANAMÁ
GOBIERNO NACIONAL

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**

Esta publicación cuenta con la colaboración del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral, a través del Instituto Panameño de Estudios Laborales. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, la postura del MITRADEL / IPEL.

Todos los derechos reservados

IPEL
Premios 2017

XXXVII Concurso Nacional a la Cultura Laboral

“El Trabajador del Conocimiento”

Géneros Literarios y Categorías

Prensa Escrita	Escultura	Artesanía
Corto Metraje	Décima	Cuento
Fotografía	Poesía	Pintura

Ministerio del Trabajo y Desarrollo Laboral

Doris Zapata Acevedo
ministra

Roger Alberto Tejada
vice-ministro

Winston I. Sánchez A.
secretario general

Instituto Panameño de Estudios Laborales

Román Gordón Randolph
director técnico

Jorge Elías Murillo
sub- director

Víctor Torres
jefe del Departamento de Investigación
Socio Laboral.

Reinaldo Cerrud
jefe del Departamento de Docencia.

Osiris Carvajal
jefa de la Dirección Administrativa.

Antonio Barrera
diseñador gráfico

ÍNDICE

Introducción.....	09
Ganadores de Artesanía.....	12
Ganadores de Cuento	18
Ganadores de Corto Metraje	105
Ganadores de Décima.....	111
Ganadores de Escultura.....	117
Ganadores de Fotografía.....	123
Ganadores de Pintura.....	129
Ganadores de Poesía.....	135
Ganadores de Prensa Escrita.....	194
Jurados.....	200

Introducción

El Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral (MITRADEL), ente gubernamental encargado de la promoción de políticas públicas dirigidas al fortalecimiento de la paz social y el respeto a los derechos fundamentales en el ámbito de las relaciones de trabajo, ejercidas fundamentalmente por los trabajadores y empleadores, realiza una serie de actividades que inciden positivamente en el cumplimiento de sus responsabilidades.

El Instituto Panameño de Estudios Laborales (IPEL), adscrito al MITRADEL, que promueve la formación superior, capacitación, investigación y la difusión cultural, planifica, organiza y ejecuta cada año, el Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral en el cual se incentiva a los trabajadores a participar en el mismo a través de la presentación de las obras artísticas dentro de las nueve categorías establecidas, siendo estas: Escultura, artesanías, pintura, décima, cuento, poesía, fotografía, prensa escrita y corto metraje.

Dentro de la gran cantidad de participantes, nueve obtienen los primeros lugares de cada una de las categorías, la misma cantidad los segundos lugares e igualmente los terceros; por consiguiente 27 trabajadores son los que reciben premios distribuidos así: B/5,000.00 para los primeros lugares, B/3,000.00 para los segundos lugares y B/2,000.00 para los terceros lugares; haciendo un total de B/90,000.00 balboas en premios.

La presente memoria identifica a los ganadores por categorías y muestra precisamente las obras ganadoras de tal manera que los autores vean sus trabajos plasmados en la misma y también permite que los trabajadores conozcan las valiosas obras artísticas construidas y redactadas por sus autores.

Para este concurso en su XXXVII versión el tema central “El Trabajador del Conocimiento” nos lleva a reflexionar acerca de las variantes que habrá que observar en un mundo laboral cambiante desde varios aspectos; entre ellos: las competencias laborales, desarrollo tecnológico, formación profesional y derechos fundamentales.

Exhortamos a todos los trabajadores organizados y no organizados a participar con entusiasmo y dedicación en los Concursos Nacionales, convencidos de que existe un enorme flujo de talento en cada uno de ustedes que debe ser expresado con toda libertad.

Doris Zapata Acevedo
ministra de Trabajo y Desarrollo Laboral

CATEGORÍA



ARTESANÍA

CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



CATEGORÍA



ARTESANÍA

GANADORES



Categoría: Artesanía
Premio: Primer Lugar
Título: Fulgores
Autora: Yasmina L. Ríos V.
Provincia: Herrera



Categoría: Artesanía
Premio: Segundo Lugar
Título: Los Salineros
Autora: Gima O. Gutiérrez V.
Provincia: Los Santos



Categoría: Artesanía
Premio: Tercer Lugar
Título: Eres el conocimiento
Autor: Victor Alvarez
Provincia: Panamá Oeste

PRIMER LUGAR



Título: Fulgores

SEGUNDO LUGAR



Título: Los Salineros

TERCER LUGAR



Título: Eres el conocimiento

CATEGORÍA



ARTESANÍA



CATEGORÍA



CUENTO

GANADORES



Género Literario: Cuento
Premio: Primer puesto
Titulo: El regalo de la sirena
Autor: Carlos Enrique Fong Arguelles
Provincia: Panamá.



Género Literario: Cuento
Premio: Segundo Lugar
Título: Ficciones y Recuerdos
Autora: Klenya Morales De Bárcenas
Provincia: Chiriquí



Género literario: Cuento
Premio: Tercer Lugar
Título: Palabras Sobre El Espejo
Autora: Gloria Melania Rodríguez Molina
Provincia: Veraguas



PRIMER LUGAR

Premios IPEL 2017

Tema:

El trabajador del conocimiento

Título:

El regalo de la sirena

Categoría: Cuento

Seudónimo

Albert Einstein

La genialidad es la habilidad para sostener una visión firmemente hasta que se convierte en realidad.

Benjamín Franklin

No es que yo sea inteligente, simplemente me estoy con los problemas más tiempo.

Albert Einstein

*Éste es uno de esos casos en los que la imaginación se confunde con la **realidad**.*

Winston Churchill



Índice

El regalo de la sirena 2

El fin de la luna 9

La bibliotecaria 15

Punto de partida 20

El regalo de la sirena

“En julio del año 2001 los científicos declararon, finalmente, que estamos matando a los océanos y presentaron aún algo más asombroso. La posible solución es crear reservas ecológicas marinas mediante técnicas tradicionales combinadas con los últimos avances de la biología marina”.

La cría de peces en lagunas artificiales se estaba convirtiendo con mucha rapidez en una empresa cada vez más importante que la cría de reses. Con la contaminación de los océanos ya las personas no confiaban en comer lo que venía del mar. No era un negocio muy entusiasta pero cada día era más llamativo en los países con un desarrollo sostenible que luchaban contra la contaminación para favorecer al medio ambiente. Graduado de ecología acuática, Jacinto imaginaba la finca de su padre como un mar con grandes peces. Los imaginaba volar por los cerros como gigantes ballenas que se deslizaban y caían en cascada. Siempre había tenido una imaginación muy grande. Se había graduado con honores en la Universidad de Washington y trabajaba los veranos en un programa de especies marinas en Alaska. Era uno de los mejores en su rama.

Cuando terminó sus estudios regresó a la finca de su padre y trajo grandes proyectos. Le maravillaba el contacto con los pocos ríos que aún no estaban contaminados y que precisamente pasaban por la finca de su padre. El rumor del agua y del campo era una orquesta sinfónica para sus sentidos. Cuando empezó la construcción de la laguna artificial donde cultivarían tilapias, camarones y otras especies, él se puso a trabajar en un proyecto que parecía una fantasía, pero que con el apoyo de su padre y fuerza de voluntad podía verlo hecho realidad. Por las mañanas Jacinto se iba al campo para imaginar una alfombra de un mar gigantesco. Apretaba los párpados y respiraba profundo y entonces eran barcos que se mecían con el ondulante oleaje. Naves vikingas, galeones de piratas, bucaneros y corsarios, navíos de Irlanda. Él podía sentir el mar y era tan real que hasta lo escuchaba. Esa imagen del mar era suficiente para él y su imaginación lograba transformar toda la finca en un grandioso océano lleno de criaturas y héroes míticos.

De niño jugaba a imaginar que él era un marino polinesio o un guerrero persa que surcaba los mares en una barcaza por las bellas aguas de un mar incognito. Un mar virgen y no contaminado como estaba ahora. Sin saber ni cómo ni cuándo una tormenta agitó las aguas y de repente estaba en apuros



porque el agua se metía por todas partes de la nave. Trató de girar el rumbo del navío y dirigirlo hacia la costa pero la ira del viento lo levantó por los aires dejándolo caer con furia sobre una ola que lo volteó. En ese momento llegó su padre y lo sacó de su estado de gracia. Solo ten cuidado, hijo; un día te vas ahogar de verdad, le decía en broma. De esta forma Jacinto viajó más allá de las columnas de Hércules con el almirante fenicio Hannón o el navegante griego Piteas. En aquellos tiempos los barcos procuraban seguir las costas y él, igual que sus héroes clásicos, era un perito en la navegación de las aguas costeras. Era su especialidad.

La laguna artificial era más grande de lo que se había pensado. Se extendía como una gigante alberca en el centro del campo. Jacinto pensó que si lograba conectarla con uno de los afluentes del río, la laguna podía conectarse a la vez con las costas del mar que estaba apenas a unos kilómetros de la finca. Él con sus colegas del programa sabían que la mayor parte de los ríos costeros de América del Norte algunas vez pulularon grandes cantidades de peces anádromos, organismos que nacen en las corrientes de agua dulce tierra adentro, emigran al mar salado y regresan a las corrientes fluviales a desovar.

Jacinto tenía razones para pensar que si los vertederos de nutrientes químicos habían creado zonas muertas en los mares con un gran basurero que había logrado dañar los diferentes ecosistemas, un efecto inverso podría revertir los daños. Para eso era necesario tener un mapa del panorama y alcanzar una comprensión de lo que se había perdido para poder recuperarlo. Durante años se habían estado agotando las reservas de la pesca de las aguas costeras y los efectos de esa pesca excesiva ahora se hacían sentir en ecosistemas enteros. Jacinto tenía la teoría que si lograba arrojar al mar otros nutrientes que sirvieran como una especie de anti-cuerpos podría ayudar. A penas era una teoría acá, pero que se había logrado probar en el norte de América.

La gente está acostumbrada a pensar que los ríos fluyen solo hacia el mar, pensaba Jacinto. Por eso concluyó que si lograba invertir el flujo de nutrientes saludables y naturales podrían ayudar a subsanar los efectos en el mar. Para eso pensó en crear las lagunas artificiales con el agua de los ríos que aún estaban sanos. Luego solo era cuestión de hacer una conexión a través del cauce del río que conectara con el mar.

Si lograba su objetivo el criadero sería el más grande con especies marinas de todo el sector con una producción significativa que aparte de vender a buen precio a los sectores más necesitados, al mismo tiempo podría ayudar a descontaminar el ecosistema marino. A Jacinto le tocó aprender sobre el cultivo

de peces que para él era lo más fascinante que existía. Podía cuidar de los peces mientras imaginaba la laguna como un inmenso mar con especies multicolores y de los tamaños tan diversos como nadie lo imaginaba. Las primeras cosechas de peces y camarones fueron muy positivas. El padre de Jacinto estaba muy satisfecho e invirtió sin pensar en todo lo necesario. Le compró a Jacinto una panga con su motor fuera de borda para que pudiera andar por la laguna y todos los requerimientos científicos que necesitaba. Él hizo una fiesta con el regalo y era el hombre más feliz que podía existir en toda la provincia. Muy temprano en las mañanas iba a la laguna y navegaba por un mar infinito, por el vientre de un océano sin tiempo, vislumbraba catedrales sobre islas perdidas. Él era Marco Polo, Simbad o un antiguo vikingo. No había otro momento más feliz para Jacinto que ir a la laguna. Atendía la laguna con esmero y realizaba experimentos con el tratamiento de las aguas. Cuando Jacinto estaba en la laguna todo el tiempo era un lenguaje de imágenes, un mágico tiempo mítico en que dejaba de ser Jacinto. En pequeños intervalos que eran como minutos, él gravitaba y casi levitaba sobre historias marinas que lo devolvían a lejanías que ni siquiera él entendía qué tan lejanos estaban.

Cada madrugada Jacinto se arrojaba al mar buscando tierras prometidas en regiones ancestrales. Una vez, mientras flotaba ensimismado sobre el barquichuelo, estuvo seguro de ver una cola de pez salir a la superficie; era demasiado grande para que fuera una tilapia u otro pez. Él había leído algunas historias de seres y criaturas marinas que le parecían seres extraordinarios. Estaba seguro de que eran criaturas hermosas y, aunque las fábulas decían lo contrario, las imaginaba reales como los navegantes.

Una mañana en que Jacinto hacía unas pruebas en la laguna para comprender cómo la corriente saludable esparcía los vectores de nutrientes al ecosistema, vio una vez más la enorme cola y en esta ocasión pudo ver claramente que era una sirena. Él hubiese dudado de lo que sus ojos vieron porque su formación científica le impedía creer en seres mágicos, pese a que le fascinaba imaginarlos en sus fantasías y aventuras; pero cuando vio a la muchacha con sus cabellos negros y su piel pálida, la más hermosa que ni su imaginación hubiese logrado imaginar, pegada a una cola de pez, y que gravitaba en la superficie de la laguna, no dudo de que ahora tendría que cuidarla.

Cuando se acercaba el día de pescar otra camada de peces, Jacinto se aseguraba de que no atraparan con las redes a la sirena. Su padre decía que el negocio estaba prosperando impulsando otras actividades comerciales que, a la vez ayudaban a otras. A Jacinto solo le preocupaba que no fueran a encontrar a la sirena. Nunca fue para él tan complicado un trabajo como esconder una sirena. Como la



laguna era inmensa había ideado la forma de tenerla escondida en una parte que solo él conocía. En varias ocasiones reflexionó sobre cómo había llegado la sirena al estanque. Lo más seguro, según su teoría, era que la sirena había llegado hasta la laguna por el río huyendo de la contaminación del mar. Si miramos con atención, se decía a sí mismo Jacinto, la playa, los manglares, la ensenada, los arrecifes y la fauna que luchan por sobrevivir, se comienza a entender que la energía de los ríos son grandes ciclos geográficos en movimiento que atraen a muchas especies en sus desembocaduras. La sirena debe haber seguido la corriente saludable y fue a dar a la laguna.

Esa teoría lo tranquilizaba porque probaba que el saneamiento de los ríos era vital para sanar a los mares, pero lo más importante ahora no era cómo había llegado la sirena, sino que estaba allí y era su responsabilidad cuidarla. Un día la vio de cerca y logró ver su rostro que era similar a las mujeres que salían en las portadas de esas revistas frívolas que él ignoraba cuando iba a comprar sus revistas de ciencias. Era de una belleza extraña. Parecía que quería decirle algo. Jacinto le acarició el espiral de sus largos cabellos negros y le puso un nombre. Te llamarás: Luna, dijo. Y aunque era poco creativo le pareció que a ella le gustaba.

Con el tiempo Jacinto y la sirena construyeron una relación que era una mezcla de amistad y de amantes. Lo que le parecía extraño es que ella no comía. Pensó que a lo mejor se alimentaba de las tilapias y los camarones del estanque, pero eso no importaba mientras ella se viera feliz porque eso lo hacía feliz a él. Desde hace un tiempo Jacinto se sentía algo sólo, casi nostálgico; extrañaba las reuniones de amigos del instituto, los trabajos de campo en equipo, las investigaciones en la biblioteca especializada donde se alegraba de ver fotografías del mar cuando aún no era un vertedero de basura. Jacinto ahora se sentía menos solo y todas las mañanas, cuando nadie lo veía, hablaba con la sirena le contaba historias de aventuras marinas. Ella solo lo miraba y le sonreía con una ternura que a él le daba mucha pena.

Cuando la sequía llegó lo primero que pensó Jacinto fue en la Sirena. La laguna empezó a mermar y su padre mandó a que los últimos peces y camarones fueran sacados para no perderlo todo. No se sabe cómo nadie veía a la Sirena, pero lo más seguro era que Jacinto la había escondido en el lado más profundo de la laguna. Su padre le dio unas palmadas en la espalda a Jacinto y le dijo que estaba orgulloso por el empeño que le había puesto al proyecto, pero que infortunadamente esas cosas pasaban, que cuando pasara el fenómeno por el que atravesaba todo el planeta, tal vez podrían volver a criar peces, pero ahora la poca agua de la laguna serviría para darle de beber a las vacas. Con los días se fue secando

más el estanque y Jacinto no sabía qué hacer. Una posibilidad era llevar a la sirena al mar.

Corriendo el riesgo de que Luna no resistiera el viaje la tomó con cuidado y la trasladó hasta el lado más profundo del río que cada día parecía estar más seco. Antes de introducirla al agua la miró y sintió su fragilidad de sirena. Su cara pálida de reina egipcia parecía agradecerle. La acarició y la sintió enigmática. Sintió amor por ella y hasta quiso besarla. Se contuvo. La dejó en el agua del río, pero la sirena lo sorprendió. En vez reponerse justo como lo hacía el salmón que había estado estudiando en Alaska, empezó a agonizar. La sirena irremediablemente moría y Jacinto no podía hacer nada. Trato de animarla, pero ella solo logró abrir los ojos y le dio una última mirada a Jacinto que ahora se decidía a darle un beso pero en ese momento la sirena empezó a desvanecerse como si sus carnes fueran de harina. Fue cuando algo mágico se dio.

Jacinto sabía que cuando los peces morían en masas gigantes la inmensa dosis de nutrientes era suficiente para que el ecosistema se regenerara. Cientos de miles de kilogramos de nitrógeno y fósforo invadían las cuencas rejuveneciendo el ecosistema. Quizás por eso ahora que Luna había muerto las riberas del río se llenaban de flores frescas y una corriente de nutrientes esta vez mágicos llegaba hasta el mar donde los corales se poblaron de su universo multicolor una vez más. La fauna marina de al menos un par de kilómetros de costa se renovó mágicamente. Tal vez, pensó Jacinto con cierta alegría, su investigación había por fin dado resultados positivos que permitirían sanar a los grandes océanos, pero enseguida sintió un hondo dolor cuando pensó en cuántas sirenas había que sacrificar.



El fin de la luna

“Un astrónomo de la antigüedad griega, llamado Aristarco, nacido en Samos, una de las islas del archipiélago de las Espóradas, en el mar Egeo, fue el primero en afirmar que la tierra giraba sobre su propio eje y, además, alrededor del sol. A base de sus propias observaciones, desarrolló un método para calcular las distancias relativas, desde la tierra, entre el sol y la luna”.

Nadie sabe porque la luna se acercó tanto a la tierra. Los científicos e investigadores de diversas ramas tenían teorías distintas: unos decían que tenía que ver con la expansión del universo y con la aparición de nuevos planetas cuya fuerza de gravedad empujaron la luna hasta la tierra; que la causa se debía a una fuente casi estelar de radio con un gigante agujero negro en el centro que absorbe la materia elemental y la calienta; que en el centro de la galaxia se había producido una tormenta de estrellas y gases en explosión que pudieron mover a la luna; otras teorías eran algo más raras, como el intento nervioso de cultivar células humanas en el universo provocó una saturación de células renales que afectaron la órbita del satélite; algunos decían que se debía a la aparición de gigantescas nubes de hidrógeno en la galaxia que se estaban moviendo a gran velocidad; los más esotéricos se lo atribuían a las pirámides o las estatuas en la Isla de Pascua, incluso a poderes místicos de unas ruinas de iglesias nórdicas en Groenlandia.

En un intento desesperado las mejores mentes del mundo acudieron a los textos griegos y relevaron las teorías de Aristóteles y Aristarco. Pensaron que si aquellos hombres habían podido descubrir que la tierra era redonda solo con estudiar su sombra, había que estudiar la órbita de la luna con las mismas miradas y pensamientos de la antigüedad usando la tecnología moderna. Pero lo primero que había que hacer era convencer a los gobernantes de que de una vez por todas escucharan a los científicos porque nunca lo hacían y ahora estaban a punto de arrepentirse de tanta indiferencia. Si la luna se acercaba demasiado y no se tomaban las precauciones científicas necesarias, sería el fin. Sobre todo les preocupaba que descubrieran que la luna, justo como se le había imaginado los poetas, era de queso.

La primera en probar la luna fue una niña. Ella la había estado contemplando desde la ventana de su cuarto del edificio. La ciudad era un océano de rascacielos que como un campo se extendía dejando ver los caseríos que rodeaban la urbe. Ella había escuchado el rumor que decía que la luna era de queso y quiso probarla. Le pidió a Alfonso, su mejor amigo, que la ayudara con la escalera para treparla en



el techo del edificio. Desde allí podían sentir la frescura de la luna e incluso su olor que de pronto les pareció que era de vainilla. Colocaron la escalera para que cayera entre dos grandes cráteres que la luna dejaba ver junto a miles de pisadas de otras personas que también subieron pero con otros intereses. Se podía ver a la gente acampando, tomándose fotografías, desfilando en distintas direcciones. Las autoridades habían prohibido construir en la luna porque algunos precaristas intentaron lotificar algunas partes y comenzaron a clavar estacas y a levantar pequeñas casitas que poco a poco fueron poblando la luna. Se prohibió construir sin permiso en el satélite, pero a nadie se le ocurrió, hasta entonces, darle una cucharada, solo a la niña que tenía, no malas intenciones, porque una niña no actúa con malos sentimientos como se suele pensar de las niñas traviesas. Además, ella no tenía la culpa de que le hubieran dicho que la luna era de queso y ahora para colmo olía a vainilla. Alfonso le sostuvo la escalera y ella solo estiró un poco su mano de niña y hundió la cuchara como si fuera una gelatina blanca logrando sacar un buen pedazo. Luego se la llevó a la boca y sus ojos de almendras brillaron con el resplandor de la luna. Está buena, dijo y le dio otra cucharada a Alfonso que se puso a bailar a penas a probó.

Lo cierto es que bastaba con vivir en algunos de los cerros de los suburbios o en uno de los enormes edificios de la ciudad para poder subir a la luna de un breve brinco. Los pobres la contemplaban con envidia y deseos de poder treparse. Desde abajo de los edificios gigantes ellos la miraban con sus ojo de pobres, aunque en realidad eran muy felices con ver a la luna tan cerca. Los más ambiciosos, los dueños de corporaciones y de grandes empresas empezaron a planear la forma en que le podían sacar provecho a la luna. A ellos sí se les permitió construir lujosos hoteles cuya oferta solo podían acceder los más ricos del mundo. Hospedarse en la luna y pasar las vacaciones allí era lo que estaba de moda entre los más pudientes. Otros empezaron a imaginar los minerales y las piedras preciosas que podían tener del astro, incluso pensaron en que podía contener agua en sus entrañas. La sola idea de pensar en agua lunar a cambio de agua de manantial le hacía sonar las cajas registradoras en sus mentes.

Esto preocupaba más a los científicos que habían advertido con serios informes que la luna no se podía explotar como hasta ahora lo habían hecho con la tierra. Ahora estaba en riesgo que el campo magnético de la luna tendría implicaciones sorprendentes generando una simbiosis gravitacional sin precedentes. Sin embargo, pese a todas las advertencias de las mejores mentes del mundo, los políticos, mandatarios y empresarios parecían más preocupados por descubrir si la luna podía ser fuente de grandes riquezas.



Un astrónomo con conocimientos de física cuántica, que había previamente teletransportado átomos hasta moverlos de un lugar a otro en el espacio en una escala cuántica jamás imaginada y que descubrió que las galaxias y los cuasares, fuentes cuasitelares de radio, en palabras más simples: agujeros negros en los centros de las galaxias; estos están diseminados de forma desordenada en el firmamento. Lo que prueba que el universo es irregular. El astrónomo logró medir la posición de las galaxias y halló que se estaban acercando las unas a las otras. Esto podía explicar por qué la luna se había acercado tanto a la tierra, pero también revelaba que el universo no solo se expande, también se está reciclando así mismo y si no cuidamos a la luna, desaparecerá, no por un agujero negro, si no por nosotros mismos.

Es cierto que la primera en probar la luna fue una niña y su amigo Alfonso, pero no es verdad que fue culpa de ellos todo lo que pasó después. Cuando ella la probó, luego la saboreó Alfonso. Él, Alfonso, no era de los niños que vivían en los rascacielos. Vivía abajo, en esas pequeñas casitas insignificantes, pero su mamá era la sirvienta en la casa de la niña que se había hecho amiga de Alfonso y sin medir clases sociales jugaban juntos los viernes que era el día en que su mamá lo llevaba al edificio. Cuando le contó a su papá que la luna era de queso o al menos a eso sabía, su padre lo comentó con sus amigos mientras jugaba dominó en el parque. Desde allí se veía la luna gigantesca y se podía apreciar a los más ricos caminar por ella y divertirse en diversas actividades. Todos se echaron a reír. Pero enseguida estuvieron serios cuando en silencio se quedaron reflexionando en algo. Si la luna se puede comer, es posible que se acabe el hambre en la tierra. Ese rumor llegó a los oídos de un empresario accionista de uno de los consorcios más grandes del mundo. Sólo por quitarse las dudas le dio un mordisco a la luna y comprobó que era comestible y lo que siguió fue la más grande explotación lunática que se haya podido experimentar en la historia de la humanidad. Los grandes empresarios empezaron a vender la luna como si fuera queso prensado. Se podía ir a cualquier supermercado y encontrar distintos tipos de alimentos derivados de la luna. El único inconveniente era que el precio era verdaderamente lunático y llegaba más allá de lo que podía pagar una persona normal, ni siquiera la clase media podía comprar más de media libra de luna.

Los primeros en protestar sobre la explotación de la luna no fueron los científicos y ecologistas, sino los brujos, los quirománticos, los adivinadores y todos los que de alguna forma vivían de los atributos de la luna. Cómo podrían trabajar si la luna se la estaban comiendo. Ya no podían construir sus pócimas



ni predecir el destino porque la luna estaba siendo consumida. Pero nadie les hacía caso. Los siguientes en protestar fueron los poetas y escritores que aducían que era difícil inspirarse en un tema con la luna si la estaban devorando. Para que decir cosas como “...te voy a bajar la luna...” o “...me beberé la luna trago a trago...” si ya no tenía gracia una metáfora cuya imagen estaba adulterada y contaminada dentro de frascos en los supermercados. Después llegaron los astrofísicos y los astrónomos que rogaban para que no se comieran el motivo de su profesión. Pese a todas las protestas y las advertencias de los científicos, los poderosos siguieron comercializando con la luna. Cuando las grandes masas ya no aguantaron más organizaron grandes protestas y se lanzaron a las calles y como una torre de babel empezaron a subir como hormigas a la luna y a fueron devorando con tanto ímpetu que la luna se fue desapareciendo.

Nadie lo supo jamás, pero fue otra niña que desde la ventana de su casa quien descubrió que la luna era un pequeño cuarto menguante; apenas una sonrisa como la de un perrito que se asoma a su casita de perrito. Solo que esta niña no vivía en uno de esos altos rascacielos sino en una multifamiliar que se levantaba en uno de los barrios de la periferia de la ciudad. Esta niña nunca probó la luna, a pesar de que mucha gente lo había hecho. Ella siempre, desde su memoria de niña, había escuchado que la luna sabía a queso y que olía a vainilla, pero ahora solo quedaba un dibujo de ella en la altura y un terrible frío que jamás nadie olvidaría.



La bibliotecaria

“Fue Aristarco de Samotracia, famoso erudito y gramático, jefe de los bibliotecarios de Alejandría, quien editó la obras de Homero y otros muchos clásicos griegos, y fue el primero que coordinó y distribuyó la Iliada y la Odisea en 24 libros. Pero la memoria de la Biblioteca de Alejandría ha sido custodiada por un cientos de poetas y filósofos en sus mejores años. Ellos se ocupaban de su mantenimiento con una dedicación total y murieron por ella”.

Una vez más soñé que mis manos acariciaban, como quien acaricia en los campos las espigas del trigo, los rollos de papiros de los interminables anaqueles. Los toco con el amor de una madre y con un miedo de que no los podamos salvar de la furia de la decadencia. He soñado que camino por esos pasillos infinitos por mucho tiempo. En mi sueño soy muchas personas y una sola. Una de esas personas en mi sueño también sueña a su vez con un anciano que le pide ir hasta Egipto macedónico y construir allí una ciudad. Allí se erigió una biblioteca con más de 900 mil manuscritos que de pronto miro arder en llamas y trato con impotencia de salvar. Entonces me despierto con este calor de estos días y el sudor corre por mi frente.

Ayer le pedí a la custodia que me hiciera el favor de decirle a la directora que necesito un abanico en la biblioteca. Aquí, en la cárcel, es un problema entrar cualquier cosa necesaria con permiso, pero si fuera algo ilícito lo consigues enseguida. Cuando caí presa me puse en la tarea de aprender algo para no morirme, porque aquí las mujeres nos morimos por dentro. Aquí hay cursos de todo. Pero no me gustaba nada de lo que ofrecían. Cuando me enteré de que había una biblioteca, si es que en ese entonces se le podía llamar así, pedí trabajar allí. También allí hacían algunos cursos de actividades que no tenían nada que ver con una biblioteca y otras cosas, como un salón de belleza. Me dijeron que no podía, que yo no tenía nada que hacer allí. Pero insistí porque me gusta leer. Me decían que una presa no tenía nada que hacer en una biblioteca. Luego vino el profesor con el taller de poesía y logré inscribirme. El taller se realizó en la biblioteca.

Montones de libros precariamente apilados flaqueaban el corredor que lleva a una pequeña sala. Viejos anaqueles con libros empolvados parecían pedir clemencia. El profesor se lamentó de que tanto conocimiento se estuviera perdiendo. Nadie cuidaba los libros y fue entonces cuando pensé en yo podía ser la bibliotecaria de este lugar. Me costó convencer a la directora del penal porque para las autoridades

todo eso significa recursos del estado que no hay. La convencí de que no le iba a costar nada. Que yo misma iba a asear y a poner en orden los libros para que las internas fueran sus usuarios. Le dije que eso le daría buena imagen a su gestión. Imagínese usted, señora directora: Centro Femenino Penitenciario promueve la lectura entre las internas, le dije. Eso es cultura y le daría una buena mirada a su trabajo. Y aceptó. Me nombró encargada de la biblioteca, con la condición de que no le pidiera nada que costara plata. Por eso ahora me arrepiento de no negociar al menos un abanico.

Ahora soy la bibliotecaria. La administradora de este pequeño recinto del Centro Femenino Penitenciario. Al principio no sabía nada sobre el tema, pero podía investigar. Le pedí al profesor que me ayudará con material para saber cómo ordenar los libros. Consiguió traerme un manual de bibliotecario además de algunos libros para el fomento de la lectura. Trabajé duro dándole sentido a la biblioteca y todos los días me llevo libros para mi celda. Leo hasta tarde con la ayuda de la luz de la lámpara de la garita del custodio que logra filtrarse por mi ventana. Luego caigo en un profundo sueño y empiezo a tener estos sueños recurrentes que me imagino son provocados por todo lo que he leído. Un día soñé que era un tal Aristarco de Samotracia. Se lo conté al profesor y ni siquiera él sabía quién era aquel. Quedó en investigar y un día llegó con una cara de asombro y me dijo que yo había soñado con un griego que se considera el primer editor de las obras de Homero.

Catalogar todo este acervo no ha sido fácil. Como jefe de los bibliotecarios me he empeñado en esta empresa con todo el fervor de mi corazón. Pero mi gran logro ha sido editar las obras del célebre Homero y otros griegos para que perduren en el tiempo. No ha sido fácil la distribución de la Ilíada y la Odisea en estos 24 libros. Pero sé que valdrá la pena. Por ahora lo importante será buscar la forma de salvarlos. Por aquí han pasado los más grandes eruditos para hacer uso de esta biblioteca. La finalidad de esta biblioteca ha sido la de compilar todo el conocimiento humano del mundo. Ese era el deseo de Alejandro. La Gran Biblioteca de Alejandría, así me gusta que la llamen. Hemos procurado que toda la civilización se concentró en estas paredes como los primeros Ptolomeos lo quisieron. La organización de la biblioteca no ha sido tarea fácil, sobre todo por las continuas amenazas de las tropas enemigas. ¿Hasta cuándo esta amenaza sin sentido? ¿Por qué tanta barbaridad? Ni los romanos ni los árabes destruirán un libro aquí, primero pasarán por mi cadáver. Eso lo juro.

He despertado bañada en sudor. El calor es insoportable. Me quedé dormida mientras leía. Ya casi es la hora para regresar al hogar, así le llamamos aquí a nuestras celdas. Dicen que esta noche habrá



requisa. Eso se comenta y todas hablan de que es inminente. Casi siempre para estas fechas hacen las requisas. Cuando las hacen se encuentran de todas clases de cosas: objetos pulso cortantes, tijeras, cortanñas, limas de uñas, pinzas, celulares, cargadores, papel para feeling, tarjetas telefónicas y hasta bebidas fermentadas y drogas. De todas esas cosas lo más valorado es el celular. Nos ponen a hacer ranitas para que los celulares salgan de nuestras vaginas. Las consecuencias de estos abusos inciden de manera muy fuerte en una mujer, porque aunque seamos prisioneras seguimos siendo mujeres. Por eso aquí hay un montón de mujeres con problemas de salud y de autoestima que tienen la dignidad por el suelo.

Yo descubrí que la biblioteca podía ser una especie de espacio que hiciera que las mujeres se sintieran mejor. Organicé un recital de poesía y otro de cuento. Eso las hacía felices, aunque sea por un rato. Si en la iglesia ellas podían encontrar algún tipo de alivio espiritual, aquí podrían hallarlo también. Aquí la palabra necesidad tiene muchos nombres. Aquí todo tiene un valor. Desde una vasija de plástico hasta una cuerda para tender los panties. Y debes hacer algo para generar dinero al menos que tengas a alguien que te lo traiga. Vivir en la cárcel cuesta más dinero que vivir en libertad. Por eso pensé que incluso podía vender poemas a precios ilusorios, pero como dicen los chinos, centavo a centavo se hace una fortuna. Lo primero que pensé fue en cómo hacer para que me pagaran por leer libros. Les decía a las compañeras internas que me dijeran una palabra y yo les escribía un poema. Para sus cumpleaños, para días especiales, para regalarlo a otra compañera. Pero no todas estaban contentas con lo que hacía en la biblioteca, sobre todo porque había eliminado el salón de belleza. Algunas me detestaban por eso y me habían amenazado de quemar la biblioteca. Nunca les hice caso.

Este santuario ha acogido desde sus inicios salas de investigación, un zoológico, un jardín botánico, un laboratorio y una gran sala para reuniones. Las salas de la biblioteca son las más importantes de toda esta magna institución que cuidamos con celos. Los Ptolomeos nos han apoyado para conservar la Biblioteca que siempre ha luchado firmemente por mantener un ambiente de estudio, erudición y de trabajo. Hemos dedicado grandes recursos para la adquisición de libros con obras de Grecia, Persia, India, Palestina, África y muchas culturas. La literatura griega y helenística es la de nuestra preferencia. Todos hemos sido pensadores que hemos trabajado durante años organizando este sagrado lugar. Sabios, filólogos y filósofos, copistas comprometidos con la palabra y el conocimiento. Ahora todo arde en llamas. La más celebre biblioteca de todos los tiempos arde en llamas. Pero nuestros nombres serán recordados: Zenódoto de Éfeso, Calímaco de Cirene, Andrónico de Rodas, Eratóstenes de Cirene,

Aristófanes de Bizancio, Apolonio Eidógrafo, Aristarco de Samotracia; porque fuimos los que preservamos el conocimiento durante todos estos años.

Nadie se dio cuenta cómo empezó el incendio. Nadie vio cómo incendiaron la biblioteca. Dicen que cuando empezó en motín las mujeres empezaron romperlo todo. Rompieron las oficinas administrativas, el comedor, las salas de visitas, solo se salvó la sala de maternidad y la iglesia, pero la que salió perdiendo fue la biblioteca que empezó a arder en llamas. Sólo había una mujer adentro y era la que precisamente cuidaba de la biblioteca. La última en salir dice que no la vio. Otras dicen que ella solía quedarse dormida mientras arreglaba los libros para coger su cinco. Los bomberos llegaron pero la directora no dejó que entraran con la excusa de que no era seguro y mientras tanto la biblioteca se consumía. Si acaso un libro se salvaría de una interna que solía pedir prestados los libros. Cuando abrió el libro en su hogar descubrió un poema anónimo que había nacido de una palabra: libertad.



Punto de partida

“A veces me pregunto cómo ocurrió que fuera yo quien desarrolló la teoría de la relatividad. La razón, creo, es que un adulto normal nunca se detiene a pensar en los problemas del espacio y el tiempo. Esas son cosas en las que ya pensó cuando era niño. Pero mi desarrollo intelectual fue lento, por lo cual empecé a preocuparme por el espacio y el tiempo sólo cuando ya era mayor”.

Albert Einstein

El punto de partida fue una idea. La idea nació de un asesor de una empresa en una reunión de ejecutivos hace muchos años atrás. Primero pensaron en ensanchar la carretera panamericana. Luego en hacer una mega autopista que acompañara las líneas del metro. Finalmente ganó la idea de construir una autopista anti-estrés. La primera como respuesta inmediata a los problemas de congestión vehicular en la ciudad capital y de los altos niveles de tensión. El magno proyecto facilitó el traslado de la carga de la Zona Libre y todos los puertos hacia Centroamérica, a la vez que el envío de productos a todas las provincias centrales a los puertos del Atlántico a la vez que favorecía la cultura. Pero eso era apenas el principio. La construcción de la autopista anti-estrés atravesaba toda la parte baja de la Cordillera Central que unía las provincias del país y en cada montaña, cada cerro se construiría un mega proyecto cultural. Al principio fue un problema convencer a los ambientalistas que temían que los ríos y la fauna pudieran ser perjudicados por las instalaciones de equipamientos culturales construidos para poder aliviar el estrés. Millones de millones de residentes estaban siendo afectados por la planificación urbana desordenada que había provocado un pésimo servicio de transporte selectivo y colectivo de pasajeros y la ausencia de espacios de recreación. La Mega-Autopista anti-estrés era la solución positiva que mataba dos pájaros de un tiro. La construcción de la autopista descongestionó el eje de la ciudad-campo, además ya no era necesario ir a un museo porque lo podían ver mientras viajaban y, además, desvió el tráfico de carga pesada que surcaba las congestionadas calles de la ciudad capital que había crecido de manera descomunal. No hubo que sacrificar muchos árboles y permitió nacer en las cordilleras una cadena de centros culturales y bibliotecas dinámicas de exhibición que contempló un monorriel en el centro de la autopista, un metro-cable, un parque acuático, un jardín botánico y un centro logístico aéreo, donde cientos de turistas ahora podían llegar. Las montañas de las cordilleras ahora eran magníficos parques temáticos asociados que formaban una red multi-cultural que conectaba los centros culturales y

tecnológicos. Gracias a los avances de la tecnología se colocaron a lo largo de todo el camino unas vayas digitales gigantescas que proyectaban imágenes de las últimas obras literarias de los escritores. Donde una vez solo había valles, ahora había islas artificiales con centros modernos que permitían un tráfico extraordinario de primer orden. Al final, todo parecía indicar que la Asociación de Empresas e Industrias y la Cámara de Comercio habían por fin tomado una decisión útil: apostar por la cultura. Tenían razón cuando años atrás dijeron que era necesario mirar con luces larga para aprovechar las plataformas logísticas del país desde una mirada cultural que podían impactar positivamente a los sectores afectados por el poco crecimiento económico en las áreas rurales. El mundo global había cambiado, el país había cambiado, la gente había cambiado. La evolución biológica del ser humano se había detenido y ahora era una nueva evolución bio-cultural...

-Hasta aquí llegué, maestra.

Por unos segundos la maestra y el resto de la clase se quedaron mirando a Felipe con una cara petrificada.

-Bueno... Felipe. Dijo la maestra-. Pero cómo le llamarás a tu cuento... ¿No le tienes título?

-Sí, maestra. Se llamará: Punto de partida.

Los niños

La alarma sonó desafortunada. Por la ventana las montañas azules se desderezaban. Uno que otro gallo cantaba en la distancia. *Fátima* tomó su teléfono con los ojos aún cerrados y pegados de la alergia que había sufrido la noche anterior. Eso era algo que no habría sido su primera opción al levantarse, veinte años atrás. Pero entrado el siglo XXI, era lo primero que se hacía al despertar. Revisar el teléfono, sin ver si el cielo estaba

encapotado ni revisar si había alguien durmiendo a lado de uno. Todo menos perderse un mensajito. Hay que leer todas las notificaciones. Había sido un fin de semana de trasnochadera entre sus proyectos y su reacción alérgica severa. Su trabajo se había apilado en la última semana, pero cuando



a uno le gusta lo que hace, difícilmente se le puede llamar “trabajo”.

Fátima era su nombre clave. En su negocio uno no puede navegar con nombre propio. Era una ingeniera en sistemas computacionales. Trabajaba freelance desde donde le diera la gana y no podía quejarse. Era una crack en lo que hacía, todas las modestias aparte.

No tenía ganas de bañarse esa mañana. Hacía frío.

Tenía unas 58 notificaciones de diferentes aplicaciones. WhatsApp, Facebook, Twitter e Instagram. El grupo de su promoción de la escuela secundaria con decenas de memes de Piolín y tazas humeantes de café, deseándole a gente que no habían visto en décadas, una feliz semana. Le llamó la atención un mensaje que le habían enviado a las cuatro de la mañana, durante una de las tres horas que había podido dormir. Un mensaje de un cliente. El Sr. Smith. Francio Smith. El señor buena gente.

“Hola, F., tengo una urgencia.

Necesito un programa que me asegure que todos los archivos que he borrado de mi laptop sean irrecuperables. Necesito una bomba, un software que destruya todo lo que encuentre en la computadora y me asegure que nadie nunca pueda recuperarlo o volver a utilizarlo. Sé que estas cosas son tu especialidad. Esto lo necesito con carácter de urgencia. Confío en ti y espero tu pronta respuesta”.

Smith era un tipo de unos 70 años. Ojos azules y mirada bondadosa. Siempre le había parecido un una buena persona. Podía ser el abuelito de cualquiera. Un buen tipo. Subrayado. Un excelente cliente.

Fátima se frotó los ojos con fuerza y volvió a leer el mensaje. Si bien le pareció un poquito desesperado, realmente no le llamó la atención para mal. Al fin y al cabo, esto era algo que ella

podía hacer. No era la primera vez que le pedían algo parecido. Aunque generalmente lo que la gente quería era recuperar cosas, no perderlas para siempre. Pero bueno, cada loco con su tema.

Después de la tercera lectura del mensaje de WhatsApp, comenzó a procesar la orden del cliente en su cerebro. *Fátima* tenía exactamente lo que Smith necesitaba, así que se levantó como un resorte y voló escaleras abajo para prepararse un café fuerte, que la sacara del limbo de sueño en el que flotaba y la dejara pensar claramente. Nadie debería hablarle antes de que tomara su primera taza de café. Era algo bien sabido.

Era su proyecto bebé. Lo llamaba el FX9. Luego de 8 intentos fallidos, había logrado crear un programa satisfactorio. “F” por *Fátima*. “X” por “Exterminador”. 9, porque fue a la novena intentona que en verdad funcionó. Era como amnesia irreversible para las computadoras. Era un basurero de exterminio digital. No era un troyano ni nada de eso.

Primero encriptaba todos los archivos y luego los hacía desaparecer. Era exactamente lo que Smith estaba pidiendo. Equivalía a meter un documento en una trituradora, meterlo en una olla de ácido, quemar la pasta resultante y esparcir las cenizas en una avioneta sobre el océano Índico. No contento con esto, el programa se autodestruiría una vez terminada la aniquilación. No dejaría huella. No se podía copiar. Era una obra de arte. Trabajar con computadoras era su pasión y ésta era la oportunidad perfecta para vender muy cara su experiencia. Este tipo de software no estaba registrado ni en el mercado. Era un arma, en el sentido literal de la palabra. Eso le daba un valor agregado desmedido. *Fátima* comenzó a gastarse la plata que aún no se había ganado. En su mente, obvio.

Estaba emocionada. Se iba a hacer un billete responsable. Pero mientras preparaba la respuesta al Sr. Smith y arreglaba el paquete según las expectativas del cliente, encendió el televisor. Se sirvió un segundo café *levanta-muertos*. La pereza seguía disipándose. En la pantalla algún ministro justificaba algún mal manejo de dinero y le echaba la culpa al gobierno anterior. Que si no había visión de Estado. Que si las arcas estaban vacías y había tenido que trabajar con las uñas. El periodista entrevistador era un desastre, pero era lo que había en el país. Y ella vivía en tierra de



ciegos. Mientras veía el noticiero, prestó atención al cintillo de las noticias en segundo plano. Allí donde las televisoras ponen las noticias que sí tendrían relevancia, en lugar de que hay un hueco en X carretera.

El cintillo rotaba en la parte de abajo de la pantalla. “La Policía Nacional allana la residencia de un ciudadano americano radicado en Arraiján por caso de pedofilia. Fulano Smith tiene una orden de captura y deportación.” Deportación. Smith. Pedofilia. Click. Click.

A *Fátima* se le hizo un nudo en la garganta. Tragó mal y se le salió un poco de café por las narices.

“¡Maldita sea! ¡Joder!”

Se trataba del mismo tipo. El de los ojos buenos. Su cliente. Y aquella solicitud de servicios, no era más que una confesión de culpabilidad. ¿Quién sabe de qué basura quería deshacerse? ¿Qué era lo correcto? ¿Proveer al depredador de un medio para lavar sus culpas? ¿Denunciarlo a las autoridades? ¿No tomar ninguna posición y hacerse la loca? ¿Cómo podía hacer justicia? ¿Traicionar la confianza de Smith? ¿Ser su cómplice?

Pero Smith no le estaba pidiendo nada ilegal ni malo per sé. No le estaba pidiendo a ella que eliminara los archivos. Sólo estaba tratando de comprar una herramienta. Una herramienta muy importante para él. Si ella no hubiera visto aquel cintillo, le habría facilitado sin dudas lo que él le estaba pidiendo. No había sido maliciosa. Pero es que Smith parecía un buen tipo. Tenía cara de buena gente. El abuelito de cualquiera.

La chica decidió hacer un poco de turismo cibernético antes de tomar una decisión. *Fátima* tenía modos poco ortodoxos de “ayudar” a sus clientes. Era más fácil entrar a las computadoras ajenas con un poquito de maña. A veces la gente confía demasiado. Pero aunque no confíen, no han aprendido que lo que pasa en una computadora no se puede borrar tan fácilmente. El internet no es un lugar para guardar secretos. Las computadoras



no son discretas. Dos tazas de café más tarde, la chica ingresaba a la computadora de Smith y pensó en extraer los archivos eliminados. “Pero si saco los archivos voy a parecer una distribuidora”. Tenía que ser inteligente. No podía sacar los archivos. Su dirección de IP no podría figurar en ese trabajo en específico. Abrió unos cuantos documentos de video desde la misma computadora de origen. Sintió ganas de vomitar. Sintió que el piso se abría y se desmayaba. Los archivos borrados eran un asco. La mirada de buen tipo de Smith. Los niños. ¿Cómo podía haber gente tan enferma? El tipo era un monstruo. Un psicópata. A Fátima se le salieron las lágrimas. Podía tratarse de cualquier niño. Niños indefensos.

Pequeñines. ¿Cómo podría utilizar aquella información malhabida para hacer algo por la justicia? ¿Qué era lo correcto? ¿A dónde quedaba el privilegio de confidencialidad de los clientes? Smith había sido un cliente de buena fe.

La moral. La ética. Lo correcto. Había tantas cosas que pensar. Pero *Fátima* decidió terminar de hundirlo. Como un fantasma en el ciberespacio vació sus cuentas bancarias y transfirió los fondos a una ONG de ayuda a Niños con Leucemia y Cáncer. Filtró toda la información nauseabunda al FBI. Los videos monstruosos. El tipo era basura. También

filtró la información en las bibliotecas del sistema carcelario de EU e hizo un par de llamadas a los jefes de pandillas dentro de las cárceles nacionales desde un celular prepago de chip gratuito. “Si el anonimato funcionaba para hacer cagadas, también debería servir para castigar hijueputas”. Ese pensamiento le daba paz. Persiguió a toda la lista de gente que compraba ese tipo de mercancía y dejó la información colgada en los lugares adecuados. Un *dox* bien hecho. Fue un paso arriesgado. Lo destruyó en el sentido literal de la palabra. Ya no podía pagar un abogado decente. No iba a poder tener una vida, ni preso ni en libertad. Y todos sus clientes quedaron expuestos. O eres bueno o eres malo. No hay grises. No hay tibieza.

Perdió la oportunidad de ganarse un montón de plata. Pero algunas batallas hay que ganarlas silenciosamente. Y en caso de que el karma falle, uno tiene que hacer lo que tiene que hacer para darle un empujón. Ser Robin Hood. Ser un superhéroe sin capa. Smith no era un buen tipo después de todo. Los niños. Los niños. Los niños.



Un par de meses después, *Fátima* se enteró en el periódico de que Smith se había suicidado en su celda. O al menos eso parecía. No habían llegado a deportarlo. A ese tipo de prisionero les esperan días de terror en las cárceles y les va mucho peor cuando los presos han tenido acceso a las inmundicias que había en aquella computadora.

Pero *Fátima* no se sintió culpable. Ni por un segundo. Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer. Hay cosas que no tienen perdón...los niños...

Los inventores

Tener 12 años. Querer ser adulto. Recordar tener 12 años. Crecer.

Cuando miro hacia atrás, muchas de las cosas se mezclan en una niebla difusa. A veces no estoy segura de que sean recuerdos verdaderos o pedazos de sueños. Yo nací cuando papá y mamá tenían 40 años. Fui su única hija. La hija que ya se habían resignado a no esperar. Una especie de Isaac, el del Antiguo Testamento, el que se llamó así porque su madre se rió de las promesas de Dios. Y los agarré un poco cansados, debo aceptarlo. Pasé mucho tiempo jugando sola. O haciendo mandados con una mamá que no tenía mucha idea de cómo tratar a una niña.

Desde muy pequeña mantuve conversaciones muy serias con gente grande. Mamá pensaba que hablarle en chiquitito a los niños, los atontaba. En lugar de canciones de cuna o de Cri Cri, aprendí a cantar música de ABBA, Los Beatles y Foreigner. Me encantaba despachar sodas en la tiendita que mi mamá había improvisado para los trabajadores del taller. Y escuchándolos me enteraba de cosas que no eran de niños.

Mamá tenía rutinas explícitas en su vida y yo me convertí más en una acompañante que en una hija. Las cosas de todos los días, las comprábamos en la Abarrotería de Don Chava, que estaba a 30 segundos de la casa. Recuerdo su cara pétrea y angulosa como la de un Moahí de la isla de Pascua, su sombrero típico y su pila. Una vez por semana íbamos al Supermercado La Fe a comprar lo

que queríamos en grandes cantidades. Nos íbamos a pie y volvíamos en taxi. Por razones que nunca comprendí, mamá aprendió a manejar y luego decidió que no le daba la gana de seguir haciéndolo. Las cosas muy especiales, las comprábamos en Casa Lucrecia. Y ese era mi *trip* favorito, en materia de compras.

Mamá me llevaba a donde doña Lucre casi todas las tardes, pues le gustaba comprar todo lo que llevaban sus recetas el mismo día que las prepararía. No acumulábamos víveres en las despensas de nuestra casa en la Calle Manuel Quintero Villarreal. La tienda estaba a unas tres cuadras. La tienda tenía dos enormes puertas de madera con picaportes que las aseguraban metiéndolos en dos huecos abiertos en el piso de cemento pulido. La fachada estaba pintada de color celeste cielo con pintura de aceite y tenía un gran letrero vertical que decía CASA LUCRECIA en letras rojas sobre fondo blanco. Los artículos estaban dispuestos en una especie de “n” formada por las neveras y los escaparates, y las paredes estaban llenas de cosas ricas y muchas veces desconocidas para mí. Los clientes nos parábamos entre las dos patitas de la “n” imaginaria.

Ir de compras a donde Doña Lucre era como entrar a otro planeta. Allí aprendí a comprar jamón polaco Krakus y aceitunas rellenas de almendras. Ella vendía alimentos súper exclusivos que no había en cualquier lado. Tarde en la vida vine a saber que a esas cosas se les decía “ultramarcos” porque venían del otro lado del mar. La viejecita gallega de pésimo carácter, poquísimos cabellos blancos y pecas en el cráneo andaba siempre en bata y zapatillas de dormir. Era todo un personaje. Regañaba al hijo, al esposo y a los despachadores. Tenía una especie de reino de terror que hasta los clientes podíamos sentir.

Jamás olvidaré el día que le gritó a uno de sus ayudantes que dejara de hablar con una chica, que mejor la llevara a “una casa de manutención”. Era una tesa la abuelita celta. También recuerdo muy bien el día que Torrijos murió, yo estaba haciendo unos Calquitos de exploradores en el desierto. Mientras rayaba con un lápiz sobre las figuritas escuché cómo del televisor del cuarto de mis papás salía el ruido telegráfico de las noticias de última hora y la foto de una máquina de escribir. Coclesito. Avión. General de División. Accidente.

Cuando papá traía la parte de atrás de “La Prensa” y me la tiraba sobre la cama, juro que yo



hacía lo posible por entender las columnas “En pocas palabras”, de Guillermo Sánchez Borbón. Me esforzaba línea por línea y leía de principio a fin. No quería decepcionarlo. Pero yo era una niña. Y realmente no sabía por dónde iba tabla. La palabra “gorilas” para mí, indicaba que se hablaba de animales, grandes animales.

El día que publicaron la foto del cuerpo decapitado del doctor Spadafora, papá y mamá discutieron sobre si yo debía ver el periódico o no. Papá lo dobló y lo puso arriba del refrigerador. Eventualmente lo vi, trepándome sobre una silla. Cuando comenzó mi preguntadera, ellos decidieron sentarse juntos y explicarme aquello tan triste que había sucedido. Era la primera vez que yo escuchaba hablar de Hugo Spadafora. El médico guerrillero. El Ministro de Torrijos.

En David la política sabía a otra cosa. La dictadura no era tan nefasta. Las realidades eran distintas. Los militares no eran tan asesinos. Y el Canal no era tan importante. No éramos nosotros a quienes nos tocaba ver una bandera gringa ondeando bajo el sol, ni teníamos paso restringido a ningún lado. Era un universo paralelo en el tiempo en el que todo quedaba lejos. Todo pasaba en otro lugar. Nada era local.

Un par de años después me encontré con *La isla mágica de Sinán* en un rincón olvidado de la casa y empecé a leerla a escondidas. Mis cuentos favoritos eran el de Fifí y Barrabás y el de Pipe y la burra. No podía imaginar nada que tuviera que ver con el Internet. No eran tiempos mejores ni peores. Eran diferentes.

También recuerdo al tío Afrenio. Y todo lo que les he contado hasta este momento, era para que se ubicaran en aquellos tiempos y en mi pequeña y particularísima ciudad. Siempre tuve la impresión de que el tío Afrenio estaba mal de la cabeza. Bueno, no era una impresión, eso lo dije por respeto a su memoria. El tipo estaba fuera de su mente. Chiflado.

Un tilín descompensado, si se quiere. No exagero. Cuando hablaba decía cosas como “el cósmico”, “las potestades” o “el plan universal”. Tenía una clérima sacerdotal para hacerse pasar por cura en caso de que fuera necesario burlar algún sistema de seguridad. En casos de urgencia se la colocaba en el cuello de la camisilla y empezaba su show de agua bendita y rezos (aunque dudo mucho que se supiera el padrenuestro). Leía a Ron Hubbard. Leía a Freud. Leía a Marx. Caminaba raro, se vestía raro y tenía una vida rara en general. Entiendo que fue genial en lo que hacía, pero



por alguna razón dejó de hacerlo. Era escultor. De los buenos. Por eso aquella tarde que llegó sin camisa y descalzo al taller de papá, pensé que era otra más de sus locuras. Lo vi de lo más normal. Al fin y al cabo, en todas las familias hay alguien que necesita Altruline, Litio, Tafil o Prozac. O un electroshock. O una camisa de fuerza. O todas las anteriores.

Yo estaba sentada en una frente a la casa tomándome una botella Coca Cola perfectamente escarchada –siempre hace calor en David–, cuando lo vi pasar como una suspiro, gritando el nombre clave que le tenía a mi papá. “Brígido, Brígido”. Nadie más llamaba así a papá. Entiendo que “Brígido” era el nombre del Santo del día que nació papá. El tío Afrenio llevaba bajo el brazo algo que desde mi punto de vista parecían rollos de los que se usan en los planos o algo así. Pero como dije antes, nada me sorprendía del excéntrico de mi tío. Eran como las 5 de la tarde. Lo recuerdo porque las bandadas de pericos volaban desde el guayacán hasta el mango, pasando por entre los cables eléctricos y entre las nubes de polvo rojizas del marzo chiricano. Papá ya estaba limpiando sus máquinas y poniendo todo en orden como siempre. Cada tornillo, broca, soldadura, lentes, delanteles y guantes se dejaba en el lugar usual para iniciar al día siguiente muy tempranito.

En aquellos tiempos en que había siesta de dos horas al mediodía. Los trabajadores iban a almorzar a sus casas en bicicleta. Los niños volvían a pie de la escuela. Los maestros eran como segundos padres. Las familias solían comer en la misma mesa y a la misma hora. A papá le decían el Maestro. Era organizado, disciplinado, rutinario. Papá era una especie de sabio local. Era mecánico de precisión y había trabajado en la Chiriquí Land Company. Había recibido clases directamente de un discípulo de Don Bosco. Soldati creo que se llamaba. Y su taller había sido semillero donde se cultivaron todos los torneros metalúrgicos de su tiempo. Papá me repitió hasta el último de sus días, lo importante que era hacer crecer la cantidad de conocimientos que llevas en la cabeza. “Leer. Leer. Leer”. Cada vez que yo le preguntaba algo, él me respondía con un periódico, un libro o un ejemplar de las *Selecciones del Reader’s Digest* tirado sobre mi cama. Me obligaba a investigar y a hacerme mis propias opiniones sobre todo tipo de temas. Cómo lo extraño. Pero volvamos al cuento. El tío iba corriendo con sus papeles y su desorden y al llegar frente a papá los colocó sobre el torno (máquina de tornear metales y hacer piezas mecánicas a la medida, cuando las cosas hechas a mano eran más accesibles que mandar a buscar la pieza a Corea pagando con una tarjeta de crédito) y comenzó a hablar y gesticular con mucho entusiasmo. Papá, parco, serio



y calladito como era, asentía con la cabeza y con la mano izquierda se tapaba la boca y el mentón. El tío le quitó a papá el lápiz que siempre llevaba tras la oreja y desenrolló uno de sus papeles, para comenzar a explicarle gráficamente sepa Dios qué cosa.

Papá no emitía palabra alguna. Él era así. No puedo recordar que haya hablado por más de 10 segundos seguidos. Pero sea lo que fuere, parece que la idea del tío no se le hacía del todo descabellada. Desde donde yo estaba –realmente sin nada que hacer– estudiaba sus lenguajes corporales. Pude deducir que el tío tenía una idea y quería que papá se la convirtiera en realidad. Al final del día, eso es lo que hacía papá en su taller. Realizar los proyectos de la gente. Imaginar soluciones y darles vida con sus tornos, fresadoras y soldadura.

Se movieron a la “oficina” de papá, así que allí ya no podía observarlos con la misma claridad que cuando estaban en el medio del taller. Allí había mejor iluminación y una gran mesa de trabajo donde seguir con sus discusiones. Me iba a perder lo mejor de la conversa. Aunque no había podido escuchar ni una sílaba de lo que estaban hablando. Pero eso no se iba a quedar así. No tenía nada mejor que hacer que resolver tal misterio.

Después de como una hora de reunión _lo sé porque el sol se ocultaba y me había tomado otras dos Coca Colas mientras los seguía mirando__ el tío salió tan sin saludarme como había llegado, arrancó su Torino color blanco, negro y óxido y se perdió por las medio pedregosas calles de la ciudad. La tardecita color lavanda traía una suave brisa consigo. Papá venía cansado, pero sonriente. Tocó mi cabello estirando uno de mis rulos y entró a la casa.

Yo no me iba a dar por vencida. Tenía que saber de qué habían hablado. El exceso de azúcar de las sodas contribuía a acrecentar mi curiosidad. Miré hacia un lado y hacia el otro. Agarré mi pelota de fut y me puse a patearla dentro del taller. Me habían advertido una y otra vez que no lo hiciera, que me iba a saltar una viruta de metal en un ojo, pero no era algo que me interesara obedecer. Fuera de que en este caso, no era más que una coartada para ir a espiar la oficina de papá.

Sabía de sobra dónde encontrar la llave del cuarto de estudios al lado del taller. En ese momento me imagino que mamá le estaba sirviendo la comida a papá, quien no preguntaría por mí



y después de ver sus programas favoritos se iría a acostar. Yo tenía permiso de hacer lo que quisiera, siempre que no perturbara la paz de un papá que se había pasado todo el día trabajando.

Abrí con cuidado y encendí la luz. Aún así la puerta de metal chilló sobre su gozne. Allí estaban los papeles. Cuando leí el título de los dichos documentos no pude aguantar una carcajada que provocó que escupiera sobre los planos... “Artefacto antigravitatorio”. El tío estaba loco y sin esperanza. Si tenía alguna duda a esas alturas, aquello fue suficiente para que no cupiera en mi cabeza. Y esto me indicaba que había tocado fondo. No. Discúlpeme. No sólo había tocado fondo, sino que había colonizado el fondo y ahora era ¡Alcalde del Fondo!

No puedo reproducir en palabras certeras el concepto del invento, porque realmente soy muy mala describiendo cosas que veo dibujadas en papel. Mi noción del espacio y mi entendimiento de indicaciones teóricas es muy limitado. Había elementos magnéticos, eléctricos, resistencias y fórmulas como de fuerza, velocidad y masa. Había algunas “x”. Había números. Y pesos. Y medidas. Todo bastante científico para mi gusto. Yo sólo tenía 12 años. Integrales. Diagramas de diferentes colores. Era como estar leyendo algo en otro idioma. Por un momento lamenté no sentir ningún tipo de interés por las matemáticas.

No le paré mucha bola al asunto y lo archivé en el lugar de la mente en donde uno pone todo lo que no sirve. Todo lo que no debe ocupar espacio en tu disco duro. “Pobrecito papi, tener que aguantar las loqueras del tío y pretender que tienen sentido.” Tener que seguirle la corriente al triple loco de Afrenio”. Me fui a mi cuarto a mirar al techo y a llorar porque Fernando tenía una novia nueva. En la radio el programa de dedicatorias de las noches tocaba “She is like the wind”. Yo obviamente sí tenía cosas importantes en las que ocupar mi tiempo, en vez de pensar en artefactos gravitatorios.

Algunos años más tarde murió el tío Afrenio, en un episodio digno de “1000 maneras de morir”, obviamente. No podía ser de otro modo. Por lo que entendí, trató de investigar cuántas tazas de café podía aguantar su organismo y después de siete días sin dormir, cayó en una especie de coma por falta de sueño y envenenamiento por cafeína. Como la ex-esposa, a la que abandonó por la jovencísima maestra de su hijo, aún tenía la última palabra en caso de muerte cerebral, tan pronto le preguntaron qué se hacía con el loquillo del tío, firmó la



orden de desconexión. Fin de la historia. Fin del recuerdo.

Pero hace un mes murió papá y me ha tocado en suerte un baúl con sus cosas. Siempre supe que no dejaría grandes sumas de dinero para mí. Papá se había gastado hasta lo que no tenía en pagarme la mejor educación a la que uno podía tener acceso en aquel lugar y en aquel momento.

Entre lo que podemos llamar “mi herencia” me encontré muchas cosas que me arrancaron infinitas lágrimas. Y que sé que me harán llorar muchas veces más mientras viva. Sus discos de acetato. Los candeleros que hizo para mí. Las campanillas de apagar velas. Sus fotografías de juventud. Su colección de monedas. Su perfume a medio terminar. Sus manuscritos de inventos que se quedaron en proyectos. La vida no le alcanzó a papá para arreglar el mundo.

Debajo de todas aquellas emociones, hay una cajita que pesa como 15 libras. Entre papel de burbujitas, de esas que uno se pone a explotar por el hecho de ser algo muy entretenido, se encuentra una estructura triangular, pegada con puntos de soldadura y rodeada de imanes. Lo sé porque mi sortija de matrimonio ha quedado pegada al artefacto. Los bordes son suaves. Se parece a muchas otras cosas que hacía papá. Los acabados no son delicados. Puedo identificar lo que parecen unas rudimentarias celdas solares. Se parece mucho a aquel dibujo que vi en mi niñez, la tarde de las cocacolas y el tío descamisado. De repente el recuerdo va saliendo del oscuro lugar de mi cabeza en donde estaba guardado. La palabra “Antigravitatorio” hace su aparición en mi cerebro, salida de la circunvalación menos pensada del interior de mi cráneo.

Busco los planos del aparato, pero no hay nada. Nada que diga que es antigravitatorio. No hay ni no sólo de aquellos papeles en los que me entrometí a mis 12 años.

Ya es mediodía y llevo el dispositivo a un lugar en donde le pegue el sol, en caso de que las celdas solares aún sirvan. Siento nostalgia por mi papá. Uno nunca se conforma con decir “adiós”. Si uno se deja llevar por el luto, corre el riesgo de querer encontrarse a quien se ha ido en cualquier esquina de la vida. Acomodo el triángulo suavemente sobre la hierba. No hay ni una nube en el cielo. Nadie me mira.

Después de unos segundos, que pudieron ser minutos y con los ojos llenos de lágrimas por la tristeza de que papá no esté, siento cómo el aparatito triangular comienza a vibrar sobre mi regazo. Seguro las celdas solares se han recargado. Al menos la cosa se mueve.



Al terminar la vibración el triángulo comienza a girar suavemente sobre su eje. Sin hacer ruido. Y entonces comienza a flotar. Con suavidad. Como si despertara de un largo sueño. Como si mirara a su alrededor. Con timidez. Y ante mi mirada embobada, se eleva del suelo. Centímetro a centímetro. Sube, sube y sube. Y de repente está frente a mis ojos. Y de repente sobre mi cabeza. Y sigue subiendo, como una burbuja sin destino.

Cuando mi cerebro, caprichoso y conveniente, se conecta con mis manos, ya es muy tarde. Ni brincando puedo alcanzarlo. Y el triángulo gira y se eleva y se va haciendo uno con el cielo.

Se me ha ido. En realidad se ha ido.

Las lágrimas comienzan a brotar con mayor intensidad. Cómo te extraño, papito.

Y yo aquí sólo puedo pensar, que el tío Afrenio, quizás no estaba tan loco nada.

Pero en verdad no me sorprende tanto. Papá era un genio. Un inventor. Era un maestro. Un Maestro. Con mayúsculas.

Cómo te extraño, papito.

Tu cerebro es tu empresa. Invierte en tu mente. Lo que aprendes no te lo puede quitar nadie. Esos eran sus mantras sagrados. Sus leyes de vida. Sus mandamientos. Como le decía su papá *“La vida no es una novela”*.

Eran otros tiempos. Ana había ido a la escuela en una época en la que no te daban un premio por llegar de décimo, ni te diagnosticaban con déficit atencional por traer un boletín lleno de 3.0, ni te atiborraban de Ritalín para justificar tu ñañequería. Tiempos en que las cosas aún se corregían con una buena cuera. Y a Ana Estudiar era lo único que le salía bien. Casi sin esforzarse. Los libros eran su lugar seguro. Lo único que la hacía sentirse útil e incomparable. De alguna manera justificaba su existencia. Como muchas otras personas, escuchó a su papá y optó por estudiar algo que le asegurara un ingreso fijo y decente. Derecho. Obvio. Todo eso del arte y las humanidades, no eran más que pendejadas que la iban a matarla de hambre a la larga. Todo el mundo necesita un abogado. Derecho. Obvio. Y así fue.

Pero Ana se prometió a sí misma que una vez terminada la universidad, iba a estudiar algo que en realidad le interesara. Algo que la apasionara. Lo que siempre había querido hacer. Le tomó algunos años decidirse a agarrar sus maletas e irse. También había un amor fracasado en la receta de su decisión. Siempre hay un amor fracasado en la decisión de largarse de un sitio.

Recién graduada ejerció como asesora legal en un banco de esos que se iba a perder en medio de las entonces tan temidas fusiones, con un sueldo de miseria y un uniforme horroroso. También fue pasante en un par de firmas grandes, de esas en las que cualquier cosa que uno haga es decente. Fulano, Zutano, Mengano y Perencejo. Todos apellidos dignos de la Junta provisional de Gobierno. O de corsarios ingleses. O de nuevos ricos en general. Por el prestigio y ese tipo de cosas. Vivió con lo justo. Ahorró un par de miles de dólares. Aguantó días interminables de pretender que le interesaban los problemas de los demás. Como si fueran de ella. Se especializó en garantizarles a los clientes de alto perfil que sus herencias serían administradas sabiamente. Estructuras testamentarias que años más tarde se convertirían en pecados capitales y causales de caer en listas de todos los colores.



Se dio cuenta que mientras más plata tiene una persona, más le preocupa morir. Los ricos quieren que cada uno de sus centavos se maneje según sus intenciones. Que los hijos no se peleen por plata. Queno pasen trabajos. Que todo el mundo quede protegido. *Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja...*

Su deseo de estudiar lejos, justificaba vivir un poco de mentira. A veces uno tiene que hacer sacrificios y cosas que no le interesan en lo más mínimo si quiere avanzar. No se puede tener todo lo que uno quiere, todo el tiempo.

Se metió en dos préstamos educativos, de esos en los que tienes que conseguirte dos fiadores que tengan sueldos de 4 cifras y trescientos años de estabilidad laboral. De esos que el día que te atrasas en un triste pago, le embargan hasta la madre a los pobres fiadores que de tan buena fe te ayudaron. Atendió un par de casitos legales, hizo un par de sociedades sin derecho a cobrar Agente Residente por siempre jamás. Intentó sin éxito sacar algunas visas. Por mucho que uno estudie y no se copie y tenga asistencia perfecta, cuando te toca ejercer en la vida real, el sistema te escupe en la cara que todos tus estudios no pesan más que los contactos adecuados. Todo muy normal.

Cuando ahorró lo suficiente hizo su papeleo, compró su tiquete y fue *pa'lante*. Y un día se encontró en medio de aquel maizal. Más o menos como el lugar en el que cayó el meteorito en el que *Superman* llegó a la Tierra. Se suponía que con la media beca que le garantizaba la universidad y su trabajo en el campus se pagaría toda la maestría.

Aquella no era una universidad ni de primero ni de segundo ni de tercer grado. De a vaina podía llamarse universidad, seamos sinceros. Pero uno tiene que hacer lo que tiene que hacer para tener un título de una universidad gringa, ¿no?. Al final del día, con decir que había estudiado en Missouri sería suficiente. No había por qué ponerse específico.

El trabajo que le asignaron a Ana era colocar cintas magnéticas dentro de los libros de la biblioteca. Cinco años en la Facultad de Derecho de la Nacional y un año de Postgrado en la UTP. Tesis de grado en Derecho Constitucional. Más graduada que un termómetro. Cintas magnéticas. *Nombre no. Pa'eso se jode uno. Nombre no. Si mi mamá me viera se pone a llorar. Los 7 hábitos de la gente altamente eficiente. Cómo ganar amigos e influir entre las personas. Quién carajo se robó mi*



queso. *El cambio del cachado poder.*

El objetivo de las cintas magnéticas dentro de los libros era el de hacerlas sonar si alguien intentaba sacarlos del lugar sin los debidos permisos. En las puertas de la Biblioteca había dos dispositivos electrónicos que leían las cintas y pitaban diabólicamente ante la presencia de un vivazo que se lleva el libro con la cinta sin desmagnetizar. *El juega-vivo*

no es una exclusividad de los panameños. Muy por el contrario, es un nicho de negocios a donde sea. Cámaras, alarmas, detectores de retina, cercas eléctricas, chips con GPS para los perros, sensores de huellas digitales, detectives privados, pinchado de teléfonos, el velo corporativo. La protección contra el *juega-vivo* es un negocio aquí y en Tasmania.

Aunque lo que hacía no era muy estimulante para su cerebro, era ideal para su situación. Había ido a caer en el lugar más aburrido de la tierra. La manera más gráfica de describirlo era como un inmenso llano, con parches de sembradíos de maíz y cruzado por carreteras interestatales. Tan metido en el continente, que si lo pensaba bien, sentía claustrofobia y le daban mareos y ganas de vomitar. Cada vez que pensaba en lo lejos que estaba del mar, sentía que se ahogaba.

Había otros tipos de trabajos. Estaba el que clasificaba el correo. Los que ayudaban en la cocina y llevaban esos ridículos delantales y redecillas en la cabeza. Los asistentes de oficina. Ana estaba segura de que todo podía ser mucho peor. La podían haber puesto a fregar platos.

¡Cómo había el panameño en esa universidad que no era ni de primera, ni de segunda, ni de tercera categoría! Cuidado que ni de cuarta. Y todos pensaban que la estaban botando. O al menos les gustaba pretender que estaban en la mismísima Harvard!

Sí. La vida podía ser muchísimo peor para Ana. Podía estar recibiendo órdenes de alguien. Podía ser una esclava más del sistema en el que la “universidad” te ofrecía una media “beca” y te hacía trabajar medio tiempo para pagar el resto de lo que no cubría tu supuesta beca. Todo era una gran estafa. No había un proceso de selección. Nadie era rechazado. El “Convenio” entre la universidad y la institución financiera de préstamos estudiantiles panameña, era un negocio redondo. Al fin y al cabo ibas a acabar con un diploma de una universidad norteamericana en las manos. No era como que en alguna esquina del pergamino iba a decir que era una entidad de quinta. Si se ponía a pensarlo con detenimiento era un caso de colonialismo solapado. La



universidad gringa exigía un depósito directo de diez mil dólares por una maestría y te sacaba la mugre en una oficina o frente a una olla sin pagarte ningún beneficio. Y te pasarías los siguientes 15 años pagando

125 dólares mensuales por el privilegio de la educación. Con el miedo de que si no pagas, ejecuten a tu fiador que ya lleva trescientos años de estabilidad laboral. Hay gente que sabe hacer sus vainas bien hechas. Y sacarle plata a un país tercermundista en el camino. Oro por espejitos. No era la primera vez que eso pasaba en la historia de la Humanidad.

Es por ello que Ana se consideraba muy afortunada. Tenía un trabajo de muy pero muy bajo perfil. Ponchaba al entrar, saludaba Dave, el bibliotecario, que era un tipo flaquito

y paliducho, con lentes de pasta negra, como de 40 años cuya primera opción en la vida no habría sido estar allí. Luego Ana se escondía en una esquina polvorienta de la biblioteca, colocaba 37 cintas magnéticas, lo cual tomaba unos 15 minutos de su tiempo laboral, se refundía en las aguas de un libro abandonado por tres horas, colocaba 19 cintas más, agarraba su mochila verde, se despedía de Dave— cuya piel casi transparente y su mirada perdida no contaban una gran historia— y caminaba hacia su dormitorio, a inventar mil maneras de matar ese año fuera de casa. Entre libros polvorientos que nadie extrañaría. En rincones escarchados de telas de araña, polillas y olvido. Ana no se cambiaba por nadie. Paz y leer. Qué importaba si era un trabajo un poquito humillante.

Con todo, aquel era un trabajo invaluable, tenía que seguir su esquema con minucia. La probabilidad de pelar papas en la cocina, siempre era una amenaza sobre su cabeza.

Si había algo que Ana detestaba con toda su alma, era recibir órdenes. Lava el carro. Levántate. Anda a la tienda del chino. Haz un trabajo sobre una novela de Hemingway. Cómete los frijoles. Préstame tu tarea. De sus maestros. De sus amigos. De quien diablos fuera. Y todo era un poco peor, si las órdenes venían de un hombre. Era algo casi patológico. Al recibir una orden sentía cómo perdía el control. La ira la invadía. Su cara se tornaba lívida. Le era imposible ocultar el odio visceral que las instrucciones le causaban. Trabajar encubierta y al margen de un orden superior era una oportunidad inmejorable.

Estaba dispuesta a defender su posición. El plan era mantener un perfil imperceptible. No



llamar la atención. No maquillarse. No vestirse llamativamente. Volverse una sombra, mimetizarse con las paredes. Ser invisible. Llamar la atención no era una opción. Y eso es un poco difícil cuando uno no está acostumbrado.

Pero todo en la vida implica sacrificios. Sacrificios por un bien superior.

Y Ana estaba tan a gusto en su invisibilidad. Era como un manto mágico que la protegía de

ser importunada en sus pensamientos. Jeans anchos. Sudaderas grises. Sin nombres ni frases, al fin y al cabo ropa de Wal Mart, lo único que se podía pagar. Cola de caballo. Zapatillas de correr. No podía exagerar. No podía desbalancear el plan. Cualquier error podía pasarle factura y hacer que la transfirieran. A pelar papas. O a llenar botellas de Ketchup. O a archivar documentos. Que nadie la extrañara, pero que nadie la necesitara. El universo le había hecho un regalo. Y Dios sabe que muy pocas veces obtenía lo que quería.

Estaba segura que había ido a parar al lugar más aburrido del planeta. El medio de la nada. El maizal. Porque el Midwest no era New York, ni San Francisco, ni Los Ángeles, ni nada que mereciera ser destruido por extraterrestres en una película de esas en la que los gringos siempre ganan. Era una planicie sin esperanza, sin sistema de transporte público y aderezada con vallas de desaparecidos y números de teléfono que bien podrían conectar con la dimensión desconocida. Una ciudad sacada de la biografía de un asesino en serie.

Pero había un par de cosas buenas. Estaban las cuatros estaciones con su variedad, la salsa de barbacoa de las hamburguesas de BJ's que era algo fuera de este mundo y el bar de Stevie Ray. Ah, y por supuesto, la sonrisa de Kayleigh.

Ana era más bien solitaria, y lo disfrutaba. Pero en cuanto conoció a Kayleigh, tuvo la certeza de que sería una constante en su vida, al menos durante su año y medio de maestría.

Sus cabellos eran rojizos como las fogatas de la niñez. Sus ojos acaramelados como los atardeceres en trópico. Tenía miles de pecas sobre una piel de alabastro, cara de no haberse bañado, sonrisa de quien no tiene preocupaciones y un vaso inmenso de plástico de Pepsi que Ana vería llenarse de modo sostenido y desenfadado mientras vivieron juntas en los dormitorios de ese college glorificado en donde sus vidas se habían cruzado.



Ana se miró en la sonrisa de Kayleigh, y supo que las cosas no serían tan tristes y patéticas como se las había imaginado al salir de Tocumen.

Traía una maleta aún con el tiquete de identificación del aeropuerto, y no está de más que sepan, que llegaba Summersville con el corazón destrozado y con tantas ganas de escapar de las calles, de los restaurantes, de las casualidades y de los amigos que les habían sido comunes a ella y a quien le había desbaratado las ganas de vivir.

Después de desempacar y hablar las cosas básicas, Ana se dio cuenta de que no había mucho que tuvieran en común.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?—, preguntó Kayleigh con su voz de niña.

—Seguro—, aceptó Ana, con un inglés bastante aceptable. Y así empezarían las muchas noches de Stevie Ray, con sus toques de bandas en vivo y las decenas de Budweisers que se tomarían juntas. Kayleigh era la típica amiga esa que no puede estar sola. Jamás le dio a Ana un solo consejo que valiera la pena. No era una académica consagrada y no acostumbraba a hablar cosas serias sobre su vida. No era profunda y densa. No sufría de la intensidad de quien necesita que le prestaran atención. No era una inmadura ni una desobligada, pero disfrutaba muchísimo del presente. Y quizás Ana necesitaba de ese tipo de persona a su lado, al menos en ese momento de su vida.

Cuando uno decide dejarse llevar por ese tipo de amistad, esa que viene con fecha de vencimiento, las cosas son difíciles. Porque ambas personas saben que al final, la otra regresará a casa y que las probabilidades de volverse a ver son lo que los gringos llaman “slim to none”. Pero ninguna de las dos vivía pensando en eso. Ana estaba a miles de kilómetros de casa, de estándares, de metas y un poco más lejos de cualquier tipo de compromiso. Una amiga como Kayleigh era lo que necesitaba.

En la calle principal que corría paralela al río Missouri (Mainstreet) había unos cuatro lugares decentes en donde tomarse unos tragos y hacer amigos fugaces. Había una campana que te avisaba que eran las tres de la mañana y que era la última oportunidad de pedir alcohol, al



menos allí, al menos esa noche.

Ana y Kayleigh se volvieron inseparables. Después del “trabajo” de pegar cintas magnéticas, de leer sobre el camino que Robert Frost no tomó, de entender de qué habla Carver cuando habla de amor, de investigar sobre el viaje en el tiempo en la literatura para su tesis de maestría y de sobrevivir a la espantosa e impresentable comida de la cafetería, la cual según se rumoraba por los pasillos, a veces incluía ardillas silvestres del bosque, luego de la lavandería, con la clásica bolsa de monedas de veinticinco centavos que siempre había que tener a disposición, de ir a dar un par de vueltas en la pista de tartar rojo y de mandarles un par de correos electrónicos a sus padres, la salida en el Saturn de Kayleigh era la razón de ser del día de Ana.

Fueron a bares irlandeses, tomaron cerveza verde y se metieron en bailes de música country, pasearon a la orilla del río Missouri y se besaron con los chicos guapos de alguna banda de covers de Nickelback. El dúo dinámico de la latina y la pelirroja en aquel hueco del Midwest gringo, resultaba siempre muy interesante y atractiva. Siempre había de qué hablar. Siempre había un redneck de ojos azules que jamás había hablado con nadie que no hablara inglés como lengua materna. Siempre había un gringo que quería que le enseñaras las malas palabras en español. Vieron películas acostadas en los Lazy Boys de la casa de

los padres de Kaileigh y tallaron calabazas en Halloween. Hornearon galletas y escondieron licor barato en el dormitorio de la Universidad. Kayleigh corrigió el inglés lamentable de Ana, quien con un par de tragos, se volvía la reina de los karaokes. Ana jamás se habría

atrevido a decirle al chico más guapo del bar, que era el chico más guapo del bar. Aunque un bar siempre sea un bar. En cualquier latitud. Si no fuera por los bares...

Eran tiempos de Nelly y Eminem. De Modjo. Del 11 de septiembre. De terror. De andar nervioso. De gente que sostenía velas a la orilla del río, tratando de conectar con un dolor ajeno. Eran tiempos de Bush. Y del presidente con el mismo nombre.

A medida que el tiempo se les escurría entre las manos Ana y Kayleigh se prepararon para el

adiós. Ana se fue de backpacking por Europa para saldar cuentas con sus recuerdos. Y regresó con el alma deshidratada. Kayleigh estuvo en el aeropuerto para recibirla y para decirle que todo iba a estar bien. Y estaría de nuevo dispuesta a llevarla a ese último viaje de vuelta a casa.

Se les acabó el tiempo.

Ana ya había empacado para volver a lo que dos años atrás había dejado de ser suyo.

Aquel amanecer con una obvia y proverbial resaca de Jagers y Buds y lo que sea que sirva para olvidarse de lo que no tiene remedio, Kayleigh la pelirroja missouriana y Ana, la panameñita que no sabía recibir órdenes de nadie, se dijeron adiós en un gate de vuelos domésticos del Aeropuerto de Lambert.

Era un itinerario St.Louis /Houston/Tocumen. Las dos se fusionaron en un abrazo de esos que uno da cuando ya no hay nada que hacer.

Al salir del avión primero en Houston y luego en Tocumen, ya la resaca había dado lugar a la verdadera tristeza. Al real sentimiento de pérdida. A todo lo que pasa cuando uno se sube a un avión y deja atrás un pedacito de su vida. Sabían que no se volverían a ver.

Ha pasado el tiempo. Ya no tienen 25 años. Ya Ana terminó de pagar su préstamo y sus fiadores están libres de peligro. No les van a embargar hasta la sonrisa por su culpa. Eso es un alivio. Es el precio del conocimiento. Quién le hubiera dicho que el trabajo que terminaría haciendo aún no existía cuando terminó su Maestría en Arte con Énfasis en Escritura Creativa. Con el tiempo las cosas van cambiando. El cambio es lo único que permanece. Todo lo demás pasa. Bendita la hora en la que había decidido estudiar cuánta vaina se le puso en frente. Estaba lista para la vida. O al menos eso creía. Uno nunca termina de estar listo para el futuro.

Ana jamás llama a su universidad de quinta por su nombre. Le da pena. Sólo dice “Estudié en Missouri”. Es suficientemente elegante. Las vidas les tomaron un curso inexplicable a Kayleigh y a ella. Algunos sueños se les hicieron realidad en el camino. Otros se les rompieron en cuatro mil pedazos. Se invitaron por correo a las respectivas bodas a las que sabían que la otra no asistiría. Se



hicieron amigas en Facebook. Y con el tiempo pudieron llamarse gratuitamente por el Messenger. Es curioso cómo la tecnología te va ubicando en momentos de tu vida, te va marcando, condicionando y piensas en cómo hacías antes de que lo que ahora es nuevo e imprescindible existiera.

Pero allá, en el medio de la nada, en una esquina de Stevie Ray's, que aún existe en el Riverfront y donde siguen tocando una campana a las 3 de la mañana, gritando "last call for alcohol" hay una foto revelada con químicos en algún laboratorio Kodak, como se hacía antes, con manchas de deterioro, sostenida con una tachuela verde en un tablero de corcho, en la que la pelirroja y la panameña se toman un selfie, antes que se llamara selfie y se pudiera subir al Internet, cachete con cachete, después del tercer tequila shot. Sus cabellos se combinaban. Jamás volverían a ser tan jóvenes. Felices de haberse encontrado en un instante del destino. Con esas sonrisas de a quien no le importa el futuro. Al fondo si se pone mucha, pero mucha atención, aún se puede escuchar a Chad Kroeger, con su voz rasposa y su rock tan subestimado "*...así es como me recuerdas, quien realmente soy*".



SEGUNDO LUGAR

FICCIONES Y RECUERDOS

Provincia de Chiriquí

Los niños

La alarma sonó desaforada. Por la ventana las montañas azules se desperezaban. Uno que otro gallo cantaba en la distancia. *Fátima* tomó su teléfono con los ojos aún cerrados y pegados de la alergia que había sufrido la noche anterior. Eso era algo que no habría sido su primera opción al levantarse, veinte años atrás. Pero entrado el siglo XXI, era lo primero que se hacía al despertar. Revisar el teléfono, sin ver si el cielo estaba encapotado ni revisar si había alguien durmiendo a lado de uno. Todo menos perderse un mensajito. Hay que leer todas las notificaciones. Había sido un fin de semana de trasnochadera entre sus proyectos y su reacción alérgica severa. Su trabajo se había apilado en la última semana, pero cuando a uno le gusta lo que hace, difícilmente se le puede llamar “trabajo”.

Fátima era su nombre clave. En su negocio uno no puede navegar con nombre propio. Era una ingeniera en sistemas computacionales. Trabajaba freelance desde donde le diera la gana y no podía quejarse. Era una crack en lo que hacía, todas las modestias aparte.

No tenía ganas de bañarse esa mañana. Hacía frío.

Tenía unas 58 notificaciones de diferentes aplicaciones. WhatsApp, Facebook, Twitter e Instagram. El grupo de su promoción de la escuela secundaria con decenas de memes de Piolín y tazas humeantes de café, deseándole a gente que no habían visto en décadas, una feliz semana. Le llamó la atención un mensaje que le habían enviado a las

cuatro de la mañana, durante una de las tres horas que había podido dormir. Un mensaje de un cliente. El Sr. Smith. Francio Smith. El señor buena gente.

“Hola, F., tengo una urgencia.

Necesito un programa que me asegure que todos los archivos que he borrado de mi laptop sean irrecuperables. Necesito una bomba, un software que destruya todo lo que encuentre en la computadora y me asegure que nadie nunca pueda recuperarlo o volver a utilizarlo. Sé que estas cosas son tu especialidad. Esto lo necesito con carácter de urgencia. Confío en ti y espero tu pronta respuesta”.

Smith era un tipo de unos 70 años. Ojos azules y mirada bondadosa. Siempre le había parecido un una buena persona. Podía ser el abuelito de cualquiera. Un buen tipo. Subrayado. Un excelente cliente.

Fátima se frotó los ojos con fuerza y volvió a leer el mensaje. Si bien le pareció un poquito desesperado, realmente no le llamó la atención para mal. Al fin y al cabo, esto era algo que ella podía hacer. No era la primera vez que le pedían algo parecido. Aunque generalmente lo que la gente quería era recuperar cosas, no perderlas para siempre. Pero bueno, cada loco con su tema.

Después de la tercera lectura del mensaje de WhatsApp, comenzó a procesar la orden del cliente en su cerebro. *Fátima* tenía exactamente lo que Smith necesitaba, así que se levantó como un resorte y voló escaleras abajo para prepararse un café fuerte, que la sacara del limbo de sueño en el que flotaba y la dejara pensar claramente. Nadie debería hablarle antes de que tomara su primera taza de café. Era algo bien sabido.

Era su proyecto bebé. Lo llamaba el FX9. Luego de 8 intentos fallidos, había logrado crear un programa satisfactorio. “F” por *Fátima*. “X” por “Exterminador”. 9, porque



fue a la novena intentona que en verdad funcionó. Era como amnesia irreversible para las computadoras. Era un basurero de exterminio digital. No era un troyano ni nada de eso.

Primero encriptaba todos los archivos y luego los hacía desaparecer. Era exactamente lo que Smith estaba pidiendo. Equivalía a meter un documento en una trituradora, meterlo en una olla de ácido, quemar la pasta resultante y esparcir las cenizas en una avioneta sobre el océano Índico. No contento con esto, el programa se autodestruiría una vez terminada la aniquilación. No dejaría huella. No se podía copiar. Era una obra de arte. Trabajar con computadoras era su pasión y ésta era la oportunidad perfecta para vender muy cara su experiencia. Este tipo de software no estaba registrado ni en el mercado. Era un arma, en el sentido literal de la palabra. Eso le daba un valor agregado desmedido. *Fátima* comenzó a gastarse la plata que aún no se había ganado. En su mente, obvio.

Estaba emocionada. Se iba a hacer un billete responsable. Pero mientras preparaba la respuesta al Sr. Smith y arreglaba el paquete según las expectativas del cliente, encendió el televisor. Se sirvió un segundo café *levanta-muertos*. La pereza seguía disipándose. En la pantalla algún ministro justificaba algún mal manejo de dinero y le echaba la culpa al gobierno anterior. Que si no había visión de Estado. Que si las arcas estaban vacías y había tenido que trabajar con las uñas. El periodista entrevistador era un desastre, pero era lo que había en el país. Y ella vivía en tierra de ciegos. Mientras veía el noticiero, prestó atención al cintillo de las noticias en segundo plano. Allí donde las televisoras ponen las noticias que sí tendrían relevancia, en lugar de que hay un hueco en X carretera.

El cintillo rotaba en la parte de abajo de la pantalla. “La Policía Nacional allana la residencia de un ciudadano americano radicado en Arraiján por caso de pedofilia. Fulano Smith tiene una orden de captura y deportación.” Deportación. Smith. Pedofilia. Click.

Click.

A *Fátima* se le hizo un nudo en la garganta. Tragó mal y se le salió un poco de café por las narices.

“¡Maldita sea! ¡Joder!”

Se trataba del mismo tipo. El de los ojos buenos. Su cliente. Y aquella solicitud de servicios, no era más que una confesión de culpabilidad. ¿Quién sabe de qué basura quería deshacerse? ¿Qué era lo correcto? ¿Proveer al depredador de un medio para lavar sus culpas? ¿Denunciarlo a las autoridades? ¿No tomar ninguna posición y hacerse la loca? ¿Cómo podía hacer justicia? ¿Traicionar la confianza de Smith? ¿Ser su cómplice?

Pero Smith no le estaba pidiendo nada ilegal ni malo per sé. No le estaba pidiendo a ella que eliminara los archivos. Sólo estaba tratando de comprar una herramienta. Una herramienta muy importante para él. Si ella no hubiera visto aquel cintillo, le habría facilitado sin dudas lo que él le estaba pidiendo. No había sido maliciosa. Pero es que Smith parecía un buen tipo. Tenía cara de buena gente. El abuelito de cualquiera.

La chica decidió hacer un poco de turismo cibernético antes de tomar una decisión. *Fátima* tenía modos poco ortodoxos de “ayudar” a sus clientes. Era más fácil entrar a las computadoras ajenas con un poquito de maña. A veces la gente confía demasiado. Pero aunque no confíen, no han aprendido que lo que pasa en una computadora no se puede borrar tan fácilmente. El internet no es un lugar para guardar secretos. Las computadoras no son discretas. Dos tazas de café más tarde, la chica ingresaba a la computadora de Smith y pensó en extraer los archivos eliminados. “Pero si saco los archivos voy a parecer una distribuidora”. Tenía que ser inteligente. No podía sacar los archivos. Su dirección de IP no podría figurar en ese trabajo en específico. Abrió unos cuantos documentos de video desde



la misma computadora de origen. Sintió ganas de vomitar. Sintió que el piso se abría y se desmayaba. Los archivos borrados eran un asco. La mirada de buen tipo de Smith. Los niños. ¿Cómo podía haber gente tan enferma? El tipo era un monstruo. Un psicópata. A Fátima se le salieron las lágrimas. Podía tratarse de cualquier niño. Niños indefensos.

Pequeñines. ¿Cómo podría utilizar aquella información malhabida para hacer algo por la justicia? ¿Qué era lo correcto? ¿A dónde quedaba el privilegio de confidencialidad de los clientes? Smith había sido un cliente de buena fe.

La moral. La ética. Lo correcto. Había tantas cosas que pensar. Pero *Fátima* decidió terminar de hundirlo. Como un fantasma en el ciberespacio vació sus cuentas bancarias y transfirió los fondos a una ONG de ayuda a Niños con Leucemia y Cáncer. Filtró toda la información nauseabunda al FBI. Los videos monstruosos. El tipo era basura. También filtró la información en las bibliotecas del sistema carcelario de EU e hizo un par de llamadas a los jefes de pandillas dentro de las cárceles nacionales desde un celular prepago de chip gratuito. “Si el anonimato funcionaba para hacer cagadas, también debería servir para castigar hijueputas”. Ese pensamiento le daba paz. Persiguió a toda la lista de gente que compraba ese tipo de mercancía y dejó la información colgada en los lugares adecuados. Un *dox* bien hecho. Fue un paso arriesgado. Lo destruyó en el sentido literal de la palabra. Ya no podía pagar un abogado decente. No iba a poder tener una vida, ni preso ni en libertad. Y todos sus clientes quedaron expuestos. O eres bueno o eres malo. No hay grises. No hay tibieza.

Perdió la oportunidad de ganarse un montón de plata. Pero algunas batallas hay que ganarlas silenciosamente. Y en caso de que el karma falle, uno tiene que hacer lo que tiene que hacer para darle un empujón. Ser Robin Hood. Ser un superhéroe sin capa. Smith no

era un buen tipo después de todo. Los niños. Los niños. Los niños.

Un par de meses después, *Fátima* se enteró en el periódico de que Smith se había suicidado en su celda. O al menos eso parecía. No habían llegado a deportarlo. A ese tipo de prisionero les esperan días de terror en las cárceles y les va mucho peor cuando los presos han tenido acceso a las inmundicias que había en aquella computadora. Pero *Fátima* no se sintió culpable. Ni por un segundo. Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer. Hay cosas que no tienen perdón...los niños...

Los inventores

Tener 12 años. Querer ser adulto. Recordar tener 12 años. Crecer.

Cuando miro hacia atrás, muchas de las cosas se mezclan en una niebla difusa. A veces no estoy segura de que sean recuerdos verdaderos o pedazos de sueños. Yo nací cuando papá y mamá tenían 40 años. Fui su única hija. La hija que ya se habían resignado a no esperar. Una especie de Isaac, el del Antiguo Testamento, el que se llamó así porque su madre se rió de las promesas de Dios. Y los agarré un poco cansados, debo aceptarlo. Pasé mucho tiempo jugando sola. O haciendo mandados con una mamá que no tenía mucha idea de cómo tratar a una niña.

Desde muy pequeña mantuve conversaciones muy serias con gente grande. Mamá pensaba que hablarle en chiquitito a los niños, los atontaba. En lugar de canciones de cuna o de Cri Cri, aprendí a cantar música de ABBA, Los Beatles y Foreigner. Me encantaba despachar sodas en la tiendita que mi mamá había improvisado para los trabajadores del



taller. Y escuchándolos me enteraba de cosas que no eran de niños.

Mamá tenía rutinas explícitas en su vida y yo me convertí más en una acompañante que en una hija. Las cosas de todos los días, las comprábamos en la Abarrotería de Don Chava, que estaba a 30 segundos de la casa. Recuerdo su cara pétrea y angulosa como la de un Moahí de la isla de Pascua, su sombrero típico y su pila. Una vez por semana íbamos al Supermercado La Fe a comprar lo que requeríamos en grandes cantidades. Nos íbamos a pie y volvíamos en taxi. Por razones que nunca comprendí, mamá aprendió a manejar y luego decidió que no le daba la gana de seguir haciéndolo. Las cosas muy especiales, las comprábamos en Casa Lucrecia. Y ese era mi *trip* favorito, en materia de compras.

Mamá me llevaba a donde doña Lucre casi todas las tardes, pues le gustaba comprar todo lo que llevaban sus recetas el mismo día que las prepararía. No acumulábamos víveres en las despensas de nuestra casa en la Calle Manuel Quintero Villarreal. La tienda estaba a unas tres cuadras. La tienda tenía dos enormes puertas de madera con picaportes que las aseguraban metiéndolos en dos huecos abiertos en el piso de cemento pulido. La fachada estaba pintada de color celeste cielo con pintura de aceite y tenía un gran letrero vertical que decía CASA LUCRECIA en letras rojas sobre fondo blanco. Los artículos estaban dispuestos en una especie de “n” formada por las neveras y los escaparates, y las paredes estaban llenas de cosas ricas y muchas veces desconocidas para mí. Los clientes nos parábamos entre las dos patitas de la “n” imaginaria.

Ir de compras a donde Doña Lucre era como entrar a otro planeta. Allí aprendí a comprar jamón polaco Krakus y aceitunas rellenas de almendras. Ella vendía alimentos súper exclusivos que no había en cualquier lado. Tarde en la vida vine a saber que a esas cosas se les decía “ultramarinos” porque venían del otro lado del mar. La viejecita gallega

de pésimo carácter, poquísimos cabellos blancos y pecas en el cráneo andaba siempre en bata y zapatillas de dormir. Era todo un personaje. Regañaba al hijo, al esposo y a los despachadores. Tenía una especie de reino de terror que hasta los clientes podíamos sentir.

Jamás olvidaré el día que le gritó a uno de sus ayudantes que dejara de hablar con una chica, que mejor la llevara a “una casa de manutención”. Era una tesa la abuelita celta. También recuerdo muy bien el día que Torrijos murió, yo estaba haciendo unos Calquitos de exploradores en el desierto. Mientras rayaba con un lápiz sobre las figuritas escuché cómo del televisor del cuarto de mis papás salía el ruido telegráfico de las noticias de última hora y la foto de una máquina de escribir. Coclesito. Avión. General de División. Accidente.

Cuando papá traía la parte de atrás de “La Prensa” y me la tiraba sobre la cama, juro que yo hacía lo posible por entender las columnas “En pocas palabras”, de Guillermo Sánchez Borbón. Me esforzaba línea por línea y leía de principio a fin. No quería decepcionarlo. Pero yo era una niña. Y realmente no sabía por dónde iba tabla. La palabra “gorilas” para mí, indicaba que se hablaba de animales, grandes animales.

El día que publicaron la foto del cuerpo decapitado del doctor Spadafora, papá y mamá discutieron sobre si yo debía ver el periódico o no. Papá lo dobló y lo puso arriba del refrigerador. Eventualmente lo vi, trepándome sobre una silla. Cuando comenzó mi preguntadera, ellos decidieron sentarse juntos y explicarme aquello tan triste que había sucedido. Era la primera vez que yo escuchaba hablar de Hugo Spadafora. El médico guerrillero. El Ministro de Torrijos.

En David la política sabía a otra cosa. La dictadura no era tan nefasta. Las realidades eran distintas. Los militares no eran tan asesinos. Y el Canal no era tan



importante. No éramos nosotros a quienes nos tocaba ver una bandera gringa ondeando bajo el sol, ni teníamos paso restringido a ningún lado. Era un universo paralelo en el tiempo en el que todo quedaba lejos. Todo pasaba en otro lugar. Nada era local.

Un par de años después me encontré con *La isla mágica de Sinán* en un rincón olvidado de la casa y empecé a leerla a escondidas. Mis cuentos favoritos eran el de Fifí y Barrabás y el de Pipe y la burra. No podía imaginar nada que tuviera que ver con el Internet. No eran tiempos mejores ni peores. Eran diferentes.

También recuerdo al tío Afrenio. Y todo lo que les he contado hasta este momento, era para que se ubicaran en aquellos tiempos y en mi pequeña y particularísima ciudad. Siempre tuve la impresión de que el tío Afrenio estaba mal de la cabeza. Bueno, no era una impresión, eso lo dije por respeto a su memoria. El tipo estaba fuera de su mente. Chiflado.

Un tilín descompensado, si se quiere. No exagero. Cuando hablaba decía cosas como “el cósmico”, “las potestades” o “el plan universal”. Tenía una clérima sacerdotal para hacerse pasar por cura en caso de que fuera necesario burlar algún sistema de seguridad. En casos de urgencia se la colocaba en el cuello de la camisilla y empezaba su show de agua bendita y rezos (aunque dudo mucho que se supiera el padrenuestro). Leía a Ron Hubbard. Leía a Freud. Leía a Marx. Caminaba raro, se vestía raro y tenía una vida rara en general.

Entiendo que fue genial en lo que hacía, pero por alguna razón dejó de hacerlo. Era escultor. De los buenos. Por eso aquella tarde que llegó sin camisa y descalzo al taller de papá, pensé que era otra más de sus locuras. Lo vi de lo más normal. Al fin y al cabo, en todas las familias hay alguien que necesita Altruline, Litio, Tafil o Prozac. O un electroshock. O una camisa de fuerza. O todas las anteriores.

Yo estaba sentada en una frente a la casa tomándome una botella Coca Cola

perfectamente escarchada –siempre hace calor en David–, cuando lo vi pasar como una suspiro, gritando el nombre clave que le tenía a mi papá. “Brígido, Brígido”. Nadie más llamaba así a papá. Entiendo que “Brígido” era el nombre del Santo del día que nació papá. El tío Afrenio llevaba bajo el brazo algo que desde mi punto de vista parecían rollos de los que se usan en los planos o algo así. Pero como dije antes, nada me sorprendía del excéntrico de mi tío. Eran como las 5 de la tarde. Lo recuerdo porque las bandadas de pericos volaban desde el guayacán hasta el mango, pasando por entre los cables eléctricos y entre las nubes de polvo rojizas del marzo chiricano. Papá ya estaba limpiando sus máquinas y poniendo todo en orden como siempre. Cada tornillo, broca, soldadura, lentes, delantales y guantes se dejaba en el lugar usual para iniciar al día siguiente muy tempranito.

En aquellos tiempos en que había siesta de dos horas al mediodía. Los trabajadores iban a almorzar a sus casas en bicicleta. Los niños volvían a pie de la escuela. Los maestros eran como segundos padres. Las familias solían comer en la misma mesa y a la misma hora. A papá le decían el Maestro. Era organizado, disciplinado, rutinario. Papá era una especie de sabio local. Era mecánico de precisión y había trabajado en la Chiriquí Land Company. Había recibido clases directamente de un discípulo de Don Bosco. Soldati creo que se llamaba. Y su taller había sido semillero donde se cultivaron todos los torneros metalúrgicos de su tiempo. Papá me repitió hasta el último de sus días, lo importante que era hacer crecer la cantidad de conocimientos que llevas en la cabeza. “Leer. Leer. Leer”. Cada vez que yo le preguntaba algo, él me respondía con un periódico, un libro o un ejemplar de las *Selecciones del Reader’s Digest* tirado sobre mi cama. Me obligaba a investigar y a hacerme mis propias opiniones sobre todo tipo de temas. Cómo lo extraño. Pero volvamos al cuento. El tío iba corriendo con sus papeles y su desorden y al llegar



frente a papá los colocó sobre el torno (máquina de tornear metales y hacer piezas mecánicas a la medida, cuando las cosas hechas a mano eran más accesibles que mandar a buscar la pieza a Corea pagando con una tarjeta de crédito) y comenzó a hablar y gesticular con mucho entusiasmo. Papá, parco, serio y calladito como era, asentía con la cabeza y con la mano izquierda se tapaba la boca y el mentón. El tío le quitó a papá el lápiz que siempre llevaba tras la oreja y desenrolló uno de sus papeles, para comenzar a explicarle gráficamente sepa Dios qué cosa.

Papá no emitía palabra alguna. Él era así. No puedo recordar que haya hablado por más de 10 segundos seguidos. Pero sea lo que fuere, parece que la idea del tío no se le hacía del todo descabellada. Desde donde yo estaba –realmente sin nada que hacer– estudiaba sus lenguajes corporales. Pude deducir que el tío tenía una idea y quería que papá se la convirtiera en realidad. Al final del día, eso es lo que hacía papá en su taller. Realizar los proyectos de la gente. Imaginar soluciones y darles vida con sus tornos, fresadoras y soldadura.

Se movieron a la “oficina” de papá, así que allí ya no podía observarlos con la misma claridad que cuando estaban en el medio del taller. Allí había mejor iluminación y una gran mesa de trabajo donde seguir con sus discusiones. Me iba a perder lo mejor de la conversa. Aunque no había podido escuchar ni una sílaba de lo que estaban hablando. Pero eso no se iba a quedar así. No tenía nada mejor que hacer que resolver tal misterio.

Después de como una hora de reunión _lo sé porque el sol se ocultaba y me había tomado otras dos Coca Colas mientras los seguía mirando__ el tío salió tan sin saludarme como había llegado, arrancó su Torino color blanco, negro y óxido y se perdió por las medio pedregosas calles de la ciudad. La tardecita color lavanda traía una suave brisa

consigo. Papá venía cansado, pero sonriente. Tocó mi cabello estirando uno de mis rulos y entró a la casa.

Yo no me iba a dar por vencida. Tenía que saber de qué habían hablado. El exceso de azúcar de las sodas contribuía a acrecentar mi curiosidad. Miré hacia un lado y hacia el otro. Agarré mi pelota de fut y me puse a patearla dentro del taller. Me habían advertido una y otra vez que no lo hiciera, que me iba a saltar una viruta de metal en un ojo, pero no era algo que me interesara obedecer. Fuera de que en este caso, no era más que una coartada para ir a espiar la oficina de papá.

Sabía de sobra dónde encontrar la llave del cuarto de estudios al lado del taller. En ese momento me imagino que mamá le estaba sirviendo la comida a papá, quien no preguntaría por mí y después de ver sus programas favoritos se iría a acostar. Yo tenía permiso de hacer lo que quisiera, siempre que no perturbara la paz de un papá que se había pasado todo el día trabajando.

Abrí con cuidadito y encendí la luz. Aún así la puerta de metal chilló sobre su gozne. Allí estaban los papeles. Cuando leí el título de los dichosos documentos no pude aguantar una carcajada que provocó que escupiera sobre los planos... “Artefacto antigravitatorio”. El tío estaba loco y sin esperanza. Si tenía alguna duda a esas alturas, aquello fue suficiente para que no cupiera en mi cabeza. Y esto me indicaba que había tocado fondo. No. Discúlpenme. No sólo había tocado fondo, sino que había colonizado el fondo y ahora era ¡Alcalde del Fondo!

No puedo reproducir en palabras certeras el concepto del invento, porque realmente soy muy mala describiendo cosas que veo dibujadas en papel. Mi noción del espacio y mi entendimiento de indicaciones teóricas es muy limitado. Había elementos magnéticos,



eléctricos, resistencias y fórmulas como de fuerza, velocidad y masa. Había algunas “x”. Había números. Y pesos. Y medidas. Todo bastante científico para mi gusto. Yo sólo tenía 12 años. Integrales. Diagramas de diferentes colores. Era como estar leyendo algo en otro idioma. Por un momento lamenté no sentir ningún tipo de interés por las matemáticas.

No le paré mucha bola al asunto y lo archivé en el lugar de la mente en donde uno pone todo lo que no sirve. Todo lo que no debe ocupar espacio en tu disco duro. “Pobrecito papi, tener que aguantar las loqueras del tío y pretender que tienen sentido.” Tener que seguirle la corriente al triple loco de Afrenio”. Me fui a mi cuarto a mirar al techo y a llorar porque Fernando tenía una novia nueva. En la radio el programa de dedicatorias de las noches tocaba “She is like the wind”. Yo obviamente sí tenía cosas importantes en las que ocupar mi tiempo, en vez de pensar en artefactos gravitatorios.

Algunos años más tarde murió el tío Afrenio, en un episodio digno de “1000 maneras de morir”, obviamente. No podía ser de otro modo. Por lo que entendí, trató de investigar cuántas tazas de café podía aguantar su organismo y después de siete días sin dormir, cayó en una especie de coma por falta de sueño y envenenamiento por cafeína. Como la ex-esposa, a la que abandonó por la jovencísima maestra de su hijo, aún tenía la última palabra en caso de muerte cerebral, tan pronto le preguntaron qué se hacía con el loquillo del tío, firmó la orden de desconexión. Fin de la historia. Fin del recuerdo.

Pero hace un mes murió papá y me ha tocado en suerte un baúl con sus cosas. Siempre supe que no dejaría grandes sumas de dinero para mí. Papá se había gastado hasta lo que no tenía en pagarme la mejor educación a la que uno podía tener acceso en aquel lugar y en aquel momento.

Entre lo que podemos llamar “mi herencia” me encontré muchas cosas que me

arrancaron infinitas lágrimas. Y que sé que me harán llorar muchas veces más mientras viva. Sus discos de acetato. Los candeleros que hizo para mí. Las campanillas de apagar velas. Sus fotografías de juventud. Su colección de monedas. Su perfume a medio terminar. Sus manuscritos de inventos que se quedaron en proyectos. La vida no le alcanzó a papá para arreglar el mundo.

Debajo de todas aquellas emociones, hay una cajita que pesa como 15 libras. Entre papel de burbujitas, de esas que uno se pone a explotar por el hecho de ser algo muy entretenido, se encuentra una estructura triangular, pegada con puntos de soldadura y rodeada de imanes. Lo sé porque mi sortija de matrimonio ha quedado pegada al artefacto. Los bordes son suaves. Se parece a muchas otras cosas que hacía papá. Los acabados no son delicados. Puedo identificar lo que parecen unas rudimentarias celdas solares. Se parece mucho a aquel dibujo que vi en mi niñez, la tarde de las cocacolas y el tío descamisado. De repente el recuerdo va saliendo del oscuro lugar de mi cabeza en donde estaba guardado. La palabra “Antigravitatorio” hace su aparición en mi cerebro, salida de la circunvalación menos pensada del interior de mi cráneo.

Busco los planos del aparato, pero no hay nada. Nada que diga que es antigravitatorio. No hay ni no sólo de aquellos papeles en los que me entrometí a mis 12 años.

Ya es mediodía y llevo el dispositivo a un lugar en donde le pegue el sol, en caso de que las celdas solares aún sirvan. Siento nostalgia por mi papá. Uno nunca se conforma con decir “adiós”. Si uno se deja llevar por el luto, corre el riesgo de querer encontrarse a quien se ha ido en cualquier esquina de la vida. Acomodo el triángulo suavemente sobre la hierba. No hay ni una nube en el cielo. Nadie me mira.



Después de unos segundos, que pudieron ser minutos y con los ojos llenos de lágrimas por la tristeza de que papá no esté, siento cómo el aparatito triangular comienza a vibrar sobre mi regazo. Seguro las celdas solares se han recargado. Al menos la cosa se mueve.

Al terminar la vibración el triángulo comienza a girar suavemente sobre su eje. Sin hacer ruido. Y entonces comienza a flotar. Con suavidad. Como si despertara de un largo sueño. Como si mirara a su alrededor. Con timidez. Y ante mi mirada embobada, se eleva del suelo. Centímetro a centímetro. Sube, sube y sube. Y de repente está frente a mis ojos. Y de repente sobre mi cabeza. Y sigue subiendo, como una burbuja sin destino.

Cuando mi cerebro, caprichoso y conveniente, se conecta con mis manos, ya es muy tarde. Ni brincando puedo alcanzarlo. Y el triángulo gira y se eleva y se va haciendo uno con el cielo.

Se me ha ido. En realidad se ha ido.

Las lágrimas comienzan a brotar con mayor intensidad.

Cómo te extraño, papito.

Y yo aquí sólo puedo pensar, que el tío Afrenio, quizás no estaba tan loco nada.

Pero en verdad no me sorprende tanto. Papá era un genio. Un inventor.

Era un maestro. Un Maestro. Con mayúsculas.

Cómo te extraño, papito.

El bosque de los robles

Tu cerebro es tu empresa. Invierte en tu mente. Lo que aprendes no te lo puede quitar nadie. Esos eran sus mantras sagrados. Sus leyes de vida. Sus mandamientos. Como le decía su papá *“La vida no es una novela”*.

Eran otros tiempos. Ana había ido a la escuela en una época en la que no te daban un premio por llegar de décimo, ni te diagnosticaban con déficit atencional por traer un boletín lleno de 3.0, ni te atiborraban de Ritalín para justificar tu ñañequería. Tiempos en que las cosas aún se corregían con una buena cuera. Y a Ana Estudiar era lo único que le salía bien. Casi sin esforzarse. Los libros eran su lugar seguro. Lo único que la hacía sentirse útil e incomparable. De alguna manera justificaba su existencia. Como muchas otras personas, escuchó a su papá y optó por estudiar algo que le asegurara un ingreso fijo y decente. Derecho. Obvio. Todo eso del arte y las humanidades, no eran más que pendejadas que la iban a matarla de hambre a la larga. Todo el mundo necesita un abogado. Derecho. Obvio. Y así fue.

Pero Ana se prometió a sí misma que una vez terminada la universidad, iba a estudiar algo que en realidad le interesara. Algo que la apasionara. Lo que siempre había querido hacer. Le tomó algunos años decidirse a agarrar sus maletas e irse. También había un amor fracasado en la receta de su decisión. Siempre hay un amor fracasado en la decisión de largarse de un sitio.

Recién graduada ejerció como asesora legal en un banco de esos que se iba a perder en medio de las entonces tan temidas fusiones, con un sueldo de miseria y un uniforme horroroso. También fue pasante en un par de firmas grandes, de esas en las que cualquier cosa que uno haga es decente. Fulano, Zutano, Mengano y Perencejo. Todos apellidos dignos de la Junta provisional de Gobierno. O de corsarios ingleses. O de nuevos ricos en



general. Por el prestigio y ese tipo de cosas. Vivió con lo justo. Ahorró un par de miles de dólares. Aguantó días interminables de pretender que le interesaban los problemas de los demás. Como si fueran de ella. Se especializó en garantizarles a los clientes de alto perfil que sus herencias serían administradas sabiamente. Estructuras testamentarias que años más tarde se convertirían en pecados capitales y causales de caer en listas de todos los colores. Se dio cuenta que mientras más plata tiene una persona, más le preocupa morir. Los ricos quieren que cada uno de sus centavos se maneje según sus intenciones. Que los hijos no se peleen por plata. Queno pasen trabajos. Que todo el mundo quede protegido. *Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja...*

Su deseo de estudiar lejos, justificaba vivir un poco de mentira. A veces uno tiene que hacer sacrificios y cosas que no le interesan en lo más mínimo si quiere avanzar. No se puede tener todo lo que uno quiere, todo el tiempo.

Se metió en dos préstamos educativos, de esos en los que tienes que conseguirte dos fiadores que tengan sueldos de 4 cifras y trescientos años de estabilidad laboral. De esos que el día que te atrasas en un triste pago, le embargan hasta la madre a los pobres fiadores que de tan buena fe te ayudaron. Atendió un par de casitos legales, hizo un par de sociedades sin derecho a cobrar Agente Residente por siempre jamás. Intentó sin éxito sacar algunas visas. Por mucho que uno estudie y no se copie y tenga asistencia perfecta, cuando te toca ejercer en la vida real, el sistema te escupe en la cara que todos tus estudios no pesan más que los contactos adecuados. Todo muy normal.

Cuando ahorró lo suficiente hizo su papeleo, compró su tiquete y fue *pa'lante*. Y un día se encontró en medio de aquel maizal. Más o menos como el lugar en el que cayó el meteorito en el que *Superman* llegó a la Tierra. Se suponía que con la media beca que le

garantizaba la universidad y su trabajo en el campus se pagaría toda la maestría.

Aquella no era una universidad ni de primero ni de segundo ni de tercer grado. De a vana podía llamarse universidad, seamos sinceros. Pero uno tiene que hacer lo que tiene que hacer para tener un título de una universidad gringa, ¿no?. Al final del día, con decir que había estudiado en Missouri sería suficiente. No había por qué ponerse específico.

El trabajo que le asignaron a Ana era colocar cintas magnéticas dentro de los libros de la biblioteca. Cinco años en la Facultad de Derecho de la Nacional y un año de Postgrado en la UTP. Tesis de grado en Derecho Constitucional. Más graduada que un termómetro. Cintas magnéticas. *Nombe no. Pa' eso se jode uno. Nombe no. Si mi mamá me viera se pone a llorar. Los 7 hábitos de la gente altamente eficiente. Cómo ganar amigos e influir entre las personas. Quién carajo se robó mi queso. El cambio del cachado poder.*

El objetivo de las cintas magnéticas dentro de los libros era el de hacerlas sonar si alguien intentaba sacarlos del lugar sin los debidos permisos. En las puertas de la Biblioteca había dos dispositivos electrónicos que leían las cintas y pitaban diabólicamente ante la presencia de un vivazo que se lleva el libro con la cinta sin desmagnetizar. El *juega-vivo* no es una exclusividad de los panameños. Muy por el contrario, es un nicho de negocios a donde sea. Cámaras, alarmas, detectores de retina, cercas eléctricas, chips con GPS para los perros, sensores de huellas digitales, detectives privados, pinchado de teléfonos, el velo corporativo. La protección contra el *juega-vivo* es un negocio aquí y en Tasmania.

Aunque lo que hacía no era muy estimulante para su cerebro, era ideal para su situación. Había ido a caer en el lugar más aburrido de la tierra. La manera más gráfica de describirlo era como un inmenso llano, con parches de sembradíos de maíz y cruzado por carreteras interestatales. Tan metido en el continente, que si lo pensaba bien, sentía



claustrofobia y le daban mareos y ganas de vomitar. Cada vez que pensaba en lo lejos que estaba del mar, sentía que se ahogaba.

Había otros tipos de trabajos. Estaba el que clasificaba el correo. Los que ayudaban en la cocina y llevaban esos ridículos delantales y redecillas en la cabeza. Los asistentes de oficina. Ana estaba segura de que todo podía ser mucho peor. La podían haber puesto a fregar platos.

¡Cómo había el panameño en esa universidad que no era ni de primera, ni de segunda, ni de tercera categoría! Cuidado que ni de cuarta. Y todos pensaban que la estaban botando. O al menos les gustaba pretender que estaban en la mismísima Harvard!

Sí. La vida podía ser muchísimo peor para Ana. Podía estar recibiendo órdenes de alguien. Podía ser una esclava más del sistema en el que la “universidad” te ofrecía una media “beca” y te hacía trabajar medio tiempo para pagar el resto de lo que no cubría tu supuesta beca. Todo era una gran estafa. No había un proceso de selección. Nadie era rechazado. El “Convenio” entre la universidad y la institución financiera de préstamos estudiantiles panameña, era un negocio redondo. Al fin y al cabo ibas a acabar con un diploma de una universidad norteamericana en las manos. No era como que en alguna esquina del pergamino iba a decir que era una entidad de quinta. Si se ponía a pensarlo con detenimiento era un caso de colonialismo solapado. La universidad gringa exigía un depósito directo de diez mil dólares por una maestría y te sacaba la mugre en una oficina o frente a una olla sin pagarte ningún beneficio. Y te pasarías los siguientes 15 años pagando 125 dólares mensuales por el privilegio de la educación. Con el miedo de que si no pagas, ejecuten a tu fiador que ya lleva trescientos años de estabilidad laboral. Hay gente que sabe hacer sus vainas bien hechas. Y sacarle plata a un país tercermundista en el camino. Oro

por espejitos. No era la primera vez que eso pasaba en la historia de la Humanidad.

Es por ello que Ana se consideraba muy afortunada. Tenía un trabajo de muy pero muy bajo perfil. Ponchaba al entrar, saludaba Dave, el bibliotecario, que era un tipo flaquito

y paliducho, con lentes de pasta negra, como de 40 años cuya primera opción en la vida no habría sido estar allí. Luego Ana se escondía en una esquina polvorienta de la biblioteca, colocaba 37 cintas magnéticas, lo cual tomaba unos 15 minutos de su tiempo laboral, se refundía en las aguas de un libro abandonado por tres horas, colocaba 19 cintas más, agarraba su mochila verde, se despedía de Dave— cuya piel casi transparente y su mirada perdida no contaban una gran historia— y caminaba hacia su dormitorio, a inventar mil maneras de matar ese año fuera de casa. Entre libros polvorientos que nadie extrañaría. En rincones escarchados de telas de araña, polillas y olvido. Ana no se cambiaba por nadie. Paz y leer. Qué importaba si era un trabajo un poquito humillante.

Con todo, aquel era un trabajo invaluable, tenía que seguir su esquema con minucia. La probabilidad de pelar papas en la cocina, siempre era una amenaza sobre su cabeza.

Si había algo que Ana detestaba con toda su alma, era recibir órdenes. Lava el carro. Levántate. Anda a la tienda del chino. Haz un trabajo sobre una novela de Hemingway. Cómete los frijoles. Préstame tu tarea. De sus maestros. De sus amigos. De quien diablos fuera. Y todo era un poco peor, si las órdenes venían de un hombre. Era algo casi patológico. Al recibir una orden sentía cómo perdía el control. La ira la invadía. Su cara se tornaba lívida. Le era imposible ocultar el odio visceral que las instrucciones le causaban. Trabajar encubierta y al margen de un orden superior era una oportunidad inmejorable.

Estaba dispuesta a defender su posición. El plan era mantener un perfil imperceptible. No llamar la atención. No maquillarse. No vestirse llamativamente. Volverse



una sombra, mimetizarse con las paredes. Ser invisible. Llamar la atención no era una opción. Y eso es un poco difícil cuando uno no está acostumbrado.

Pero todo en la vida implica sacrificios. Sacrificios por un bien superior.

Y Ana estaba tan a gusto en su invisibilidad. Era como un manto mágico que la protegía de ser importunada en sus pensamientos. Jeans anchos. Sudaderas grises. Sin nombres ni frases, al fin y al cabo ropa de Wal Mart, lo único que se podía pagar. Cola de caballo. Zapatillas de correr. No podía exagerar. No podía desbalancear el plan. Cualquier error podía pasarle factura y hacer que la transfirieran. A pelar papas. O a llenar botellas de Ketchup. O a archivar documentos. Que nadie la extrañara, pero que nadie la necesitara. El universo le había hecho un regalo. Y Dios sabe que muy pocas veces obtenía lo que quería.

Estaba segura que había ido a parar al lugar más aburrido del planeta. El medio de la nada. El maizal. Porque el Midwest no era New York, ni San Francisco, ni Los Ángeles, ni nada que mereciera ser destruido por extraterrestres en una película de esas en la que los gringos siempre ganan. Era una planicie sin esperanza, sin sistema de transporte público y aderezada con vallas de desaparecidos y números de teléfono que bien podrían conectar con la dimensión desconocida. Una ciudad sacada de la biografía de un asesino en serie.

Pero había un par de cosas buenas. Estaban las cuatros estaciones con su variedad, la salsa de barbacoa de las hamburguesas de BJ's que era algo fuera de este mundo y el bar de Stevie Ray. Ah, y por supuesto, la sonrisa de Kayleigh.

Ana era más bien solitaria, y lo disfrutaba. Pero en cuanto conoció a Kayleigh, tuvo la certeza de que sería una constante en su vida, al menos durante su año y medio de maestría.

Sus cabellos eran rojizos como las fogatas de la niñez. Sus ojos acaramelados como

los atardeceres en trópico. Tenía miles de pecas sobre una piel de alabastro, cara de no haberse bañado, sonrisa de quien no tiene preocupaciones y un vaso inmenso de plástico de Pepsi que Ana vería llenarse de modo sostenido y desenfadado mientras vivieron juntas en los dormitorios de ese college glorificado en donde sus vidas se habían cruzado.

Ana se miró en la sonrisa de Kayleigh, y supo que las cosas no serían tan tristes y patéticas como se las había imaginado al salir de Tocumen.

Traía una maleta aún con el tiquete de identificación del aeropuerto, y no está de más que sepan, que llegaba Summersville con el corazón destrozado y con tantas ganas de escapar de las calles, de los restaurantes, de las casualidades y de los amigos que les habían sido comunes a ella y a quien le había desbaratado las ganas de vivir.

Después de desempacar y hablar las cosas básicas, Ana se dio cuenta de que no había mucho que tuvieran en común.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?—, preguntó Kayleigh con su voz de niña.

—Seguro—, aceptó Ana, con un inglés bastante aceptable. Y así empezarían las muchas noches de Stevie Ray, con sus toques de bandas en vivo y las decenas de Budweisers que se tomarían juntas. Kayleigh era la típica amiga esa que no puede estar sola. Jamás le dio a Ana un solo consejo que valiera la pena. No era una académica consagrada y no acostumbraba a hablar cosas serias sobre su vida. No era profunda y densa. No sufría de la intensidad de quien necesita que le prestaran atención. No era una inmadura ni una desobligada, pero disfrutaba muchísimo del presente. Y quizás Ana necesitaba de ese tipo de persona a su lado, al menos en ese momento de su vida.

Cuando uno decide dejarse llevar por ese tipo de amistad, esa que viene con fecha de vencimiento, las cosas son difíciles. Porque ambas personas saben que al final, la otra



regresará a casa y que las probabilidades de volverse a ver son lo que los gringos llaman “slim to none”. Pero ninguna de las dos vivía pensando en eso. Ana estaba a miles de kilómetros de casa, de estándares, de metas y un poco más lejos de cualquier tipo de compromiso. Una amiga como Kayleigh era lo que necesitaba.

En la calle principal que corría paralela al río Missouri (Mainstreet) había unos cuatro lugares decentes en donde tomarse unos tragos y hacer amigos fugaces. Había una campana que te avisaba que eran las tres de la mañana y que era la última oportunidad de pedir alcohol, al menos allí, al menos esa noche.

Ana y Kayleigh se volvieron inseparables. Después del “trabajo” de pegar cintas magnéticas, de leer sobre el camino que Robert Frost no tomó, de entender de qué habla Carver cuando habla de amor, de investigar sobre el viaje en el tiempo en la literatura para su tesis de maestría y de sobrevivir a la espantosa e impresentable comida de la cafetería, la cual según se rumoraba por los pasillos, a veces incluía ardillas silvestres del bosque, luego de la lavandería, con la clásica bolsa de monedas de veinticinco centavos que siempre había que tener a disposición, de ir a dar un par de vueltas en la pista de tartar rojo y de mandarles un par de correos electrónicos a sus padres, la salida en el Saturn de Kayleigh era la razón de ser del día de Ana.

Fueron a bares irlandeses, tomaron cerveza verde y se metieron en bailes de música country, pasearon a la orilla del río Missouri y se besaron con los chicos guapos de alguna banda de covers de Nickelback. El dúo dinámico de la latina y la pelirroja en aquel hueco del Midwest gringo, resultaba siempre muy interesante y atractiva. Siempre había de qué hablar. Siempre había un redneck de ojos azules que jamás había hablado con nadie que no hablara inglés como lengua materna. Siempre había un gringo que quería que le enseñaras

las malas palabras en español. Vieron películas acostadas en los Lazy Boys de la casa de los padres de Kaileigh y tallaron calabazas en Halloween. Hornearon galletas y escondieron licor barato en el dormitorio de la Universidad. Kayleigh corrigió el inglés lamentable de Ana, quien con un par de tragos, se volvía la reina de los karaokes. Ana jamás se habría

atrevido a decirle al chico más guapo del bar, que era el chico más guapo del bar. Aunque un bar siempre sea un bar. En cualquier latitud. Si no fuera por los bares...

Eran tiempos de Nelly y Eminem. De Modjo. Del 11 de septiembre. De terror. De andar nervioso. De gente que sostenía velas a la orilla del río, tratando de conectar con un dolor ajeno. Eran tiempos de Bush. Y del presidente con el mismo nombre.

A medida que el tiempo se les escurría entre las manos Ana y Kayleigh se prepararon para el adiós. Ana se fue de backpacking por Europa para saldar cuentas con sus recuerdos. Y regresó con el alma deshidratada. Kayleigh estuvo en el aeropuerto para recibirla y para decirle que todo iba a estar bien. Y estaría de nuevo dispuesta a llevarla a ese último viaje de vuelta a casa.

Se les acabó el tiempo.

Ana ya había empacado para volver a lo que dos años atrás había dejado de ser suyo.

Aquel amanecer con una obvia y proverbial resaca de Jagers y Buds y lo que sea que sirva para olvidarse de lo que no tiene remedio, Kayleigh la pelirroja missouriana y Ana, la panameñita que no sabía recibir órdenes de nadie, se dijeron adiós en un gate de vuelos domésticos del Aeropuerto de Lambert.

Era un itinerario St.Louis /Houston/Tocumen. Las dos se fusionaron en un abrazo de esos que uno da cuando ya no hay nada que hacer.



Al salir del avión primero en Houston y luego en Tocumen, ya la resaca había dado lugar a la verdadera tristeza. Al real sentimiento de pérdida. A todo lo que pasa cuando uno se sube a un avión y deja atrás un pedacito de su vida. Sabían que no se volverían a ver.

Ha pasado el tiempo. Ya no tienen 25 años. Ya Ana terminó de pagar su préstamo y sus fiadores están libres de peligro. No les van a embargar hasta la sonrisa por su culpa. Eso es un alivio. Es el precio del conocimiento. Quién le hubiera dicho que el trabajo que terminaría haciendo aún no existía cuando terminó su Maestría en Arte con Énfasis en Escritura Creativa. Con el tiempo las cosas van cambiando. El cambio es lo único que permanece. Todo lo demás pasa. Bendita la hora en la que había decidido estudiar cuánta vaina se le puso en frente. Estaba lista para la vida. O al menos eso creía. Uno nunca termina de estar listo para el futuro.

Ana jamás llama a su universidad de quinta por su nombre. Le da pena. Sólo dice “Estudié en Missouri”. Es suficientemente elegante. Las vidas les tomaron un curso inexplicable a Kayleigh y a ella. Algunos sueños se les hicieron realidad en el camino. Otros se les rompieron en cuatro mil pedazos. Se invitaron por correo a las respectivas bodas a las que sabían que la otra no asistiría. Se hicieron amigas en Facebook. Y con el tiempo pudieron llamarse gratuitamente por el Messenger. Es curioso cómo la tecnología te va ubicando en momentos de tu vida, te va marcando, condicionando y piensas en cómo hacías antes de que lo que ahora es nuevo e imprescindible existiera.

Pero allá, en el medio de la nada, en una esquina de Stevie Ray's, que aún existe en el Riverfront y donde siguen tocando una campana a las 3 de la mañana, gritando “last call for alcohol” hay una foto revelada con químicos en algún laboratorio Kodak, como se hacía antes, con manchas de deterioro, sostenida con una tachuela verde en un tablero de corcho,

en la que la pelirroja y la panameña se toman un selfie, antes que se llamara selfie y se pudiera subir al Internet, cachete con cachete, después del tercer tequila shot. Sus cabellos se combinaban. Jamás volverían a ser tan jóvenes. Felices de haberse encontrado en un instante del destino. Con esas sonrisas de a quien no le importa el futuro. Al fondo si se pone mucha, pero mucha atención, aún se puede escuchar a Chad Kroeger, con su voz rasposa y su rock tan subestimado *“...así es como me recuerdas, quien realmente soy*



TERCER LUGAR

PROVINCIA DE VERAGUAS

XXXVII CONCURSO NACIONAL A LA CULTURA

LABORAL, IPHEL 2017

“EL TRABAJADOR DEL CONOCIMIENTO”

TÍTULO DEL TRABAJO:

Palabras sobre el espejo

ÍNDICE

PALABRAS SOBRE EL ESPEJO.....	4
CANICA.....	8
LA BOCA DEL PEZ QUE MUERE.....	9
LAS VOCES DEL INSOMNIO.....	10
LLORAS POR FLORBI.....	15

“Hay quienes preferimos el conocimiento como humilde
candil para evitar
tropezones”

Cada quien su luz, de Ernesto Endara.

“En un mundo donde las alternativas y los caminos
son inciertos, el conocimiento del escritor para inventar
otros mundos, es un subterfugio reconfortante.”

Té en memoria de Blanca Nieves, de César Young Núñez

“Escribir es levantar el manto de las cosas, rescatar el
recuerdo de la oscuridad, librar las palabras de su silencio y
dejarlas decir a pesar del tiempo.”

Rimero



PALABRAS SOBRE EL ESPEJO

Benigna hablaba de la muerte como una vieja amiga. La conocí cuando tenía 86 años, pero me cuentan que fue así desde siempre. No se trataba de que su madre hubiese muerto cuando la parió, es que también a los 9 vio morir a su abuela mientras cantaba una tonada antigua, (“el Día de la Cruz”, me dicen que precisaba ella), como a las once de la mañana, cuando sobre las tejas seguía golpeando el mismo aguacero que caía desde la tarde anterior. Al volver los habitantes de la casa, a eso de las cuatro, Nina, como todos la llamaban, ya tenía a su abuela vestida con el sudario que se mandó a hacer, 22 años antes, al morir su esposo durante la Invasión. A Nina le tocó auxiliar, igualmente, en sus últimos estertores, a la hermana mayor, víctima de la tuberculosis, y al hermano del medio, que se fue del mundo antes de la hora, para cobrarle por el engaño a la primera mujer con la que habló de amores. Todo eso antes de que ella alcanzara los veintiuno, edad que por entonces emancipaba a los hijos, y cuando ya no era raro que la gente acudiera a Nina, a falta de un cura oportuno, cada vez que un pariente se hallaba in extremis, porque sabía

oraciones católicas, del Catesismo, y rezos medievales en latín basto, aprendidos de viejas rezadoras que las recogieron en los hilos del tiempo, muy eficaces para el buen morir de moribundos tercios.

Casi no se casa Benigna por saber tanto. Tenía 28 años la tarde en que un jinete se apeó frente al portal y, antes de preguntar por el hombre de la casa, se quedó con la boca abierta, viéndola arrear polvo doméstico con el escobillón de ramas, cimbrando sus caderas de tinaja sujetas a la cintura estrecha de la que se desprendía, cubriéndola hasta los tobillos, una falda blanca rematada en bordados huecos.

Sin habla seguía cuando Benigna lo interrogó, pensando que aquel forastero o era mundo o era tonto, pues no podía concebir que alguien tan grande y fortachón se parase frente a ella con la boca abierta y la mirada ida. Debería esperar once meses, hasta la madrugada de su noche de bodas, para escuchar, de boca del boquiabierto, que en ese instante de pasmo súbito se juraba que la mujer que le daba tales formas al blanco faldón, a la que aún no le veía el rostro, sería suya para siempre o dejaría de llamarse Fausto Velarde.

Con Fausto vivió Benigna 34 años, le parió seis varones y una hembra y le proporcionó “más de cuatrocientos meses de felicidad”, como dicen que apuntaba ella al recontar su vida. Debió ser verdad, porque en las paredes lucieron siempre unos retratos grandes que se mandaban a hacer los esposos, en los que el tiempo y la humedad no lograron desdibujar la sonrisa de macho satisfecho en el rostro de Fausto, ni un subliminal brillo en la mirada de la mujer que, a su lado, iba



envejeciendo sin soltarle jamás la mano en las treinta y tres fotos que recogieron sus hijos al mudar los enseres de la casona de adobes y teja a punto de ser derrumbada para dar paso a una casa “decente”, pese a las protestas de Nina, como habían vuelto a llamarla, porque de nuevo parecía una niña, barnizada por el pincel de la edad.

Nunca se le vio el semblante mustio; algunos decían que era “porque sabía algo”, otros porque era “una mujer de Dios”; eso sí: la respetaban y casi todos la querían, más después del breve paso del padre Cundo, un fray con fama de santo que solo se alimentaba con clara de huevo vertida en cerveza negra con una rodaja de pan duro, una vez por semana. El padre Cundo daba las misas en latín, a la usanza vieja, sanaba enfermos y oraba a toda hora. Fue él quien, no más conocer a Benigna, dijo a los pueblerinos que estaban en buenas manos.

No se le conocían enemistades, a no ser la de tres forasteras que llegaron con el fin de fundar una iglesia que negaba a los santos y detestaba a los curas, predicando que la salvación estaba en andar descalzos y con la misma ropa, pasando por la entrega previa de todo bien material a las tres “siervas”. Cuando la gente buscó a Benigna un consejo, consultándole sobre las predicantes, la viejita les devolvió la pregunta con otra: “¿Será bueno lo que huele así?”.

Despechadas, las tres forasteras se dedicaron a ejecutar rituales “de limpieza”, vociferando anatemas en una lengua desconocida, frente al portal de Benigna, mientras ella se entretenía llevando las cuentas del rosario. Cuando alguien le consultó si esos actos la molestaban, con ánimo de pedir protección a la autoridad, volvió a responder con otra pregunta: “¿Qué cosa?, hábleme fuerte que soy sorda”.

Conversamos apenas una vez, la tarde en que llegué a su casa, obtenido el permiso de la hija, indicándole mi propósito de hacer un reportaje para la revista Años de oro. Yo pretendía visitarla tres veces, dos para recoger anécdotas y una para las fotografías, pero solo pudimos vernos una vez. No se sentía famosa, me dijo, y rio mucho cuando le afirmé que sí lo era. Más que por la entrevista, le noté gran interés en mi laptop, que a ella le parecía un espejo. Casi al final de aquel único encuentro (Benigna habría de morir en la misma poltrona en la que conversó conmigo, minutos después de decirme adiós con su pañuelo blanco con bordados huecos) me contó que mi visita la hizo recordar un sueño que tuvo meses antes, en el que el padre Cundo, detrás del vaso de cerveza negra y la rodaja de pan, le comentaba: “Como son las cosas, Nina, tanto has hecho por la gente, y por ahí vendrá alguien que lo resumirá todo en mil palabras escritas sobre un espejo”.

CANICA

La rapidez con la que hubo que bajar los tres pisos de escaleras para evacuar el edificio aquella madrugada del 20 de diciembre, nos alejó de él. Semanas más tarde, cuando los vecinos nos volvimos a encontrar, comenzamos a decir “como Canica decía” o “como Canica lo anunció”. Él no fue ningún líder opositor. De hecho, solo cuando estuvo borracho (ahora que lo pienso, no lo recuerdo sin aliento a alcohol), fue que se le escuchó repetir, enojado: “que nadie se meta con esta casa”, pero de eso a ser un opositor: ¡Lo dudo! Sin embargo, nunca antes le hicimos caso y ahora no podemos dejar de pensar en él... Hay quienes la muerte es lo mejor que le puede pasar en su vida.



LA BOCA DEL PEZ QUE MUERE

Llegó al hospital como pudo, cuando la labor de parto era ya una anécdota para las enfermeras, que se disputaban los papeles protagónicos del hecho al que ahora llamaban “causa justa”. Después supe que a través del cristal de la incubadora estuvo mirando a su hijo, recorriéndolo con la vista durante largo rato. Yo, en la sala de recobro, luchaba por no abandonarme al cansancio, quería verlo, compartir la experiencia, tomarle la mano y cantarle al mundo mi dicha, mi dolorida dicha. Suponía que a, partir de ahora, todo sería distinto. Eso creía. Eso nos hicieron creer.

En cambio, él llegó hasta mi lecho y dejó caer todo el salitre que cabe en dos palabras:

—¿Es mío?

Desde el auto, a media madrugada, tiraron la bolsa negra frente a la casa. La doña se dio cuenta de la maniobra y no pudo menos que asociarla con la voz de su hijo, la que ha escuchado llamándola durante las últimas noches.

No es la primera vez que lo escucha llamarla en sueños. Doce años antes, cuando el niño tenía cuatro, una tarde se cayó en el hoyo del viejo servicio de hueco en el patio trasero, tapado apenas con unas hojas de zinc endebles.

Ese día, la doña tuvo un mal presentimiento. Su intuición le decía, cuando dieron las ocho de la noche y el niño no aparecía, que algo andaba mal, muy mal, pero la hinchazón de su rodilla izquierda le imposibilitó salir a la calle a buscarlo,

sobre todo por los fuertes dolores que, como corrientazos eléctricos, le atravesaban el centro mismo del hueso y la hacían perder el equilibrio.

No se atrevió a llamar a la policía, menos en esos momentos en que no se confiaba en nadie, por lo que prefirió cobijarse en la esperanza de que alguno de los vecinos, en cuyas casas gustaba pasar la tarde viendo televisión, le hubiese ofrecido cobijo por esa noche.

No estaba conforme con su decisión, pero bastantes fuerzas le restaron las



inútiles demandas contra el padre, que optó por irse del país para evadir el problema, o los constantes reproches de sus hermanas por su situación, a lo que se sumaba su problema de la rodilla. La excesiva dosis de pastillas que ingirió, con la esperanza de poder salir en busca del chiquillo, terminaron por aturdirlo.

Desde que dejó de oír sus voces, dos o tres días atrás, lo asaltaba el insomnio apenas pasaba la medianoche. En realidad no era insomnio, se trataba más bien de una excesiva capacidad de percibir sonidos, por lo que el mínimo ruido lo despertaba. Por eso sintió el casi inaudible sonido del taxi que pasó frente a su casa y dejó caer la bolsa con un suave “chaas” sobre la hierba.

Desde su ventana la bolsa aparentaba ser de esas de basura en la que se colocan las hojas que dejan caer los árboles por montones durante el verano, las que los de la basura no se llevan nunca si no les pagan y que luego hay que quemar a escondidas para evitar la multa.

Cuando su hijo cayó en el hueco y ella se durmió bajo los efectos de una sobredosis de analgésicos, la radio quedó prendida sobre la mesa de noche junto a su cama, y estaban transmitiendo un programa cuyo nombre no recuerda, por lo que oía los gritos del niño en su mente como telón de fondo del sonido y las voces de los personajes del programa de policías contra gánsteres. A veces la voz del niño se hacía más clara: la llamaba, le gritaba, le pedía que lo fuera a buscar, y ella luchaba por salir de su inmovilidad, pero cuando lograba abrir los ojos la voz del niño desaparecía como por encanto, y solo quedaban los balazos, bombazos y estruendos de la radio.

Como a las doce, después de escuchar insistentemente su voz –entre la vigilia y el sueño– logró incorporarse, tomó su linterna de baterías y el bastón, abrió la puerta y salió acompañada por el perro. Por alguna razón, las voces que escuchaba en su mente provenían del patio trasero y allá se dirigió. Cada paso acrecentaba su dolor, y para colmo el corazón palpitaba veloz, sospechando que los ladrones pudiesen estar aguardándola entre las sombras.

Pero el temor de encontrar a su hijo herido o muerto hizo que perdiera el miedo a todo, y así llegó hasta el hueco que tantas veces se propusiera convertir en un tanque séptico para el nuevo cuarto que deseaba construir y alquilar, antes de operarse la rodilla y quedar sin plata.

Con horror, pero con decisión, alumbró sobre el profundo hoyo; al principio solo notó las botellas de cerveza y sodas apiñadas entre la basura, hasta que notó el



pie descalzo y doblado del joven. Apenas ahogó un grito antes de notar que, recostado a una de las paredes, su hijo parecía dormido, pero vivo.

Seguramente

extenuado por gritar tanto, llorar y gemir, se dejó vencer por el temor, la angustia y el

dolor físico de tantas heridas sufridas al caer, y por el dolor emocional al sentirse

abandonado a su suerte.

¿Cómo logró sacarlo de ahí, sola, con tantos dolores como la martirizaban? Se lo preguntaron y se lo preguntó muchas veces, sin poder dar respuesta. Solo sabe que no esperó por ayuda, que ella sola lo hizo con la tela de su ropa lanzada al hueco y con la fuerza de sus palabras, mientras su perro aullaba y le respondían otros perros distantes que quebraban la noche.

Luego seguiría oyendo esos gritos imaginados cada vez que iba durmiéndose, con más ahínco en estas últimas noches y madrugadas, convertidos a veces en voz, en lamentos, en gemidos desgastados que llegaban a ser gritos de terror. Nunca alcanzó a entenderlos del todo, hasta que, unos días atrás, ya no hubo más gritos, ni uno solo de esos alaridos aterradores que se quedaban prendidos de sus orejas angustiadas.

Con el fin de las pesadillas, ahora la despertaba ese silencio rotundo del que ya no se acordaba, a través del cual se oye desde la zigzagueante caída de una hoja hasta la estela que provoca el roce de lo intangible.

Y como aquella noche, ahora los perros de la calle no dejan de ladrar, pidiéndole sin dudas que salga a la puerta. Solo que ahora ella no está a la espera de

su hijo. Cuando se le acabaron las palabras para advertirle que por ese camino no terminaría bien, cuando se le acabaron las lágrimas para tratar de enmendar tantas rebeldías, abrió las manos y el corazón y lo dejó partir, incapaz ya de albergar más sobresaltos, avejentada como está por los achaques y doblegada por las decepciones.

La bolsa negra sigue afuera, amarrada con un nudo. La tiraron desde un auto de vidrios oscuros, de los silenciosos, de esos que solo usan los policías o los sicarios. Y ahí se hubiera quedado, por lo menos hasta que amaneciera, de no ser por los perros ladrando y los recuerdos mordiéndola una y otra vez.

Entonces, igual que aquella madrugada de tantos años atrás, hasta con la misma cojera de entonces, aunque sin su perro, abre la puerta principal y sale a la oscuridad armada de un machete y su linterna, los dos tan viejos como ella misma. Corta de un tajo el nudo de la bolsa macabra y alumbra hacia el hondo foso de su interior.

Ahora entiende por qué las voces dieron paso a tanto silencio.

LLORAS POR FLORBI

La noticia la descerrajaron frente a mi rostro sin contemplaciones. No fue mala intención; ni Denise ni Miriam tenían por qué saber lo que Flor Biloni representaba en mi vida. Para ellas se trataba de una excompañera de universidad, una



buena amiga, hasta ahí.

Fue al final de la conversación casual que entablamos en el súper. Yo venía de una cena con gente de mi trabajo y ellas dos compraban víveres a media noche. Las reconocí desde lejos, al verlas junto a la nevera de los yogures, y me alegré; por eso fue y las abracé, sin ahorrarles el susto. Nadie de mi promoción ignora que ambas viven juntas desde que nos graduamos (ellas tampoco lo esconden), y que se llevan mejor que muchos matrimonios conocidos. Rieron con estruendo al devolverme el abrazo.

Hacía como dos años que no coincidíamos en ninguna parte, así que estuvimos casi media hora intercambiando datos y comentando sobre el Pinot Noir que cargaba yo en la cesta. Ya nos despedíamos, porque “la pequeña y dulce Miriam” como le decía desde los días de salón, no soportaba el frío que exhalaba la nevera ante la que acampábamos; justo en ese instante, atropellando las palabras por la prisa, Denise me congeló de veras: “¿Supiste lo de Florbi? ¡Qué feo! Gracias al cielo que ese hijoeputa las pagó enseguida...” Al decir eso ya doblaba por la esquina de los embutidos, con Miriam volteando el rostro para asentir, y el acero de un dolor súbito me clavó al piso, hiriéndome por no saberlo, o por saber ahora que a Flor Biloni ya nunca más podría verla viva.

Esa madrugada estuve despierto hasta consumir las dos botellas de Cabernet Sauvignon que traje del súper (que reemplazaron y doblaron mi primera

elección, solo porque alguna vez fue ese el tipo de vino que Flor y yo escogíamos para descorchar cada vez que se presentaba la oportunidad). De la web obtuve todas las versiones de los diarios, publicadas seis semanas antes, desde el momento en que encontraron el cadáver desconocido –envuelto en bolsas de basura, en un abismo al

que nadie habría ido jamás sino es por dos cazadores que erraron el sendero –pasando por la nota en que “una hermana occisa” (me trajo tantos recuerdos ver la foto de Dina, igualita a los días en que increpaba a Flor por su relación conmigo, un hombre casado), hasta que la policía publicó un retrato hablado de su “concupino”, sospechoso primario del homicidio.

La torva faz del retrato representaba al tal “Rober”, del que me habló ella la última vez que nos vimos en un centro comercial, la pasada Navidad, cuando le pregunté con quién vivía, sin entrar en detalles por el mohín de disgusto que hizo al

pronunciar el nombre, apenas disimulado por la media sonrisa que ensayó al

acomodarme el cuello de la camisa, con lo que dio por cerrado el tema. Otras

noticias daban cuenta de la “cacería” (así decía el titular) organizada en torno al sospechoso, hasta dar con él, o lo que quedaba, varios días después, colgado de un árbol en un matorral, comido por los buitres. Agradecí al Sauvignon, en la última copa, su valiosa compañía ante el desasosiego producido por tan ingratas noticias que le daban nuevos sentidos a la última frase de Denise.

Florbi tenía diecinueve años cuando la conocí, sentada en la banca frente a mi puesto en la Universidad. Durante esa primera clase solo pude apreciar su



cabello bien cortado, que le caía sin sobrepasar la nuca, dejando dos aretes dobles de aro grande que tintineaban a medida que seguía con la vista la escritura de la docente sobre el tablero. Luego, en el pasillo, mientras alguien averiguaba qué clase nos correspondía, pude hablarle. Me preguntó que si iba “a la marcha” y contesté que sí. “Voy con Dinia, es maestra y dirigente”, nos contó, orgullosa. Y a la marcha fuimos varios del salón.

Pese a los rumores, no nos atacó la policía; nos dejaron desfilar hasta cerca de la Presidencia. Allá, los que encabezaban la manifestación debieron escoger a siete representantes, y estos pasaron al palacio a negociar con la autoridad; Dinia fue la

tercera seleccionada. Los demás, o al menos gran parte, nos disponíamos a esperar la firma del “compromiso oficial”, las horas que eso consumiera. Sin embargo, un “diluvio de proporciones bíblicas”, como me dijo ella mientras corríamos en busca

de cobijo, nos hizo cambiar de planes. Chorreando agua los dos, pero riendo como

niños, me condujo por una calle colonial a un edificio de apartamentos, en el que

entramos con la familiaridad de residentes. Era la casa de Dinia, con la que vivía Florbi por esos días, “mientras consiga dónde mudarme, pues mi hermana es una amargada”.

El apartamento era de una sola recámara, acogedor y tibio. Me indicó que pasara al baño, al fondo de la recámara, a quitarme la camisa ensopada, lanzándome a la vez un suéter nuevo, azul, con un letrero que daba vivas a una reina de carnaval pueblerino. Cuando salí del baño, reconfortado por el calor recobrado, que quedé en una pieza. Frente a mí, de espaldas, Flor terminaba de ponerse jeans sin nada abajo y, del modo más natural del mundo, dio la vuelta

abotonándose una camisa rosada, también sin nada abajo. Fue a la cocina y me preguntó si quería vino; le dije que sí, aunque ya para entonces venía con dos copas llenas. Me extendió una, no sin antes darle una probada traviesa. Al notar que yo seguía sobre la misma baldosa en la que quedé pegado al salir del baño, me convidó a la sala, mientras encendía el televisor “para ver cómo andan las negociaciones”. Por ahí mismo averiguó si los ratones me habían comido la lengua, y mi lengua mojada por el vino fresco no atinó a decir otra cosa que una soberana estupidez: “¿No usas ropa interior?” Su respuesta fue

cortante: “¿Para qué?”, y al decirlo se desabotonó parcialmente la camisa, como disgustada, para enseñarme su pecho blanco, plano y pecoso del que apenas sobresalían dos botoncitos café, bastante similares a los míos.

Luego se sentó a mi lado y me habló de lo molesta que se sentía con su cuerpo,

con su falta de caderas y de glúteos, con su cintura estrecha, sus muslos duros, sus piernas largas, sin contornos, y sobre todo, con su falta de senos. “Llegué tarde a la repartición”, dijo mientras se incorporaba para volver a llenarme la copa, advirtiéndome que el vino se toma a sorbos.

Ese día debí decirle que ella era la más linda del salón, de la universidad, y probablemente del universo; que si su rostro perfecto requiriese otra gracia, podía contar con esos ojazos en los que era imposible no mirarse cuando uno le hablaba; debí decirle enseguida que nunca más pusiera colores en sus labios para no marchitarles ese tono vivaz de caracola recién salida del mar; debí afirmarle que por obtener una hebra de la seda perfecta de sus cabellos, millares de antiguos arrieros desafiaron desiertos vastos y mortíferos... o al menos pude confesarle que esa era la primera vez que tomaba vino y que en adelante, y para siempre, el vino me sabría a ella... ¡Se lo debí decir, se lo debí decir! Pero, en cambio, permanecí mudo frente al televisor, mirando al ministro hablar de compromisos y buenas voluntades,



viéndola reír, feliz, señalando a su hermana en la mesa de los concordantes. Fueron varios meses los que aguardaron esas palabras, porque al fin sí se las dije, y otras de mejor hechura, pero no esa vez, sumergido y abismado en el sillón de su sala.

Hasta hoy no puedo decir qué fuimos Florbi y yo. En varias ocasiones le oí decir “cuando éramos novios”, sin referirse a un tiempo especial, sin precisar la definición exacta de esas palabras. Pero en verdad algo nos ató desde el momento en que nos sorprendió la lluvia en la Plaza de la Independencia, aunque solo Dinia supo de lo nuestro, lo que fuese, porque lo mantuvimos así, sin alardes, libre como decía ella, como quería ella.

20

Amanece, y ni ahora puedo decir qué fuimos en los años que siguieron a aquel diluvio, la tarde del primer día en que nos vimos. No lo sabré jamás, si no puedo saber siquiera por qué estoy llorando, mientras afuera sale el sol como una promesa vana.



CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE



Categoría: Corto metraje
Premio: Primer lugar
Título: Aguja y Tinglado
Autor: Edgar Galvez
Provincia: Panamá



Categoría. Cortometraje
Premio: Segundo lugar
Título: El Trabajador del Conocimiento
Autora: Yaris Crichlow
Provincia: Panamá



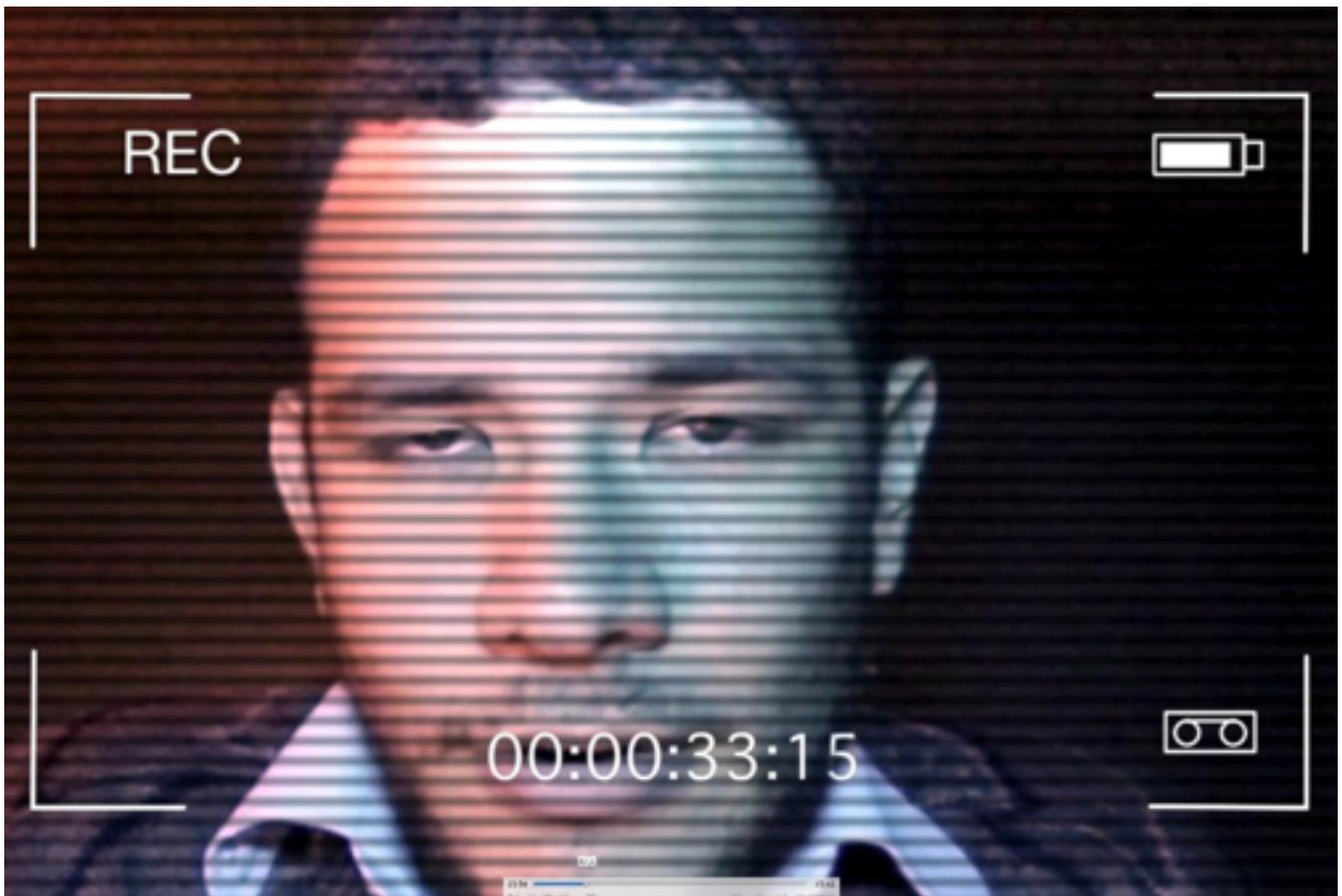
Categoría: Cortometraje
Premio: Tercer Lugar
Título: El Pintor del Pueblo
Autor: Luis Rengifo
Provincia: Chiiriquí

PRIMER LUGAR



Título: Aguja y Tinglado

SEGUNDO LUGAR



Título: El Trabajador del Conocimiento

TERCER LUGAR



Título: El Pintor del Pueblo

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



DÉCIMA



Género Literario: Décima
 Premio: Primer puesto
 Título de la obra: El Trabajador del Conocimiento
 Autor: Raúl Mendoza Marín
 Provincia: Herrera



Género Literario: Décima
 Premio: Segundo lugar
 Título: Honor al Trabajador
 Autor: Daniel Mudarra Maure
 Provincia: Veraguas



Género Literario: Décima
 Premio: Tercer lugar
 Título: El trabajador del conocimiento
 Autor: Edy Omar Ruíz Quintero
 Provincia: Herrera

El Trabajador del Conocimiento
Anda con el pensamiento
Avanza con la invención
El hombre en su formación
amplía su conocimiento

I

La idea materializada
es la horma de una acción
desde el ala de un avión
hasta una piedra tallada
La materia transformada
Pone en funcionamiento
el valor de un elemento
para bienestar del mundo
si el hombre a cada segundo
anda con el pensamiento

II

La mente es una vereda
donde el ingenio se crea
en ella rodó la idea
antes de existir la rueda
El brillo de una moneda
señala otra dimensión
con la industrialización
Hallamos prosperidad
por ende la humanidad
avanza con la invención

III

Las manos de un inventor
Son custodios de una aurora
que desarrolla y mejora
lo que hay alrededor.
El Nómada cazador
hizo de un hueso un arpón
flecha, pólvora y cañón
surgen de la misma base
si aprende de lo que hace
El hombre en su formación.

IV

La arquitectura de un ser
Le da empleo a la pupila
para llenar la mochila
universal del saber
Dándole un amanecer
a cada razonamiento;
Le hace trenzas al viento
El hombre cuando dibuja
y al salir de su burbuja
amplía su conocimiento

SEGUNDO LUGAR

HONOR AL TRABAJADOR,
QUE GENERA SU SUSTENTO;
DUEÑO DEL CONOCIMIENTO,
POR UN PANAMÁ MEJOR.

1

El progreso del país
se construye a cada instante,
cuando pone su habitante
el esfuerzo más feliz.
Con renovado matiz
va dejando su valor
y su esfuerzo impulsador
es muy grato de alabar,
por ello le quiero dar
HONOR AL TRABAJADOR.

2

Su jornada extraordinaria,
muy temprano la comienza
y donde va siempre piensa
en su situación precaria.
Su familia solidaria
será su mayor portento
y con su conocimiento
que a diario pone en acción,
logra mayor producción
QUE GENERA SU SUSTENTO.

3

Un mundo globalizado
donde la tecnología
le sirve a la economía
y al progreso del Estado.
Ha sido un reto ganado
que se toma con aliento
y el trabajador contento,
con orgullo, da su cara,
porque él mismo se declara
DUEÑO DEL CONOCIMIENTO.

4

Es un líder natural,
que procura su legado
porque siempre se ha esmerado
en ser persona integral.
Muy creativo, intelectual,
honrado y gran defensor
de la más noble labor;
por su lucha merecida,
pone corazón y vida
POR UN PANAMÁ MEJOR.

El Trabajador del Conocimiento
Por ese trabajador que
brinda conocimiento con luz
en el pensamiento
el resultado es mejor.

1

Con toda su gallardía
rinde honores el IPEL,
al trabajo y al papel
de un obrero de valía.
Ejerce su autonomía
como experto productor
y en su loable labor
el conocimiento fluye
y el éxito se construye
por ese trabajador.

2

En el escenario activo
define las prioridades
y en esas actividades
es científico y creativo.
El liderazgo asertivo
se convierte en su aposento
y el estudio es el sustento
para seguir enfocado
en el vivo postulado
que brinda conocimiento.

3

La visión de emprendedor,
su eficiencia y eficacia
enfocan su norte hacia
la sinergia y su fulgor.
Es un competente actor
e ingenioso en cada invento,
es proactivo en el evento
cuando imparte sus tareas,
integrando las ideas
con luz en el pensamiento.

4

Maneja la información,
se adapta al cambio global
y es el campo estructural
su medio de producción.
Cualifica la gestión
dinámica en su sector,
se transforma en consultor
avalado en la experiencia y
al ligarla con docencia
el resultado es mejor.

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA



Categoría: Escultura
Premio: Primer Lugar
Título: Interstica
Autor: Edison R. Pitty C.
Provincia: Panamá



Categoría: Escultura
Premio: Segundo Lugar
Título: Luz del futuro
Autor: Juan José Casis
Provincia: Panamá



Categoría. Escultura
Premio: Tercer lugar
Título: Luz verde
Autor: Alvin R. Cerrud P.
Provincia: Panamá



Título: Interstica

SEGUNDO LUGAR



Título: Luz del futuro

TERCER LUGAR



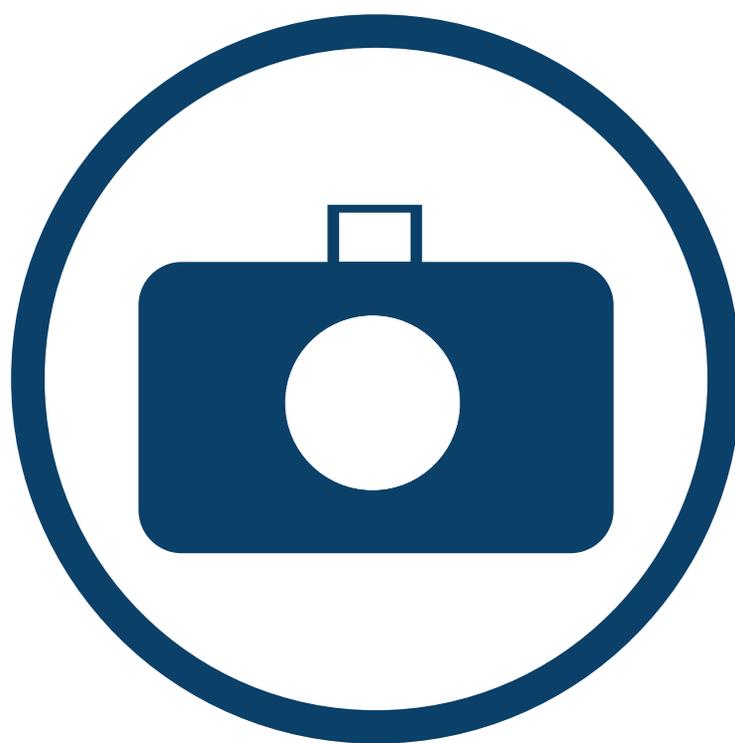
Título: Luz verde

CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



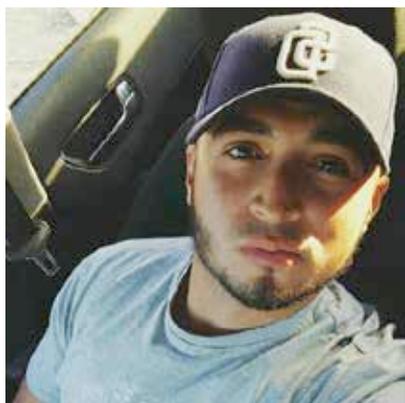
FOTOGRAFÍA



Categoría: Fotografía
Premio: Primer lugar
Título: Valentía
Autora: Julia Vega
Provincia: Herrera



Categoría. Fotografía
Premio: Segundo lugar
Título: Con vocación hay mejor educación
Autora: Beverly Guerra
Provincia: Panamá



Categoría: Fotografía
Premio: Tercer Lugar
Título: Caminando sin dolor
Autor: Roberto Cisneros
Provincia: Panamá

PRIMER LUGAR



Título: Valentía

SEGUNDO LUGAR



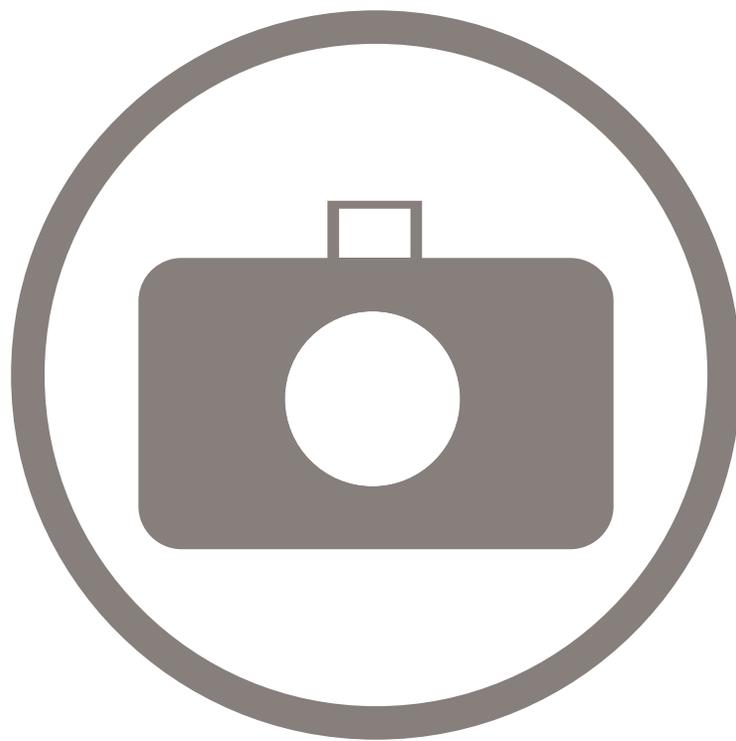
Título: Con vocación hay mejor educación

TERCER LUGAR



Título: Caminando sin dolor

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA



Categoría: Pintura
 Premio: Primer lugar
 Título: NOUS
 Autora: Elsy Del Carmen Acosta
 Provincia: Chiriquí



Categoría: Pintura
 Premio: Segundo lugar
 Título: Universo de Sabiduría
 Autor: Jhonny Campines
 Provincia: Panamá



Categoría: Pintura
 Premio: Tercer lugar
 Título: Los conocimientos de un trabajador
 Autor: José Chanis
 Provincia: Coclé



Título: NOUS

SEGUNDO LUGAR



Título: Universo de Sabiduría

TERCER LUGAR



Título: Los conocimientos de un trabajador

CATEGORÍA



PINTURA

CATEGORÍA



POESÍA



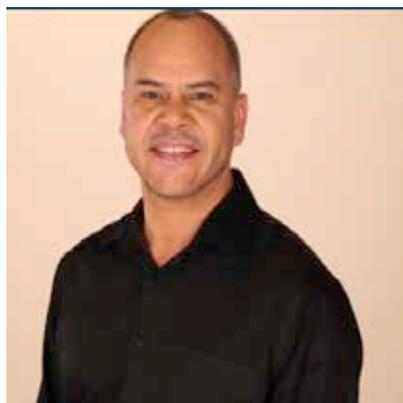
Género Literario: POESÍA

Premio: Primer Lugar

Título: Me Iluminó la Inmensidad

Autora: Alessandra Monterrey Santiago

Provincia: Panamá Oeste



Género Literario: Poesía

Premio: Segundo lugar

Título: Los Acertijos de Sofía

Autor: Alcides Onofre

Provincia: Chiriquí



Género literario: Poesía

Premio: Tercer lugar

Título: ¿Quién inventó la radio?

Autor: Javier Romero Hernández

Provincia: Panamá Oeste

“Me ilumino de inmensidad”
Giuseppe Ungaretti

A veces, cuando estoy sola en la oscuridad, y el universo revela otro secreto más, digo los nombres de mis antiguas, perdidas y olvidadas hermanas en los libros que registran nuestra ciencia –Aglaonice de Tesalia, Hypatia, Hildegarda, Catalina Hevelius, María Agnesi–, como si las mismas estrellas pudieran recordar. ¿Sabías que Hildegarda propuso un universo heliocéntrico trescientos años antes que Copérnico? ¿Que escribió sobre la gravitación universal quinientos años antes que Newton? Pero, ¿quién la escuchó? Sólo era una sirvienta, una mujer. ¿En qué edad nos encontramos, si aquella era la edad oscura? Y lo es también para mi nombre, que igualmente será olvidado, si no soy acusada de ser una hechicera, como Aganice, y los cristianos no amenazan con arrastrarme hasta la iglesia, con asesinarme, como le hicieron a Hypatia de Alejandría, la elocuente y joven mujer que ideó los instrumentos empleados para medir con precisión la posición y movimiento de los cuerpos celestes. Por mucho que vivamos, la vida es corta, así que trabajo. Y no importa lo importante que el hombre llegue a ser, que no será nunca nada comparado con las estrellas. Hay secretos, querida hermana, y es nuestra tarea revelarlos.”

Siv Cedering

REFLEJO DE LUNA

Éramos inocentes,
el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre,
viajar a la luna era sumergirse en su reflejo,
un faro transparente apuntando el abismo acuoso,
el rito místico del pensamiento.

Arrancábamos nuestros ojos con el puñal de la luz,
salíamos a perseguir las sombras de la caverna.

Entonces, nuestra sangre se llenaba de pajaritos de agua
y con sus trinos color granada circulándonos
podíamos contener la respiración;
bucear profundo,
con la esperanza de algún día atrapar
en la soledad de la casi asfixia
la más inasible de las perlas.

AGLAONICE DE TESALIA¹

La mujer-lechuza tensa el hilo que sostiene
la rosa, la hoja de ciprés, el guijarro y la caracola.
Es Aglaonice, sacerdotisa de Hécate,
heredera de los ciclos sarónicos de los caldeos.

La mujer encerrada en un faro
condensa el brillo de las hijas de la noche
y prepara una papilla estelar.

La luna es un pájaro cautivo de plumaje plateado.
Aún enterramos nuestros muertos en las noches para que no extravíen el camino.

Le temen a la mujer de Tesalia porque no logran comprenderle.
Dicen que es capaz de hacer desaparecer la luna,
arrancar del cielo los astros hechizados,
y por eso la acusan de conjugar hierbas y fuerzas oscuras.

Horacio, Virgilio y Platón, le llamaron bruja.
Pero no hay hechizo más poderoso
que aquel que surge del conocimiento.

Aglaonice,
eres el recuerdo de un meteorito en Venus,
dentellada de sol.

¹ **Aglaonice de Tesalia:** Antigua Grecia (Siglo II a. C.) Predijo momento y lugar de eclipses lunares en la Grecia Antigua y fue autora de Tratados de Fenómenos Celestes. Actualmente es considerada la primera astrónoma europea de la que se tiene registro.

**CAROLINE LUCRETIA HERSCHELL²**

*“Si una mujer desmelenada te sigue no te preocupes.
Es el azul. No tienes que temer nada del azul.”*

André Breton

Una extiende la palma de la mano como un cántaro,
y este concibe un amanecer arrebujaado en su cuerpo.
Luego, los dedos del sol,
el hielo descubre un silbido,
un hilo de fuego se va enredando en su cuello
y va trazando una efímera cabellera en el cielo,
el cabello suelto como el dibujo de una galaxia.

Es el 1 de agosto de 1786.

¡Caroline, has visto un cometa!
Es el primero de ocho,
seis llevarán tu nombre.

Advierto a tu padre tomando tus pequeñas manos,
advierto a tu padre llevándote a pasear.
Advierto a tu padre enseñándote a observar, a pensar.

¡Hágase la matemática, la música, la filosofía!
Tus manitas tratando de alcanzar el cenit.

Niña traviesa,
te soltabas de su mano y
corrías para que la luna te persiguiera.

² **Caroline Lucretia Herschell:** Hannover, Alemania (1750-1848) La primera astrónoma profesional con salario; trabajó con su hermano William, catalogó 2500 nebulosas y descubrió 8 cometas.

No puedes esconderte de ella, Caroline, está muy
lejos y en comparación
el mundo de las cosas está muy cerca -decía-.

Pero la rueda feliz de pronto se ha atascado:

Quiero ir allá.

Entonces, papá, no quiero estar entre las cosas.



el tifus te encerró en un metro treinta de estatura y
la viruela se ensañó en tu rostro con la furia de mil meteoros.

Caroline,

la desgracia te alejo de los barrotes victorianos,
del matrimonio arreglado, del destino manifiesto.

Lucretia,

la desgracia fue el giro, el rumbo, el principio.

Fuiste *iluminada por la inmensidad*
del cielo profundo.

Orbitabas alrededor de tu hermano William,
tal como los cometas y asteroides alrededor del sol;
y los astros aceptaron tu ofrenda.

William descubrió Urano

y se convirtió en astrónomo real.

Su vida se consagró oficialmente
al culto travieso de cazar estrellas,
y con ello también se consagró tu vida;

su vida fue el salvoconducto
para seguir asistiendo,
para seguir calculando,

atrapando estrellas,
nebulosas, misterios.

Caroline, manantial sonoro,
ruiseñor estelar,
diamante barriendo los cielos,
cuán hermosa es la estela de tu trayectoria:

Primera astrónoma profesional
Primera mujer científica remunerada
Diseñadora y constructora de telescopios
Medalla de Oro de la Real Sociedad de Astronomía
Miembro Honorario de la Real Sociedad de Astronomía

Caroline Lucretia,
la memoria te bautiza.
Caroline Lucretia,
cráter de la luna, asteroide y cometa.
Tu nombre orbitando en esas cosas lejanas
que siempre quisiste alcanzar.

Hoy te escribo a ti,
Caroline Lucretia Herschell,
mínima en el espacio y brillante presencia,
te escribo para unirme a tu plegaria,
esa que escribiste para ser siempre tú misma
incluso en tu epitafio:
*«Los ojos de ella, en la gloria,
están vueltos hacia los cielos estrellados».*

Que así sea,
Caroline.

HENRIETTA SWAN LEAVITT³

*“Pero todas esas estrellas son mudas.
Tú tendrás estrellas como no tiene nadie...”*

Antoine De Saint-Exupéry



Pienso que alguna vez, taciturna en tus más mundanos pensamientos,
sólo quisiste soltar las lupas, ignorar las manchas
y ese anhelo celeste de medir el universo.

Porque sin saberlo
el universo te engullía en su inmenso misterio, Henrietta,
un cofre con cascabeles germinaba en tu mente.

Quizá fue una jugada egoísta de las estrellas,
o quizá fue una noche contemplando el cielo,
cuando te envolvió un halo inaudible de sereno estelar.

Y se acabó la música y el ruido.

Sorda terminaste en la isla del silencio,
consagrada a sus brillos y densas sinfonías,
esas inaudibles para los que oyen.

Sin saberlo, fuiste una vestal cuyo hogar
eran los incontables ojos parpadeantes de la noche.

Te pienso serena,
zahorí atrapada en un pálpito de cielo oscuro brotando en los espejos,
como si fueses aquel cisne encantado en el reflejo,
y el reflejo va iluminando el trazo para el cálculo perfecto.

³ **Henrietta Swan Levitt:** Massachusetts, EE.UU. (1868-1921) Descubrió la relación entre la luminosidad y el período de las estrellas variables cefeidas para medir la distancia a galaxias lejanas, en el Observatorio de Harvard College, trabajando para el astrónomo Edward Charles Pickering. A estas mujeres de modo burlón se les conocía como *El Harén de Pickering*.

Allí estás Henrietta, cefeida enterrada en la luna
vigía en la muda distancia de la luz.
Ay de ti que duermes navegando, tan cerca del sol.

Eres el párpado insomne en la pequeña Nube de Magallanes,
mancha ardiente entre las placas ciegas.

Porque lo supiste, porque te leímos:

“Las estrellas más brillantes son las que tienen los períodos más largos.”

¿Acaso sin saberlo hablabas de ti?

Y así, Henrietta, así mujer,
es tu brillo para quienes ven más allá,
para quienes ven las estrellas incubadas en la rutina de los ojos,
la observación prisionera en las escalerillas del tiempo.

Una más del “harén de Pickering”, decían.

Se equivocaba la gente.

Se equivocaba Pickering que sólo veía mano de obra barata,
sirvientas hábiles sólo útiles para tareas rutinarias,
porque la creatividad era privilegio de ellos.

(como si el genio supiese de sexos)

No podía ver que tenía una colección de estrellas,
observando estrellas,
prisioneras de los roles del tiempo.

El gran Gösta te escribió tarde,

ya hace tres años te sumías en el silencio más profundo,
y el Nobel no reconoce a los difuntos.

La carta no llegó a tus manos, Henrietta,

ni los elogios ni tu nombre subieron a los podios,



porque el cálculo del brillo y la distancia estelar

también fueron la metáfora cruel de la carta que nunca recibirías,
y es que la muerte te colocó en el mismo lugar imposible,
a millones de años luz de la vida.

Hoy podemos verte brillar como nunca, Henrietta,

(hasta en un *doodle* de *Google*)

siempre fuiste una cefeida,

con su cíclica luminosidad,

trabajadora del conocimiento,

no yerra tu obituario - piedra trascendente de cronistas en esta roca azul-

porque para ti

“todo en la vida se convertía en algo bello y lleno de significado”.

KATHERINE JHONSON⁴

“Es imposible ser matemático sin tener alma de poeta [...] El poeta debe ser capaz de ver lo que los demás no ven, debe ver más profundamente que otras personas. Y el matemático debe hacer lo mismo.”
Sofía Kovalevskaya

Ninguna mujer ha pisado la Luna,
pero el pensamiento de muchas
hiló la trayectoria numérica,
esa que hizo posible el frío y oscuro viaje de tres días,
ese gran salto de la Humanidad.

Sabemos de Neil Armstrong

¿Cuántos sabían de ti, Katherine?

¿Cuántos sabían de la niña que amaba contar todo?

¿De la niña que podía ver lo sublime en una ecuación?

¿De la mujer que tenía que desplazar sus preocupaciones numéricas
para dedicarse a buscar un baño permitido para su color de piel?
Y aún así, Katherine, lo ínfimo no pudo contigo.

Katherine Jhonson, el verdaderamente “pequeño” paso del hombre fue el tuyo:

tus cálculos indiferentes a la melanina, al sexo, a los tiempos
porque eran trabajo de tu inteligencia,
la floreciente belleza de la mente,
como un loto en la infinita estupidez.

¿A qué distancia el odio orbita de la inmensidad?

No dudo, Katherine, que hasta eso hubieses podido calcular:

⁴ **Katherine Jhonson:** Virginia Occidental, EE.UU (1918-) Experta en navegación astronómica. Fue una de las tres mujeres afroamericanas de la NASA que permitió al Apolo XI alcanzar la luna.

**MARÍA TERESA RUIZ⁵**

*“Cada noche el centro de la galaxia
pasa por encima de Santiago de Chile.”*

El cineasta chileno Patricio Guzmán
habla de la nostalgia de la luz.
Pienso entonces que es probable eso que dicen:
que nuestras raíces están allá arriba,
y por eso siempre levantamos la mirada al cielo,
como un llamado sordo a una patria perdida en el inconsciente,
al todo que resurge una y otra vez.

Compartimos la misma materia de las estrellas.
Compartimos hasta el calcio que encontramos en nuestros huesos.
Sonrío al pensar que no era una arrogancia más del *homo sapiens sapiens*
decir que somos polvo estelar.

Polvo estelar del que es tan consciente, usted,
María Teresa Ruiz, arqueóloga celeste,
espía desde el Hemisferio Sur,
escudriñando el origen del Todo para Todos:
polvo, nacimiento, muerte.

Cada descubrimiento suyo
nos revela que Latinoamérica también es
una compuerta cósmica al conocimiento.

⁵ **María Teresa Ruiz:** Santiago de Chile, Chile (1946-) Especializada en el estudio de las estrellas enanas de baja masa, ha descubierto una supernova en el momento de explotar, dos nebulosas planetarias en el halo de nuestra galaxia y la enana «café» en las proximidades del sistema solar llamada Kelu («rojo» en mapudungún).

María Teresa,
mirada limpia en la transparencia del cielo de Atacama.
Sus ojos despertando en los ojos de ALMA⁶,
encontrando el germen contenido
en el cadáver de una estrella,
para recoger el más pasado de los pasados:
Enanas blancas frías que nos cuentan la edad de la galaxia.

María Teresa,
Cuénteme de Kelu, la enana café con nombre mapuche.
Cuénteme de la búsqueda de los exoplanetas,
y cómo se siente en el pecho descubrir una supernova que va a explotar.

Cuénteme, María Teresa,
¿qué se siente ser iluminada por la inmensidad?

⁶ Gigantesco telescopio situado en el desierto de Atacama, Chile.



SEGUNDO LUGAR

KLENYA

Tibiada la sangre

de locuras sin tiempo.

Reina de moras.



KODAK EN VII ACTOS

ACTO I: EL HIJO DE PIERO

La eterna curiosidad de un infante
con la testa inquieta y despeinada
abstrae rombos y cuadrados
escudriñando los muros de piedra.

Es verano en el viejo Vinci
de calles y alma florentina.

En una mano el caballete
y en la maleta, leal a su genio
pinceles, carbón y sanguina.

Tensa el lienzo y en la imprimatura encuentra paz
ansioso por encontrar abierto el instante perpetuo.

Verrochio, pule sin prisa el muchacho - diamante

En sus ojos se intuye el reflejo divino.

.

El maestro le habla de estrellas y de luz

-¡Dibuja un mapa del cielo!, ¡pinta lápislazuli!

¡Bosqueja un rostro, un caballo, un viñedo!

¡El vuelo de un pájaro que reta al sol! -

Liberto espíritu

que inventa quimeras.

Sueña su vuelo

de cromos y formas.

Visiones perfectas

entre dioses y musas.

ACTO II: VISCERAL

(Para ser declamado con voz susurrante y gutural)

Un hombre expira... tranquilo.

El meticuloso artista le busca el alma

y con esa extraña sed por descubrir

se abre paso el bisturí en la piel
cortando con líneas precisas el torso
antes que se fuguen los latidos.

La desnudez del cadáver
como un jardín macabro

hurgado a media luz.

Cómplices: los muertos.

Despellejados, insomnes...

Laboratorio de camas apiladas
sitiado por espectadores herejes
que exhiben retazos corpóreos
en la noche inquisidora.

Desorbitada mirada

del anatomista impío

que busca tendones y venas

dibuja músculos en huesos.

Frenéticos, develando los secretos

empapados de un extraño morbo.

Testigos de lo que somos por dentro:

máquinas biológicas maestras.

ACTO III: SUEÑOS

He soñado despierto con artefactos

acorazados para la guerra

engranajes de seres autómatas

y naves como escarabajos.

Tornillos que no tienen fin

ensambles y arados que imitan cien pies.

Desarmo y armo poleas

ensayo cañones

diseño canales y esclusas.

Aprieto correas.

Afirmo las fajas aladas

impulsando mi aliento cual ave

perfilo la colina itálica

elevando el sempiterno vuelo...

ACTO IV: MÁQUINA SUPREMA

Se vuelca la imaginación

en las proporciones del canon.

Universo, ombligo, centro.

Pentagrama de manos y pies.

El hombre perfecto, total

en su zona aurea.

Círculo y cuadrado

en los números del teorema

como lo imaginó Vitruvio.

ACTO V: LA CENA

El Cristo es el eje del refectorio
se fuga hacia él la simetría visual.

Luz fría, azul, ventana
paredes que se inclinan.

Una tensión sacude el comedor
retrocede y avanza cada apóstol
entre reclamos y mea culpas.

La perspectiva no perdona.

Todo se esfuma contrastando
la tercera dimensión del fresco.

El óleo imprime las túnicas.

La composición reta y se repliega
sacudiendo los rostros con mensajes.



Cena y traición en el muro.

¡Adiós Quattrocento...!

ACTO VI: LAS DAMAS

Acaricia el armiño bella dama

hazme sentir a Italia en tu rostro

la piel y el rubor de tus mejillas.

El amor animal, animal el amor.

Lisa, quédate quieta... Así...

No rías, sonrío.

Que nadie sepa que eras tú

ni sepan que era yo.

Te guardo un paisaje, Mona.

Es la campiña mediterránea

que cuida tu espalda.

Ven, que pongo óleo sobre el álamo

y sobre tus sienes un velo fino...

ACTO VII: IN GENIO

La medida de la luz

emana del vientre del sol.

La calma deviene en signos

de nocturnos y vigiliias.

La musa que vaga sola.

Un lienzo como la vida

enmarcado con silencios.

Tinte, pensamiento y papel.

LOS NÚMEROS DE DIOS

GRAVEDAD

Cae una piedra que alguien lanza de la torre

Suena el enorme tic tac del péndulo mundo

en la neblina fría.

El Támesis baila

y en el jardín que cuelga manzanas rojas

un hombre absorto espera que baje el momento.

Paciencia...

Las nubes pasan

la fruta se desgaja.

Es la ley

embrionaria sed

que despeja las dudas.

Se agarra el universo

a las fuerzas telúricas

que nos atarán para siempre.

CROMOS

(A Chela Yun)

En otro espacio y otro día

traen los cromos buenas nuevas

el espía espera calmo

a que el sol se desnude.

Entre la bruma

fluye un rayo de luz

blanca... tímida... virgen...

Invade la caja oscura
sobre la espalda del prisma.

Del otro lado
salen como jalados por magia
siete rayos...

La vibrante armonía del arco iris.

El espectro:

la verdad del lumen en colores.

GNOSIS

Cuando se acerca la noche de Londres

lo divino y lo sacro, atan códigos.

Se eleva la religión matemática

hasta un dios hecho de números

sonidos, colores, distancia y fuerza.

CARTAS DE ALBERT

DE ULM A PRINCETON

Dentro de átomos que se destruyen

hay energía invisible que veo.

Mis ojos escapan del caos

corro entre logaritmos y tangentes.

Angustiado violinista emigrante

hecho una deidad mortal.

Soy sin espacio ni tiempo

despeinado y burlesco

ante la relatividad del todo.

La energía es igual (...)

por la velocidad de la luz (...).

COSMOGONÍA

Es mecánico el universo

desde este cuántico mundo

de luces curvadas
y evoluciones tardías.

Soy ícono existencial
de efectos fotoeléctricos.

¡Sí, yo!

Un pacifista electromagnético
que destila ecuaciones para bombas.

GÉNESIS

(Para ser declamada en coral poética)

¡Detente silla rodante!

Se escucha un estallido...
Es el universo que se abre
sus fronteras se dilatan.
La mente se dispara
hacia el sol, al infinito.

Dentro del gran estruendo:

el origen del origen.

¡Impacto! Se expande una galaxia

¡Estruendo! Mueren las estrellas

¡Impacto! Explotan los planetas

¡Estruendo! Agujeros negros

Nacen supernovas **¡Impacto!**

Chocan asteroides **¡Estruendo!**

Cruzan los cometas **¡impacto!**

La materia se oscurece **¡Estruendo!**

¡Muévete, robot inútil!

El génesis va en sus ojos.

[**Cosmos** (ateo) **caos**]

LA PARADOJA DE LAS MANZANAS

El sistema binario engulle a los locos
sellando garajes de ideas sin tiempo
con logaritmos abstractos...

Un clan de nuevos ángeles
maestros del uno y del cero.

Diádicos dioses móviles

Decimales y binarios

binarios y decimales

van fraccionándose hacia el futuro.

De binarios a octales

de octales a binarios.

Ilimitados hexagesimales.

Si no fuera por la ruta de Pingala

la eternidad no los esperaría en el podio.

Sin el I Ching impregnado en tinta y papel



el mañana sería una cueva sin número.

.

No habría veneno para Turing

ni enigmas resueltos en guerras.

Las manos de gigantes

plantaron manzanas arcoíris.

En el valle de los silicones

se agrandaron las dimensiones

y los garabatos fríos de la infancia

por los cristales cobran vida.

REQUIEM PARA UN GENIO

La frágil vida y la dura muerte

mutila y devora a los osados

porque las luces de la caverna

ningún mortal debe develarlas.

El castigo para el enviado
que parte de tajo la ignorancia
es ser sol en el momento íntimo.
La creación que mana respuestas.

Escuchar, mirar, hablar, tocar
sobre las manzanas de metal.
Separarse, unirse, escaparse
en un planeta (libre) que es red.

La eternidad es una llama
con un barquero de tiempo exacto
y flores de loto blancas.

AUTOBIOGRAFÍA DEL CAPITÁN

(A B. V.)

Yo no soy quien digo ser.
Soy una saloma sin salomar
llevada al viento un jueves o viernes
de una semana santa en la niebla.



Un incendio de pájaros de fuego.

Subí el plenilunio al Istmo

en una onda de farsas

y lobos de islas mágicas

la noche del candelabro.

Me enamoró Gabriela y su boina

roja como un acto de sangre.

Y Pablo, común a mi cuna

llevó mis pasos dentro del poema.

Ese soy, el que también era otro.

A la orilla de las estatuas maduras

puedo transformar un niño en ratón

y una dulce niña en cucaracha.

.

En la atmósfera de un sueño

como muñecos hechizados

por un hipnotismo lunar

cambiaría inocentes y culpables.

Firmando historias con mi nombre
que tampoco es mío.

ABDUCCIÓN

(Es necesario que la justicia
llegue a los panameños
que han sido llevados
por la ciencia del destino)

ENZIMA

(A Ibis Sánchez)

Del útero de Veraguas salí.
Entre caña, valle y cerro
heredé los sueños enormes
de un micro mundo que sube.

En el musgo y las quebradas
de una ciudad con viejos muros
que acoge pájaros y grillos



fui encontrando las respuestas

a mis preguntas de niño.

Así me encontró natura

sentado mirando bichos.

Atravesando las corrientes

donde he avistando gavilanes

que persiguen peces plateados.

Me tomó el futuro de la mano

bebiendo a sorbos la sed del mundo

separando moléculas y células

para alargar el reloj de la existencia.

SATÉLITE

(A Ericka Podest)

Abajo, el jaguar huye
y la tierra clama sedienta.
La humedad del árbol no vuelve.
El río y su cauce de serpiente
es un incierto vaivén
de vida y muerte.

La mirada de ella se posa en los cielos
escudriña la nube y los mares.
Vigila el rocío de la selva
que baña el árbol de Dabeiba
y la savia que mana del tronco gigante.

Quizás alguien note tu paso por el cielo.
Mujer águila, que cuidas el liquen

en la cuna del manatí y del ocelote.

Por cada trillo que deja el tapir.

El sendero aprieta tus huellas
en las hojas de un bosque lluvioso.

Tu casa es un mundo y tus manos vigilan
esos caminos verdes de la memoria
en un istmo rodeado de peces.

AERO

(A Mónica Peruz)

Alas del sueño.

La vida va que vuela

mirando estrellas

junto a los buenos vientos.

La máquina tuya... precisa...

Llena de secretos matemáticos.

Mítico pájaro eterno en el universo

(Ese espacio, donde hay todo y nada).

ESPIRAL

(A Rodney Delgado)

Acostado en la noche que crece

metido en la hierba aún caliente

veo cuerpos celestes que bailan
salpicando de estrellas el cielo.

En el mínimo instante, un espiral
que juega en el viento con el árbol.

El infinito deviene en colores
y crecen las galaxias desbocadas.

Supernovas en el libro de mi vida.

Un niño atado al mañana
entre los planetas y la ruta del cometa.

Abrí la vía eterna.

Es una inmensidad que acaricia el universo
y allí, me quedé suspendido para siempre.

Es leche materna, leche de diosa.

Son las luces del evo.



MACRO VIAJE

(A Newton Osborne)

BARÚ

Tu tierra es mi tierra.

Tu sol ha sido mi sol

y el valle de mi luna

es el nido de tu alma.

Sólo quieres que vivan los niños

saltando charcos... Creciendo

a orillas del Chiriquí Viejo.

Sólo quieres que jueguen robustos

llevados por sus reflejos

en la corriente que vadea el pueblo.

Sólo quieres que rayen la arena
bailando sobre la playa
con las gaviotas y los cangrejos.

BUGABA

Que nos hizo sabios cada voz y tiempo
y los canillitas pueden llegar a ser genios.
Que los pequeños limpiabotas del parque
ven como crece su mundo cuando hay coraje.
Que la justicia parece lenta y llega.
Hoy son bienvenidos los hijos de la tierra.

Porque hay un mañana tras la noticia del diario
y el pequeño niño ingenuo puede ser un paladín.
Porque hay más que negro bajo el betún del calzado
y los muchachos olvidados serán la cura.

Porque una calle de pueblo puede dar esperanzas
y una vida puede sanar antiguas agonías.



DAVID

Hay un latido de orgullo que sigue en tus campos

el recuerdo siempre se abre a tu sonrisa amplia.

Sabiduría, moderación, justicia y coraje.

Los amigos recuerdan tu grito: **¡Extra! ¡Extra!**

Aún brillas feliz en el corazón de la gente

con un libro de aliado silenciando imposibles.

Una ciudad espera verte regresar siempre

con manos extendidas que se abren en abrazos.

Alma Mater, vida, antorcha, ciencia y olivos.

CORDERO

(A Don Roque)

Quintas y cuartas

brutal disonancia orquestal:

dodecafonismo estridente

que avanza en serie.

Los oboes en el límite.

Violines que caen en glissando

y chelos incisivos a contratiempo.

Amalgamas rítmicas.

Trompetas luchando con timbales a muerte

platillos que abren y cierran la tensión.

Un corno inglés, corcheas del gran caza.

El director que cierra puños y aprieta dientes.

SOLILOQUIO

(A mi vecino, amigo y profesor Gonzalo Brenes)

Barba de tiza

bastón de boinas negras

mandinga y ratón.

Trópico niño...

El piano fuma habanos

viejo maestro.

CLARA

Se peinaba en el medio la niña Clara

allá en el pueblo mestizo de Remedios.

González como su padre el español

sufrida y ultrajada como su madre.

Entre revoluciones y guerras

la pubertad le marcó feminista

existencial, como el joven siglo

que aún le guardaría esperanzas.

Nunca la resignación fue aliada
y las batallas se doblaron ante ella.
Atravesando penas y glorias
encontró un lugar junto a la justicia.

Clara, clara, clara, clara...

Pasiva, tierna, niña...

¡Qué sé yo!

Me hubiera gustado oírte

y poder preguntarte:

¿Cómo es que no se habla de ti?

¡Mujer panameña...!

¿Por qué casi te olvidan, Doctora?

¡Mujer del siglo veinte!

EL CÉSAR

Se fue Young (joven)

o mejor dicho... viejo...

¡No!, ¡no!, ¡no se fue!

ÍNDICE

<u>KLENYA</u>	6	
<u>KODAK EN VII ACTOS</u>	7	
<u>ACTO I: EL HIJO DE PIERO</u>	7	
<u>ACTO II: VISCERAL</u>	9	
<u>ACTO III: SUEÑOS</u>	11	
<u>ACTO IV: MÁQUINA SUPREMA</u>	12	
<u>ACTO V: LA CENA</u>	13	
<u>ACTO VI: LAS DAMAS</u>	15	
<u>ACTO VII: IN GENIO</u>	16	
<u>LOS NÚMEROS DE DIOS</u>	17	
<u>GRAVEDAD</u>	17	
<u>CROMOS</u>	18	
<u>GNOSIS</u>	19	
<u>CARTAS DE ALBERT</u>	20	
<u>DE ULM A PRINCETON</u>	20	
<u>COSMOGONÍA</u>	21	
<u>GÉNESIS</u>	22	
<u>LA PARADOJA DE LAS MANZANAS</u>	24	
<u>REQUIEM PARA UN GENIO</u>	26	
<u>AUTOBIOGRAFÍA DEL CAPITÁN</u>	28	
<u>ABDUCCIÓN</u>	30	
<u>ENZIMA</u>	30	
<u>SATÉLITE</u>	32	
<u>AERO</u>	33	
<u>ESPIRAL</u>	34	
<u>MACRO VIAJE</u>	36	
<u>BARÚ</u>	36	
<u>BUGABA</u>	37	
<u>DAVID</u>	38	
<u>CORDERO</u>	39	
<u>SOLILOQUIO</u>	40	
<u>CLARA</u>	41	
<u>EL CÉSAR</u>	43	



TERCER LUGAR

I

Entre La Chorrera y Panamá
hay cuarenta y cinco minutos en un bus expreso,
infinitas horas si hay tráfico y llueve
y todo el mundo sube las ventanas.
Pero también está el crepúsculo marino bajo el Puente:
un árbol que despliega su dorado otoño sobre los barcos
que van en busca de otros mares;
está la brisa que coloca con sus dedos transparentes
tu desordenada cabellera
como el sello de un carta entre mis labios,
las conversaciones en voz alta y con detalles,
los durmientes de autopista, mitad péndulo y mitad acróbatas
que en las curvas caen sobre los hombros o el regazo de algún desconocido. Y
además al fondo, o quizás encima, como una presencia ineludible,
está la música que el chófer elige a su propio gusto y albedrío:

A veces Rubén Blades o Mercedes y me
preguntas sonriendo
como si estuvieses comiendo una naranja:

“¿Quién fue el bendito que inventó la radio?” A
veces Lafourcade o Juan Luis Guerra
y me preguntas con el rostro
de quien entra en la luz desde la lluvia:

¿Quién fue el ángel que inventó la radio?”
A veces es sólo ruido, percusión y bajo y me
preguntas como quien de pronto se golpea el
meñique con un mueble:
“¿Quién fue el maldito que inventó la radio?”

Por eso, en esta noche, amada mía,
bajo esta lámpara que arroja una luz azul sobre las páginas,
mientras tú escuchas en la radio una canción de Silvio
y preparas un rostro de galaxia para tu pregunta, escribo
este poema para responderte.



Susana,
trata de imaginar una casa rodeada por la nieve
como una isla por las últimas gaviotas de la tarde.
Trata de acunar en tus pequeñas manos
el frío plumaje que los pinos lanzan
sobre las flores ciegas
que crecen en la niebla.
Ahora escucha cómo la respiración de la montaña
crece en la soledad de la tundra
como la música de un órgano en una catedral abandonada,
escucha cómo se va llenando de nubes
y de pájaros que vuelven a sus nidos, de
gentes que corren a sus casas
y cierran las ventanas
con el reflejo de la iglesia ortodoxa en sus cristales, cierran las oscuras puertas
con sus antiguos emblemas eslavos, y
colocan el leño en la caldera,
y se reúnen a contar historias junto al fuego.

Susana, esto que sientes en el pecho se llama Smiljan en un día tormenta;
la fecha es 10 de julio de 1856; el país, Croacia;
acaba de nacer quien invento la radio.

Acaba de nacer Nikola Tesla,
trabajador del conocimiento,
progenitor de la corriente alterna,
inventor del motor asíncrono, padre
del control remoto,
creador de la bobina de energía infinita.
alto lama del Tíbet,
arcángel de la ciencia,
peregrino del fondo cósmico de microondas.

Acaba de nacer quien te dio la voz sin rostro y sin distancia, las
canciones de otro tiempo
que son la banda sonora de tu niñez marina, el
aeropuerto iluminado
como una constelación a ras del suelo,
la ciudad invertebrada con sus faroles vagabundos,
tus días de zapping con la lluvia afuera
y la melancolía muy adentro de los huesos.



IV

Susana,
cuando enciendes las luces de la casa,
cuando oprimes el botón rojo de la cafetera
y el líquido de los bellos insomnes
esparce sus pétalos en la madrugada;
cuando prendes tu computadora
y tus ojos de cierva o de miel incandescente
otean la rosa de los vientos de las redes; allí,
invisible como su corriente alterna, surge otra
vez el corazón de Tesla,
la mente de Nikola, sus
días en New York
cuando venció a Edison en la guerra de las corrientes, su
soledad de monje tibetano en Colorado Spring,
donde alunizó en su sueño de borrar la noche de la Tierra
con su bobina de energía libre e infinita
como quien enciende un cerillo
en una habitación llena de huérfanos en invierno.

¿Quién inventó la radio?

Se dice que fue Marconi el inventor de la radio,
pero en 1943 la suprema corte de los Estados Unidos
restituye a Nikola Tesla la patente del invento.

Sin embargo,
hay otros nombres,
hay otras mentes que escucharon la música de las ondas atravesando el aire.

Otros que creyeron que en la ciudad a solas, en
mitad del campo,
en el océano nocturno,
en un avión de madrugada,
o manejando tu auto hacia el trabajo,
podrías escuchar la voz humana, podría el
piloto y el marino
seguir aquella voz hasta su puerto, podría
el conductor
deshacerse del cansancio que lo envuelve.

Todos ellos la
crearon, todo ellos
la soñaron,
los poderosos nos enfrentan,
pero el trabajo y el conocimiento nos reúne.

Escribo aquí sus nombres para responder a tu pregunta:

Nikola Tesla,
Édouard Branly,
Alexander Popov,
Guglielmo
Marconi, James
Maxwell, Oliver
Lodge
y Heinrich Hertz.

Trabajadores de la Ciencia.
El conocimiento los reúne.

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



Género Literario: Prensa escrita
 Premio: Primer lugar
 Título: Adolfo Ahumada y la Aristocracia del Talento
 Autor: Edwin Eliecer González Palacios
 Provincia: Panamá



Género Literario. Prensa escrita
 Premio: Segundo lugar
 Título: Conociendo al genio veragüense
 Autor: Carlos Atencio Atencio
 Provincia: Panamá



Género Literario: Prensa escrita
 Premio: Tercer lugar
 Título: Una Panameña Con Los Ojos En Las Estrellas
 Autora: Sharon Noemí Pringle Felix
 Provincia: Panamá

PRIMER LUGAR

UN EJEMPLO DE TRABAJADOR DEL CONOCIMIENTO QUE APORTÓ SU TALENTO EN LA LUCHA POR LA SOBERANÍA

[VIDEO] Adolfo Ahumada y la 'aristocracia del talento'

Cuando fue jefe de Gobierno, el general Omar Torrijos decía que suplía sus carencias rodeándose de los que sabían; lo que él llamaba la "aristocracia del talento". Adolfo Ahumada fue uno de los que sumó a su proyecto de país, fijándose en su capacidad y conocimientos, no en su origen.

Edwin González / edgonzalez@epasa.com - Actualizado: 14/8/17 - 02:53 pm



ACTUALIDAD

Política
Eduardo Valdés Escoffery amenazó con destituir a jueza Elvia Rengifo de no declararse impedida en caso Ricardo Martinelli

Sociedad
En lo mejor del sueño Panameños se despiertan por temblor a las 2 de la mañana

Judicial
Olmedo Arrocha y Abel Zamorano toman posesión como magistrados de la CSJ

Provincias
Humilde familia santeña teme que precaria vivienda les caiga encima

Mundo
Cerrarán la suspensión temporal de las operaciones de la Embajada de los Estados Unidos en Caracas

vimeo
 Controla quién ve

LA ESTRELLA DE PANAMÁ

INICIO PANAMÁ INTERNACIONAL ECONOMÍA DEPORTES VIDA Y CULTURA OPINIÓN SOCIALES VIAJES COLOMBIA VENEZUELA

Panamá

NACIONAL | 02/06/2017 - 12:03 a.m. viernes 2 de junio de 2017

Conociendo al genio veragüense

Ulises Núñez Garzón, el panameño graduado con el mayor índice de la ingeniería Aeroespacial en Georgia Tech, era muy inquieto



Ulises cursó sus estudios primarios y secundarios en la Escuela San Vicente de Paúl.

PRESIDENCIA

OTRAS NOTAS DE LA SECCIÓN

El Crisol contará con nueva ruta interna de metrobús a partir del domingo

Tembor de 4.2' sacude Panamá en la madrugada

TERCER LUGAR

LA ESTRELLA DE PANAMÁ

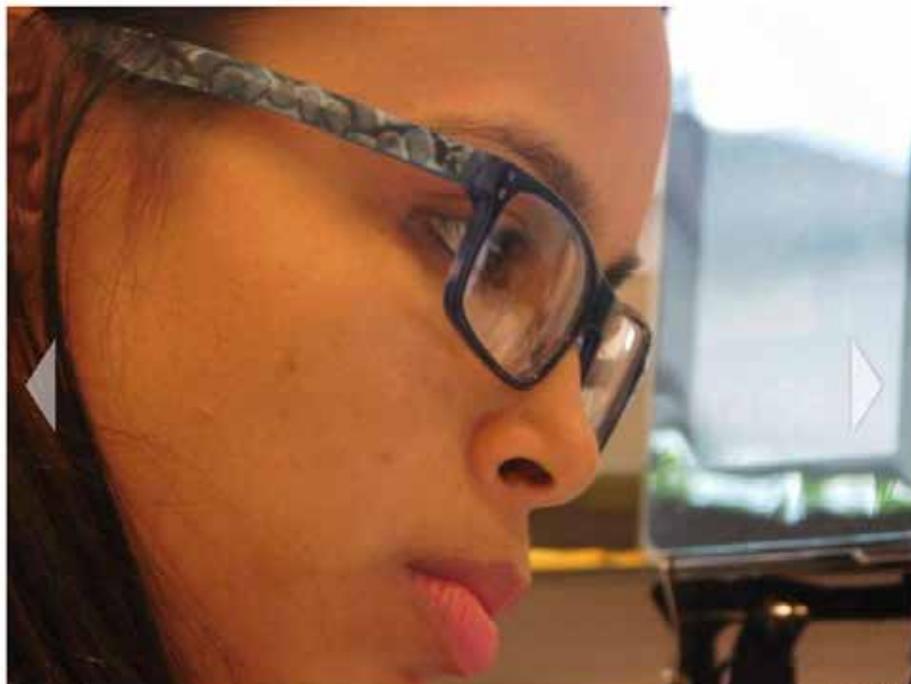
INICIO | PANAMÁ | INTERNACIONAL | ECONOMÍA | DEPORTES | **VIDA Y CULTURA** | OPINIÓN | SOCIALES | VIAJES | COLOMBIA | VENEZUELA

Vida y Cultura

CIENCIA | 06/06/2017 - 12:00 a.m. martes 6 de junio de 2017

Una panameña con los ojos en las estrellas

La clase sobre el Sistema solar que Madelanie Rojas recibió en la escuela, con 10 años de edad



MANU RAMIRES

OTRAS NOTAS DE LA SECCIÓN

La NASA dice que la Luna es el "polígono de pruebas" para saltar a Marte

Científicos consideran curado a segundo paciente de VIH doce años después

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA

JURADOS

Género Literario	Jurados		
Décima	Celestino Jaén	Ricardo Chanis	Miguel Leguízamo
Cuento	Mirna Cepeda de Rodríguez	Consuelo Tomás F.	Mario García Hudson
Poesía	Lil María Herrera	Samuel Robles	Edilberto González Trejos
Prensa escrita	Bárbara Bloise	Griselda López	Filemón Medina
Artesanía	Jorge Camaño	Robert Sumner	Carlos Sánchez
Escultura	Julieta Guadamuz	Aristides Ureña	Emilio Torres
Pintura	Rubén Contreras	Alexis Benalcazar	Cristina Ordoñez
Corto metraje	Fernando Martínez	Viviano Romero	Leopoldo Bermúdez Buitrago
Fotografía	José Ángel Murillo	Fernando Bocanegra	Secundino Vega



MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO